

Septiembre 2008 8

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*



Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teletel.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXVI - Núm. 2803 - D. Legal: M-5697-1958

Provincia Eclesiástica de Madrid

INSTRUCCIÓN PARA LOS CENTROS CATÓLICOS
ACERCA DE LA ASIGNATURA
“EDUCACIÓN PARA LA CIUDADANÍA”

Los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid

ANTONIO MARÍA, del título de San Lorenzo *in Damaso*,
Cardenal **ROUCO VARELA**, Arzobispo de Madrid

JESÚS CATALÁ IBAÑEZ
Obispo de Alcalá de Henares

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ÁNDUJAR
Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Obispo de Getafe

En el presente curso escolar (2008/09) los centros de enseñanza de la Comunidad de Madrid se verán obligados por la Ley a impartir la asignatura conocida como “Educación para la Ciudadanía”.

La Conferencia Episcopal Española¹ ha declarado que dicha disciplina, tal como ha sido configurada en los correspondientes Reales Decretos, impone una formación estatal obligatoria de las conciencias; además, con opciones antropológicas y éticas contrarias a la doctrina católica y al verdadero humanismo, como son el relativismo moral y la ideología de género.

Una asignatura así concebida no responde a lo que es una verdadera educación cívica que instruyera a los alumnos en las normas de convivencia, el ordenamiento constitucional y las declaraciones universales de los derechos humanos. Por el contrario, la “Educación para la Ciudadanía” que se impone como obligatoria constituye una lesión grave del derecho originario e inalienable de los padres, y de la escuela en colaboración con ellos, a elegir la formación moral que deseen para sus hijos.

Por tanto, los Obispos de Madrid, Alcalá de Henares y Getafe, en conformidad con las Declaraciones de la Conferencia Episcopal Española y en ejercicio de nuestra potestad y de nuestro deber de velar por las escuelas católicas establecidas en nuestros territorios, y de dictar normas sobre la organización general de las mismas², determinamos a este respecto lo que sigue:

1. En todas las escuelas católicas, ubicadas en nuestras diócesis, se dará conocimiento inequívoco a los padres y a los profesores de esta Instrucción.

2. Se les informará de que la asignatura “Educación para la Ciudadanía”, según las normas de obligado cumplimiento que la regulan, es decir, los correspondientes Reales Decretos, contradicen la Doctrina Social de la Iglesia y contradicen el derecho fundamental de los padres a determinar la educación moral y religiosa que desean para sus hijos.

3. Se les comunicará asimismo que, ante la gravedad de la situación, se puede recurrir a todos los medios legítimos para defender la libertad de conciencia

¹ Cf. Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, *La Ley Orgánica de Educación (LOE), los Reales Decretos que la desarrollan y los derechos fundamentales de padres y escuelas* (28 de febrero de 2007); y *Nueva Declaración sobre la Ley Orgánica de Educación (LOE) y sus desarrollos: profesores de Religión y “Ciudadanía”* (20 de junio de 2007). Boletín Oficial de la Conferencia Episcopal Española 78 (2007) 5-8 y 43-45.

² Cf. Código de Derecho Canónico, Cn. 806.

y de enseñanza, que es lo que está en juego. Entre tales medios no se puede excluir la objeción de conciencia, que no va dirigida contra el centro católico, sino precisamente contra un desarrollo de la ley que le impone una asignatura contraria a la Doctrina de la Iglesia y que vulnera sus derechos y los de los padres.

4. A quienes deseen acogerse a la objeción de conciencia, el centro católico les facilitará el ejercicio de su derecho y les informará de que pueden presentar su demanda tanto ante la dirección del centro como ante las autoridades educativas.

5. Los centros católicos al verse obligados a impartir la asignatura “Educación para la Ciudadanía”, tal como actualmente está regulada, se entiende que lo hacen por mero imperativo legal y no libremente, puesto que se trata de una asignatura que no es conforme con la Doctrina de la Iglesia y, por tanto, tampoco con el carácter propio de tales centros.

6. Por lo que se refiere a los alumnos que estudian en centros estatales, las instituciones y asociaciones de la Iglesia contribuirán también, en cuanto puedan, a dar a conocer a los padres de los alumnos las Declaraciones de la Conferencia Episcopal Española y la presente Instrucción, y les ayudarán a ejercer su derecho a que sus hijos sean educados de acuerdo con sus propias convicciones morales y religiosas.

† Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid

† Jesús E. Catalá Ibáñez. Obispo de Alcalá de Henares

† Joaquín María López de Andujar y Cánovas del Castillo, Obispo de Getafe

Por mandato
Canciller – Secretario

Madrid, 1 de septiembre de 2008.



mensa mayoría de vuestros conciudadanos, personas de bien, que han acompañado el itinerario de vuestras penas desde ese día con honda compasión –es decir, padeciendo con vosotros– con el sincero deseo de ayudaros a paliar vuestro sufrimiento lo mejor que sabían –¡admirablemente generosa fue la colaboración de tantos profesionales y voluntarios en los momentos más críticos!– ; y, en todo caso, con la oración, tampoco ha pasado el tiempo de ofreceros su cercanía personal y su incondicional apoyo material y espiritual. Sus Majestades los Reyes de España, que han sabido interpretar estos sentimientos de los españoles con gestos de delicada humanidad, que les honran, han tenido la gentileza de hacerse presentes en esta celebración eucarística de exequias que queremos ofrecer al Señor, en primer lugar, por vuestros seres queridos que ha llamado a su presencia, pero también por vosotros que habréis de continuar la peregrinación por este mundo. ¡No perdáis el ánimo, ni la fortaleza para seguir el camino de vuestras vidas con amor y esperanza! ¡Ciertamente! se os ha cargado una pesada cruz, pero no es menos cierto que esa cruz es, sobre todo, signo y prenda de la victoria del Señor Resucitado: garantía, por tanto, indefectible de la Vida sin ocaso para vuestros seres queridos y firme apoyo y señal consoladora para vosotros, unidos a ellos, por esa forma invisible de amor que nos acerca y reunirá a todos en el abrazo del Padre que está en los cielos y que a todos nos espera.

Para los cristianos, unidos en la comunión de la fe y de la caridad con toda la Iglesia, el tiempo de orar por los hermanos difuntos y llevar el alivio y el aliento de la esperanza cristiana a los que sufren como vosotros su pérdida irreparable, no pasa nunca y, mucho menos, cuando las circunstancias que han rodeado el fallecimiento de quienes queríais tanto, han sido tan terriblemente dolorosas y tan humanamente trágicas como en vuestro caso, queridos familiares de las víctimas del accidente aéreo del pasado veinte de agosto en Barajas. Porque, efectivamente, queridos hermanos, sí podemos y debemos ofrecer con toda el alma el testimonio de la esperanza que no defrauda, que se alimenta decisiva y definitivamente de la fe en Jesucristo Resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, y que nos impulsa a practicar sin desmayo el amor fraterno con los hermanos fallecidos y con vosotros en el día a día de una existencia que habréis de enderezar con la fortaleza de ánimo que es capaz de vencer serenamente al dolor, a la sensación de soledad y a la tentación de no querer afrontar los nuevos, múltiples y difíciles retos personales y familiares con los que ahora os enfrentáis. ¡No dejaros solos en estos difíciles y delicados momentos, que atravesáis vosotros y vuestras familias, es para todos un imperativo ineludible del amor cristiano!

Sin duda, os habréis preguntado desde aquellos primeros y terribles minutos de la noticia que cambió dramáticamente y en pocos instantes el curso de vuestras vidas y de vuestras familias, ¿por qué nos ha pasado esto? ¿por qué hemos perdido de un trágico golpe uno, dos, tres... cuatro familiares, íntimos y queridos? ¿Y por qué esta desgracia, tan tremenda nos ha acaecido a nosotros...? Queridos hermanos: todas las respuestas humanas que puedan darse a estas preguntas tan lacerantes –y a otras legítimas que tenéis derecho a plantear y piden su respuesta– resultan, en último término, insuficientes, incapaces de dar satisfacción a lo más hondo de las mismas. La muerte se aparece y muestra siempre con rostro tenebroso e indescifrable para nuestros ojos ¡ojos de hombre!; y no sólo para los ojos del cuerpo, sino, sobre todo, para la mirada del alma. Rostro mucho más enigmático y siniestro cuando se presenta como en el desgraciado accidente aéreo en el que han perecido tantos familiares vuestros. ¿No estaría justificado de nuevo, y ante lo acontecido, hablar de lo que para muchos es siempre “el sinsentido” de la muerte? ¿Y es que acaso se puede hablar con verdad de lo que significa la muerte para el hombre, si no se plantea con anterioridad lógica y existencial la pregunta por el sentido de la vida en este mundo, es decir, de su porqué y de su para qué?

San Pablo se dirigía a los primeros cristianos de la comunidad de Roma con una doctrina sorprendente en contraste radical con la mentalidad dominante de una sociedad, como era la romana de su tiempo, que había puesto los ideales de la vida temporal en el placer, en el poder y en el triunfo mundano, pretendiendo disimular y soterrar su inquietud ante el interrogante de lo caduco y efímero de esos bienes y de esta vida. Les decía: “Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor”. Ante esta afirmación de que somos del Señor en la vida y en la muerte, se les cambiaba todo. Porque añadía: “Para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de vivos y muertos”. Es decir, nuestras vidas –y nuestra muerte– adquieren todo su sentido y todo su valor ¡sentido y valor eternos! porque han sido recuperadas para la vocación al amor y a la Gloria verdadera –la de Dios–. Y lo han sido, por ese gesto inaudito del amor del Padre que nos ha dado a su Hijo Unigénito para que, ofreciendo su vida por nuestros pecados –la causa y el signo inequívoco de la muerte, temporal y eterna–, fuésemos devueltos a una vida de hijos de Dios aquí, en este mundo, y en la eternidad”. ¡Así amó el Padre al mundo! ¡Así, hasta el sacrificio de la Cruz, nos amó el Hijo! El Apóstol les había despejado para siempre el enigma del dolor y de la muerte. El enigma había quedado iluminado por la belleza de un amor más grande: el del Dios “que es Amor”.

¿Cómo no vamos, pues, a esperar, a sentir y a pedir que nuestros hermanos y hermanas fallecidos en el accidente de Barajas hayan vivido y muerto para el Señor, que sean ya del Señor, que gocen ya de la vida sin fin, de su felicidad y de su Gloria para siempre? ¡Eso esperamos y pedimos! Contamos, con la confianza propia de la esperanza cristiana, que sean ya eternamente de ese Cristo, “Señor de vivos y muertos”, cuya muerte y resurrección se actualizan en esta Eucaristía que estamos celebrando. ¡Que queramos también nosotros, los vivos, ser de Él en el caminar de la vida en este mundo: suyos por nuestro Sí a Él y por la práctica del amor auténtico, el amor a Dios y al prójimo, perseverante e incansable, buscado y ejercido en cualquiera de los tiempos, lugares y ambientes, en los que se labra nuestro destino temporal y eterno!

La descripción que hace San Lucas de cómo tuvo lugar la muerte de Jesús, crucificado en el Gólgota entre dos ladrones –de sus actores, de los suyos que le contemplaban a distancia, de la conmoción de la naturaleza... etc.-, y que hemos escuchado en la proclamación del Evangelio, y, luego, su relato de lo que ocurrió el primer día de la semana judía, cuando las mujeres fueron al sepulcro para llevar los aromas que habían preparado para el cuerpo del Maestro, nos invitan a entrar espiritualmente en el consolador Misterio de ese acontecimiento salvador, la nueva Pascua del Señor. Si queremos vivir con verdad y piedad la muerte trágica de nuestras hermanas y hermanos y la esperanza cierta de la definitiva vida para ellos en la Gloria del Señor y si, además, queremos ver en lo sucedido una ocasión providencial para acertar con el camino del bien y del verdadero amor en nuestras vidas ¡hagámoslo!: “Era eso del mediodía, y vinieron las tinieblas sobre toda la región hasta la media tarde; porque se oscureció el sol” –relata con detalle San Lucas–. “Y, Jesús, clamando con voz potente, dijo: Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu...”. En ese instante se había consumado el acto de amor más puro, más verdadero y más sublime de toda la historia del hombre, nunca superado ni nunca superable por ningún otro después de ese momento de la revelación del amor infinito de Dios, mostrado en la Oblación de Jesucristo en la Cruz como un amor humano-divino, infinitamente misericordioso para con el hombre. La acogida de ese amor por parte del Padre, y la prueba inmediata de que así había sido, lo pudieron comprobar aquellas piadosas mujeres cuando, desconcertadas ante la constatación del sepulcro vacío, se encuentran con la respuesta de “los dos hombres con vestidos refulgentes”: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado”.

Nuestra plegaria no puede ser hoy otra que ésta: ¡Señor, que en ese acto supremo de amor infinito de Cristo Crucificado, presente y actuante aquí y ahora en

la Eucaristía, hayan participado ya, muriendo, nuestros hermanos fallecidos en el accidente de Barajas! ¡Que el Señor, en el momento del horror de su muerte, acaecida al modo de una cruenta y terrible pasión, haya encomendado a las manos del Padre su espíritu! Sí, que Jesucristo Resucitado les haya acogido en la gloria de su Reino, donde se participa plenamente de la vida feliz y eterna en la Comunión de los Santos, con la Virgen, Santa María, Madre suya y Madre nuestra. ¡Comunión de amor y de vida nueva en la que estamos también inmersos nosotros, los peregrinos de este mundo, a través del Misterio de la Iglesia! Muchos y conmovedores son los testimonios que nos han quedado de la forma de cómo han padecido su muerte los accidentados y de cómo habéis reaccionado vosotros, sus familiares más queridos, ante la terrible desgracia, y que no ha sido otra que la del amor de Cristo. Recordemos, como uno de los casos más ejemplares y emocionantes, el amor de la madre gravemente herida que entrega su vida a cambio de la de su niña de once años, pidiendo a los que la auxiliaban que primero salvaran a su hija. ¡Esa madre ha amado a su hija con el amor de Cristo Crucificado!

Nuestra plegaria y nuestra esperanza, alentadas por dicho amor y misericordia, y confiadas a la mediación maternal de María, participando al pie de la Cruz en el dolor indecible del Hijo, no engañan ¡no defraudan!: “El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?”. El Señor fue y es la luz y la salvación de vuestros seres queridos, familiares y amigos de las víctimas mortales del accidente aéreo de Barajas. ¡Que sea también Él la luz y la salvación para nosotros! Digámosle fervientemente con el Salmista: “Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro”.

Amén.

“LA MISIÓN” EN LA FAMILIA Y CON LOS JOVENES:
Los retos pastorales del curso 2008/2009

Madrid, 13 de Septiembre de 2008

Mis queridos hermanos y amigos:

Iniciamos nuestro curso pastoral 2008/2009 simultáneamente con el curso escolar. No se trata de una mera casualidad, ni tampoco de una opción pastoral oportunista o aprovechada, sino de la consecuencia práctica de la percepción de un aspecto esencial de la misión de la Iglesia, que trasmite la fe y evangeliza al hombre de todos los lugares y tiempos; pero, además, de un aspecto de máxima actualidad para la Iglesia en Madrid y en España, ante el momento actual de la sociedad y de la cultura que nos envuelve. ¿Es que es posible la transmisión de la fe en profundidad de modo que llegue a lo más hondo del corazón del hombre y lo transforme y, así, pueda ir surgiendo “el hombre nuevo” y “una humanidad nueva”, salvada por Jesucristo, sin la familia, más aún, sin la familia cristiana? La pregunta puede y debe extenderse a la Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios, en cuanto “es en Cristo” como signo, instrumento y “a modo de Sacramento” de la unión del hombre con Dios y de los hombres entre sí (cfr. LG 1): ¿es concebible la Iglesia y su constitución más íntima sin la familia que brota del Sacramento del matrimonio? La respuesta de la fe en su diálogo con la razón y con la vida es inequívoca: la familia, fundada en el verdadero matrimonio entre el hombre y la mujer, es la fuente del amor y de la vida

humana en todas sus dimensiones, incluida la más fundamental: la del conocimiento vivo de la verdad y del bien, o, lo que es lo mismo, la del conocimiento del amor que verdaderamente puede salvar al hombre en el tiempo y más allá: ¡para toda la eternidad! La familia no es un invento del hombre o una realidad que el hombre pueda manipular a su antojo sin consecuencias en orden a la posibilidad de conseguir la auténtica felicidad. ¡Nada más alejado de la verdad del hombre creado a imagen de Dios, ni más alejado de la experiencia de la historia y del presente de la familia! Todos los experimentos socio-políticos y jurídicos efectuados con el modelo de familia, ensayados bajo la justificación del cambio de los paradigmas culturales, han debido de ser revisados sin demora, como lo demuestra lo sucedido en la primera mitad del siglo XX en toda Europa.

Y, si la familia viene constituida así “desde el principio”, desde el momento creador de Dios, como fuente del amor y de la vida y, consiguientemente, del propio conocimiento de Dios, ¿cuánto más había de ser constituida la Familia en el plan redentor del Dios –que se hace “el Dios con nosotros” en su Hijo, encarnado, muerto y resucitado para que el hombre pudiese vencer al pecado y a la muerte– sacramentalmente como la Iglesia doméstica, donde se aprende a conocer el amor nuevo con toda la densidad humano-divina del amor de Cristo, el de la gracia del Espíritu Santo sin el cual no hay salvación?

Comienza este curso escolar para las familias madrileñas y españolas con viejos y nuevos problemas que se interponen gravemente en su vocación humana y cristiana de ser fuentes de la verdad, del amor y de la vida que nos salva. Las dificultades más recientes de índole económica, y que pueden amenazar a algunas o a muchas familias con la sombra del paro o con la imposibilidad de responder a créditos contratados para adquirir su vivienda –dificultades especialmente gravosas para los jóvenes matrimonios y para las familias numerosas–, se suman a otras de gran trascendencia para el bien y el futuro de sus hijos y de los mismos esposos, incluso para la estabilidad y la armonía de su matrimonio. Los factores socio-cultural y políticamente dominantes dificultan extraordinariamente la realización de su vocación de esposos y de padres y madres de familia cristiana. La transmisión de la fe a sus hijos en el seno de la familia con las palabras, los gestos y los hechos, expresión de su amor de padres que se donan para que ellos conozcan a “Dios que es amor”, les resulta cada vez más costoso frente a los programas y modelos de vida materialista que tientan poderosamente a las jóvenes generaciones desde los medios audiovisuales de comunicación hasta la calle y que se infiltran también en el medio-ambiente escolar. En este curso se encuentran, además, con una asignatura,

“Educación para la Ciudadanía”, programada y desarrollada didácticamente como una verdadera enseñanza de la doctrina sobre el hombre y la moral personal y social, impuesta por el Estado, que les impide ejercer su derecho fundamental de educar a sus hijos moral y religiosamente según su conciencia; derecho que les reconoce explícitamente la Constitución Española en su Artículo 27,3.

Familia y Juventud son, pues, nuestros retos pastorales para el curso 2008/2009. El “reto” en la vida pastoral, y en el ejercicio de la misión de la Iglesia, representa siempre una gracia especial. El Señor le muestra dónde, cómo y de qué de forma concreta, viva y responsable, puede y debe ser fiel al amor de Cristo y al amor de los hermanos en un momento preciso de la historia. El Señor actúa a través del Espíritu Santo: de sus carismas, a veces extraordinarios, y dones.

Nuestra Carta Pastoral –“La Familia: Vida y Esperanza para la Humanidad”– del pasado 15 de Junio, Solemnidad de la Dedicación de nuestra Santa Iglesia Catedral de La Almudena, ofrece el marco doctrinal, espiritual y pastoral para abordar ese reto hasta el curso 2010-2011 con el buen espíritu del Evangelio. La Jornada Mundial de la Juventud, que por gracia especialísima del Señor –puesta de manifiesto en la elección benevolente del Santo Padre– tendrá lugar en Madrid en agosto del año 2011, nos invita a una preparación espiritual y pastoral intensa en estrecha conexión con nuestra pastoral familiar ¡“La Misión Joven” rejuvenece –valga la expresión– con el apasionante y bello horizonte del encuentro de todos los jóvenes del mundo con el Santo Padre para mostrar al mundo al verdad, la belleza y el gozo del Amor del Corazón de Cristo Resucitado!

En el dulce Corazón de nuestra Madre, la Santísima Virgen María, Virgen de La Almudena, depositamos todas nuestras plegarias de hijos, rogándole que nos acompañe en este camino de querer ser testigos y apóstoles de su divino Hijo para una nueva primavera de la fe y de la vida cristiana en Madrid.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

La ley del amor: la ley de leyes por excelencia

Madrid, 20 de septiembre de 2008

Mis queridos hermanos y amigos:

Todo comienzo de curso en la escuela, en la familia, en la comunidad parroquial... en una palabra, en la sociedad y en la Iglesia, al lado de las viejas y conocidas exigencias, sobre todo, para los padres, educadores y las personas responsables en todos esos ámbitos de la vida social y eclesial, se presenta siempre con unos interrogantes y retos surgidos de los acontecimientos que la historia real va desgranando en el día a día de nuestra existencia personal y colectiva. Así ocurre también con el curso 2008/2009 que acaba de comenzar. Los efectos de la crisis económica han alcanzado ya a las familias en bienes tan esenciales para ellas como son el puesto de trabajo, la vivienda y el sostenimiento económico digno. Lo notan con especial gravedad las familias numerosas y/o las que tienen a su cargo personas mayores o enfermas por cualquier causa, sobre todo si se trata de familias de emigrantes. Vuelve, además, a inquietar y a preocupar a muchos la pregunta sobre los contenidos, la calidad pedagógica y la orientación religiosa y moral de la enseñanza que reciben sus hijos. La implantación de la nueva asignatura obligatoria de “Educación para la ciudadanía” que menoscaba uno de sus derechos fundamentales –no subordinable en su sustancia normativa a ninguna instancia humana– les dificulta cumplir satisfactoriamente con una de sus obligaciones más sagradas: la educación

integral de sus hijos. Si a esto se le añade el reclamo que reciben los jóvenes y los niños masivamente a través de propuestas culturales y ofertas de diversión, gravemente dañinas para un sano desarrollo de su personalidad y para una recta formación de sus conciencias, su tarea de primeros educadores de sus hijos se ve extraordinariamente dificultada. La apertura de nuevos perturbadores debates en torno a aspectos tan centrales para la concepción del ser humano y de la sociedad, como son el derecho a la vida desde su concepción hasta su muerte natural y los fundamentos antropológicos y éticos del matrimonio y de la familia, viene a ser un factor que agrava aún más su situación. Por otro lado, la aparición cada vez más frecuente de casos extremos de carencias de lo más elemental para la vida, es decir, de grave pobreza, completa un cuadro de datos que saltan de la experiencia diaria al campo de nuestras responsabilidades familiares, sociales y ¿cómo no? pastorales. El camino del nuevo curso 2008/2009 se nos presenta a todos empinado y tortuoso; el horizonte, nublado y oscuro. ¿De dónde nos puede venir luz y fuerza para afrontarlo con esperanza, incluso, con la perspectiva ilusionada de llegar a una nueva meta de auténtica renovación humana y espiritual de nuestras jóvenes generaciones? Hay una respuesta, siempre antigua y siempre nueva, que nace de la fe en el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, encarnado, muerto y resucitado por nuestra salvación: es la respuesta de la ley del amor ¡una verdadera ley de leyes!

Las leyes humanas son imprescindibles y, cuando son justas, altamente beneficiosas para las personas y los pueblos; pero insuficientes a la hora de tener que tomar y mantener en el camino verdadero, el que conduce al bien integral del hombre, las grandes y fundamentales decisiones y la consiguiente línea de comportamiento que configura la vida del hombre según la dignidad que le es propia como creatura, imagen de Dios, llamado a ser su hijo. El hombre, en el camino de su historia personal, que incluye y determina la historia común, necesita de la ley de Dios, inscrita en la realidad más íntima de su ser natural, y revelada y potenciada en toda su plenitud por su Palabra: Palabra hecha carne en Jesucristo. Y la ley de Dios es la ley del amor. Incluso, todo lo que pueda haber de bueno en las normas humanas es recogido, purificado y elevado a una plenitud desbordante de bondad en el mandato: ¡Ama a Dios y a tu prójimo como a ti mismo! ¡Más aún, ama al prójimo como Cristo nos amó, entregando su vida en la Cruz en oblación y sacrificio por nuestros pecados!

Parece una expresión paradójica, insoluble a la luz de nuestra razón y de las experiencias humanas más corrientes, la de que “el amor” pueda ser mandado; porque, efectivamente, o es libre o no es amor. Se trata, sin embargo, de una apa-

rente contradicción, puesto que el amor verdadero ¡el Dios que es amor! vincula por sí mismo, es decir, por su fuerza, atracción y eficacia salvadora. El hombre puede, sin duda, elegir el quedarse fuera del círculo de los que son amados por Dios y de los que aman según el amor de Dios; pero el precio de esa opción es su perdición.

¡No hay otra luz ni otra fuerza para afrontar el inmediato futuro con el espíritu alerta y sereno y con el corazón iluminado por la esperanza, que fortalece y entusiasma, que la de renovar nuestro sí a la ley del amor de Dios, presentada y explicada con una apasionante novedad por el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo! Con Él, abrazados a Él, esa ley, desplegada y concretada en los Mandamientos del Decálogo e iluminada y enriquecida prodigiosamente en el Sermón de las Bienaventuranzas, es para el hombre norma indefectible y gracia victoriosa. Abrazarse a Cristo, ¡a su Cruz victoriosa!, es imperativo especialmente urgente para poder empezar el nuevo curso pastoral con ánimo decidido y valiente, al “estilo paulino”, ajeno a todo desánimo, que no se arredra ante ninguna dificultad.

La lección del Amor se aprende definitivamente en Jesucristo Resucitado: en su amor, perpetuado en la Eucaristía. “Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo –enseña Benedicto XVI en “Dios es Amor”, 12–... ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partido de esta Carta Encíclica... Es allí, en la Cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar”. Sí, la vocación del corazón del hombre es el amor y esa vocación sólo encuentra respuesta y posibilidad de realización en el corazón de Cristo Crucificado.

¡Qué bellamente oportuna resulta la Oración Colecta del presente Domingo!: “¡Oh Dios!, que has puesto la plenitud de la ley en el amor a ti y al prójimo; concédenos cumplir tus mandamientos para llegar así a la vida eterna”. Y, podríamos añadir, concédenos afrontar con frutos de paz y de bien, de verdadera evangelización de nuestras familias y de nuestros jóvenes, el curso 2008/2009. A María, la Virgen de La Almudena, encomendamos filialmente nuestra plegaria.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

LA VIDA ORDINARIA, CAMINO DE SANTIDAD Y OPORTUNIDAD DE EVANGELIZACION

Madrid, 27 de Septiembre de 2008

Mis queridos hermanos y amigos:

El retorno de las vacaciones nos devuelve siempre a los lugares tiempos y circunstancias de lo que llamamos y conocemos como vida ordinaria. Es la fórmula habitual de nuestra existencia diaria y en la cual se labra y decide principalmente nuestro destino. Si se logra configurarla con verdadero sentido cristiano, desplegando todas las posibilidades que encierra el don de la nueva vida recibido por el Bautismo en el ámbito de lo personal y en la inserción en la familia, en la sociedad y en la Iglesia, el presente y el futuro de la persona ¡la suerte de cada uno de nosotros! será de realización de lo mejor de nosotros mismos y del cumplimiento de las aspiraciones más nobles de nuestro corazón; de lo contrario, será de frustración permanente y de la pérdida de la esperanza. En definitiva, la salvación o la perdición temporal y eterna del hombre se juega en una decisiva medida en eso que designamos vida ordinaria. Usamos esta expresión con desdén y abulia resignada, a veces; pero, en ocasiones, la empleamos también con el sentido recto y humilde del que ha intuido e, incluso, experimentado en lo más hondo de sí mismo que el camino mejor probado y más auténtico para vivir la experiencia del amor más grande, que nos ha mostrado y comunicado Jesucristo desde su largo período de vida oculta en Nazareth hasta la Cruz, es el de la vivencia de los dones y de la gracia de Dios en la vida

cotidiana. En realidad se podría afirmar en virtud de la sabia experiencia de culturas y religiones, purificada y elevada a su plenitud por la Palabra de Dios y la Revelación cristiana, que es en el marco de la vida ordinaria donde en definitiva se resuelven los grandes problemas que envuelven a la humanidad de todos los tiempos. También hoy. El logro de la justicia, de la solidaridad, de la benevolencia y de la paz es fruto principalmente del día a día del hombre, vivido en la presencia y según la voluntad de Dios. En el acontecer diario de la vida de las familias, en la vecindad, en la empresa privada o pública, en el círculo de nuestras amistades, en el municipio y en la comunidad política y, muy singularmente, en la parroquia y en la Iglesia diocesana... se encuentra el campo primero de la victoria sobre el pecado y sobre la muerte a través del ejercicio del amor paciente, sacrificado y ofrendado gratuitamente, es decir, del amor auténtico ¡del amor de verdad! La vida diaria, impregnada de la gracia del Espíritu Santo, representa el camino indispensable para alcanzar la santidad personal y el crecimiento de la Iglesia en lo que la define en lo más esencial de su ser y de su misión como Comunión de los Santos, así como también significa el instrumento imprescindible para la evangelización de toda la realidad terrena, proyectándola a su horizonte final cuando la humanidad misma se convierta en oblación grata a Dios, como enseña el Concilio Vaticano II. El mismo Concilio advierte, incluso, con una especial y fina sensibilidad para los problemas más característicos del hombre y del cristiano actuales, hablando del amor “que es Dios”, “que no hay que buscar este amor sólo en las grandes cosas, sino especialmente en las circunstancias ordinarias de la vida” y que “la separación entre la fe que profesan y la vida cotidiana de muchos debe ser considerado como uno de los errores más graves de nuestro tiempo” (GSp, 38).

El camino de la vida ordinaria, ordenado, realizado y dirigido “al otro” y “a los otros” como hermanos, es la vía regia a seguir para nuestra propia santificación y la santificación del mundo. En el momento actual de viejas y nuevas pobreza, potenciadas por la crisis económica y la crisis demográfica —consecuencia directa del deterioro moral y espiritual del matrimonio y de la familia—, con las secuelas cada vez más patentes y difundidas de los muchos casos de personas mayores y enfermas solas y, paradójicamente también, con las frecuentes situaciones extremadamente dolorosas de la soledad de los niños y de los adolescentes, apelar a la caridad cristiana, sencilla, cercana y directamente practicada con todos los que nos rodean es de una urgente necesidad, imprescindible para crecer verdaderamente en gracia y santidad dentro de nuestras comunidades cristianas y, por supuesto, para abrir surcos de luz y de consuelo en los ambientes sociales y culturales tan dados al escepticismo y al desaliento en los que estamos inmersos. No hay duda que hoy,

como siempre y quizá más que en otras épocas de la humanidad, la vivencia cristiana del diario caminar de las personas y de las familias en los contextos tanto privados como públicos, donde transcurre su existencia, adquiere un valor extraordinario para el testimonio y la acción evangelizadora de la Iglesia: ¡para “la misión”! Nuestro Santo Padre Benedicto XVI, en su Encíclica “Deus Caritas est” de la Navidad del año 2005, nos recordaba que ciertamente “la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo” porque “el amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios” (*Deus Caritas est*, 31 c).

Un nuevo curso escolar, universitario, familiar, personal... se presenta, sobre todo a nuestra mirada interior, como una gran oportunidad de conversión y de compromiso cristiano y apostólico para responder a las exigencias del amor de Cristo, que ha sido derramado en nuestros corazones por el don del Espíritu Santo, en todas las circunstancias de nuestro acontecer diario. Ese amor es el del Dios todopoderoso que manifiesta especialmente su poder en el perdón y en la misericordia con la que nos ha amado infinitamente ayer, hoy y mañana. ¡No huyamos del Corazón de Cristo! ¡Aprendamos de El, que es manso y humilde de corazón, en la forma de tratar a nuestros hermanos y de vivir toda nuestra existencia en el mundo! Entonces, madurarán los frutos de la transmisión de la fe en nuestras familias y en la sociedad madrileña. Confiemos a la Virgen María de La Almudena, Madre de Misericordia, nuestros sinceros deseos y nuestro propósito de avanzar por el camino de la santidad en la vida ordinaria del curso que acaba de comenzar.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

COMISIÓN TÉCNICO FINANCIERA

PRESUPUESTO AÑO 2008 DE LA CURIA DIOCESANA DEL ARZOBISPADO DE MADRID

(FE DE ERRATAS)

FE DE ERRATAS

**EN EL MES DE MAYO SE PUBLICARON POR ERROR SÓLO
UNA PARTE DEL PRESUPUESTO, EN ESTE BOLETÍN SE PUBLI-
CAN ÍNTEGRAMENTE LOS PRESUPUESTOS DE 2008.**

| INGRESOS POR CONCEPTOS | 2008 | |
|--|--------------|----------------------|
| Aportaciones de los Fieles | | 3.009.512,00 |
| Suscripciones y cuotas | 1.185.000,00 | |
| Colectas | 780.000,00 | |
| Donativos y Limosnas | 784.007,00 | |
| Herencias y legados | - | |
| Otras aportaciones | 260.505,00 | |
| Otras Aportaciones | | 14.194.633,00 |
| Aportaciones de las Parroquias al Fondo Común Dioc. | 5.200.000,00 | |
| Aportaciones de la Conf. Episcopal por el 0,5 del IRPF | 8.994.633,00 | |
| Otras actividades y servicios | | |
| Ingresos por servicios, ventas, etc | | 1.966.149,00 |
| Ventas de Publicaciones, libros folletos, etc | 75.882,00 | |
| Tasas serv. Notarías, Curia y Vicarías | 1.890.267,00 | |
| Subvenciones | | 2.885.647,00 |
| Subvenciones | 2.075.647,00 | |
| Aportaciones a Capellanías | 810.000,00 | |
| Ingresos de gestión | | 322.572,00 |
| Rentas por arrendamientos inmuebles y aparcamientos | 243.000,00 | |
| Otras entregas | 79.572,00 | |
| Ingresos financieros | | 788.615,00 |
| Beneficios en valores negociables | 770.000,00 | |
| Ingresos bancarios (íntegros) | 18.615,00 | |
| Ingresos extraordinarios | | 1.000,00 |
| Ingresos extraordinarios | 1.000,00 | |
| TOTAL PRESUPUESTO DE INGRESOS | | 23.168.128,00 |

| GASTOS POR CONCEPTOS | 2008 | |
|--|-----------------|----------------------|
| Aprovisionamientos | | 1.027.707,00 |
| Compras material informático, alimentación y otros | 448.219,00 | |
| Empresas contratadas (Limpieza, Vigilancia) | 579.488,00 | |
| Servicios Exteriores y Actividades | | 6.387.748,00 |
| Alquiler locales (Vicarías, Delegaciones, etc) | 65.486,00 | |
| Reparaciones y Conservación de inmuebles | 1.305.536,00 | |
| Servicios Profesionales (Jurídicos, Técnicos) | 492.964,00 | |
| Primas de Seguros | 108.898,00 | |
| Gastos y comisiones por servicios bancarios | 75.552,00 | |
| Publicaciones y gastos de campañas | 1.948.177,00 | |
| Gastos generales (suministros, luz, agua, tfo.,etc) | 1.049.159,00 | |
| Actividades pastorales | 1.341.976,00 | |
| Tributos | 9.500,00 | |
| Tributos, contribuciones | 9.500,00 | |
| Gastos de personal | | 8.560.310,00 |
| Personal Seglar de Curia, Facultad, Seminar, Tribunale | 2.994.848,00 | |
| Seguridad Social a cargo de la Diócesis | 756.877,00 | |
| Haberes de Sacerdotes Curia, Religiosas, Capellanes | 3.411.809,00 | |
| Gratificaciones | 488.014,00 | |
| Estudiantes Roma, Becas, Ayuda a Misioneros | 908.762,00 | |
| Gastos de gestión | | 191.400,00 |
| Aportaciones a otras Entidades Diocesanas | 181.400,00 | |
| Gastos aparcamientos (gto comunidad, IBI, IAE) | 10.000,00 | |
| Gtos financieros | | 800.000,00 |
| Intereses de créditos bancarios | 350.000,00 | |
| Pérdidas en valores negociables | 450.000,00 | |
| Provisiones | | 4.730.000,00 |
| Entregas del Fondo Común Dioc a las Parroquias | 1.500.000,00 | |
| Entregas a sacerdotes jubilados | 1.725.000,00 | |
| Ayuda a otras Diócesis y a la Santa Sede | 660.000,00 | |
| Bonificaciones depósitos parroquiales | 845.000,00 | |
| TOTAL PRESUPUESTO DE GASTOS | | 21.706.665,00 |

| INVERSIONES | 2008 | |
|---|--------------|---------------------|
| Financiación | | 1.461.463,00 |
| Cuotas de amortización arrendamiento financiero | 40.000,00 | |
| Amortizaciones créditos con Entidades Bancarias | 1.421.463,00 | |
| Inmovilizado Material | | - |
| Mobiliario | - | |
| Construcción de Templos nuevos | - | |
| TOTAL PRESUPUESTO DE INVERSIONES | | 1.461.463,00 |

RESUMEN

| | |
|--|----------------------|
| TOTAL PRESUPUESTO DE INGRESOS | 23.168.128,00 |
| TOTAL GASTOS | 21.706.665,00 |
| TOTAL INVERSIONES | 1.461.463,00 |
| TOTAL PRESUPUESTO DE GASTOS E INVERSIONES | 23.168.128,00 |

Este presupuesto de la Curia Diocesana del Arzobispado de Madrid fue aprobado por su Consejo de Asuntos Económicos en su sesión del 15 de marzo de 2008.

POR EL CONSEJO DE ASUNTOS ECONÓMICOS
D. Aniceto Arnés Carrasco

EL VICARIO EPISCOPAL PARA ASUNTOS ECONÓMICOS Y ECÓNOMO DIOCESANO
D. Tomás Juárez García-Gasco

EL SR. CARDENAL ARZOBISPO DE MADRID
† D. ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

CURIA DIOCESANA

Delegado diocesano de Pastoral Universitaria: D. Feliciano Rodríguez Gutiérrez (09-09-2008)

ARCIPRESTE

De San Antonio de la Florida: D. Miguel Jimeno Gómez (09-09-2008).

De San Carlos Borromeo: D. César Montero Urién (17-9-2008).

PÁRROCOS

De Cristo Salvador: P. Manuel Felipe Fernández, C.M. (09-09-2008).

De Nuestra Señora de Sonsoles: P. Miguel Vera López, O.C. (09-09-2008).

De San Pedro Nolasco: P. Mariano Cano Galindo, O.M.D. (09-09-2008).

De Sagrado Corazón de Jesús de Usera: P. Jesús Prieto Pernía, O.F.M. Cap. (09-09-2008).

De Nuestra Señora del Rosario: P. Ángel Mariano Guzmán Ludeña, O.F.M. Conv. (09-09-2008).

De Santa Beatriz: P. José Antonio Sanz del Hoyo, F.D.P. (09-09-2008).

De Nuestra Señora del Perpetuo Socorro: P. Nicanor Brasa Prieto, C.S.S.R. (09-09-2008).

De Santa María de la Merced, de las Rozas: P. Josué Pérez Domínguez, O.M.D. (09-09-2008).

De San Andrés de Villaverde: D. Jesús Yébenes García (17-9-2008).

De Jesús de Medinaceli. P. Hilario Rodríguez González, O.F.M. Cap. (23-09-2008).

De Santa Florentina: P. José Luis San Millán Ledesma, O.A.R. (23-09-2008).

ADMINISTRADOR PARROQUIAL

De San Leandro: P. Fernando Miguel de la Paz Vizcaíno, O.M.I. (09-09-2008).

De San Blas: D. Evaristo Rukebesh(23-09-2008).

De San Raimundo de Peñafort: P. Arturo García González, S.J. (23-09-2008).

VICARIOS PARROQUIALES

De San Matías: P. Antonio Ruiz García, C.M. (09-09-2008).

De San Manuel y San Benito: P. Santos Díez Corona, O.S.A. (09-09-2008).

De San Ireneo: D. Pedro Manzano Rodríguez (09-09-2008).

De Santa María del Camino y Nuestra Señora de la Palabra: D. Luis Arbulu Arbulu (09-09-2008).

De Sagrado Corazón de Jesús de Usera: P. Félix Ruiz Rico. O.F.M.Cap. (09-09-2008).

De San Pedro Nolasco: P. Carlos San José Pérez, O.M.D. (09-09-2008).

De Cristo Rey de Usera: P. Ángel López Merino (09-09-2008).

De Inmaculada Concepción de El Pardo: D. Arturo Zamarreño García (09-09-2008).

De Nuestra Señora de la Merced, de las Rozas: P. Fernando Borges, O.M.D. (09-09-2008).

De San Leopoldo: P. José Luis Simón Illera, C.M. (17-9-2008).

De Santísimo Redentor: P. Laureano del Otero Sevillano, C.SS.R. (17-9-2008).

De María Auxiliadora: P. Francisco Gutiérrez Andérez, S.B.D. (17-9-2008).

De San Sebastián de Cercedilla: D. Sixto Fernández Cabrera (de la Prelatura de Choto, Perú). (17-9-2008).

De Santa Catalina, de Majadahonda: D. Juan Miguel Corral Cano (23-09-2008).

De Asunción de Nuestra Señora, de Pozuelo de Alarcón: D. Mariano Ortega Moya (23-09-2008).

De Nuestra Señora del Perpetuo Socorro: P. Manuel Cabello Martínez, C.SS.R. y P. Rafael Alonso Crespo, C.SS.R. (23-09-2008).

De Nuestra Señora de las Angustias: D. Jaime Fernández Merayo (23-09-2008).

De Santos Inocentes: D. Aarón Ariel Jorge Lima Toledo (23-09-2008).

De Santa Florentina: P. Rafael Nieto Lerena, O.A.R. (23-09-2008).

VICARÍA JUDICIAL

Juez ‘Ad Casum’ del Tribunal Eclesiástico Metropolitano de Madrid: P. Francisco Javier Caballero Ávila, C.SS.R. (28-7-2008)

Notario del Tribunal Eclesiástico Metropolitano de Madrid: D. Javier Sánchez-Cervera de los Santos (28-7-2008).

Ilmo. Sr. D. Isidro Arnáiz Vázquez (renovación de nombramiento). (20-9-2008).

ADSCRITOS

De Virgen del Coro: D. Clemente Arranz Enjuto (09-09-2008).

De Nuestra Señora de la Misericordia: D. Iosif Humea (09-09-2008).

De Santa Eulalia: D. Edisson de Jesús Mesa Muñoz, de la diócesis de Girardota (Colombia) (09-09-2008).

De San Lesmes, de Alcobendas: D. Wilmer Santos, de la Archidiócesis de Huancayo (Perú).

De San Basilio. D. Carlos Alberto Vernaza Zamora (17-9-2008).

De Patrocinio de San José: D. Víctor Hernández Arcediano (23-09-2008).

OTROS OFICIOS

Presidenta de la Academia de Arte e Historia San Dámaso: Dña. Áurea de la Morena Bartolomé (28-7-2008).

Formador del Seminario Conciliar de Madrid: D. José Antonio Álvarez Sánchez (09-09-2008).

Viceconsiliario diocesano de Hermandades del Trabajo: D. Antonio Fernández Carranza (09-09-2008).

Director de la Residencia Sacerdotal de San Pedro: D. José M^a González Pardo (09-09-2008).

Capellán del Hospital Ramón y Cajal: D. Maggi Pibernat Tarín (09-09-2008).

Director diocesano del Apostolado de la Oración: P. Ernesto Postigo Pérez, S.J. (11-9-2008).

Coordinador de Cáritas de la Vicaría VII: D. José Castro Cea (17-9-2008).

Vicedirector Espiritual de ANFE: D. José Pereira Lorenzo (17-9-2008).

Diácono Permanente de Asunción de Nuestra Señora, de Robledo de Chavela: D. Ángel Rubio González (17-9-2008).

Capellán Mayor de la Asociación Pública de Fieles ‘Congregación de San Pedro Apóstol’: M.I.Sr. D. Jesús Junquera Prats (19-9-2008).

Coordinador de Misiones de la Vicaría V: D. José Galera Gómez (23-09-2008).

Capellán del Hospital ‘La Paz’: D. Manuel Rodríguez Calero (23-09-2008).

Capellán del Hospital ‘Puerta de Hierro’, de Majadahonda: D. Gonzalo Javier Seco Fernández (23-09-2008).

Asesor espiritual de Comunidad de Siervos de Cristo Vivo: D. Rodrigo Hernández Moreno (23-09-2008).

Decano de la Facultad de Filosofía ‘San Dámaso’: Dr. D. Jordi Girau Reverter (22-9-2008).

Profesor Agregado de Patrología II de la Facultad de Teología ‘San Dámaso’: Dr. D. Patricio de Navascués Benlloch (22-9-2008).

Profesor Agregado de Nuevo Testamento II de la Facultad de Teología ‘San Dámaso’: Dr. D. Luis Sánchez Navarro (22-9-2008).

Profesor Agregado de Teología Sistemática II (Eclesiología), de la Facultad de Teología ‘San Dámaso’: Dr. D. Gabriel Richi Alberti (22-9-2008).

Delegado del Gran Canciller para las Instituciones Académicas ‘San Dámaso’: Dr. D. Pablo Domínguez Prieto (29-9-2008).

DEFUNCIONES

El día 28 de julio de 2008 ha fallecido SOR PURIFICACIÓN (JUANA SIMÓN LEDO), monja dominica del Monasterio de Santa Catalina de Siena, a los 85 años de edad y 52 de vida consagrada.

El día 12 de agosto de 2008, a los 88 años de edad y 60 de vida consagrada, ha fallecido, SOR MARÍA NATIVIDAD RIBELLES, monja servita, del Monasterio de Nuestra Señora de los Dolores.

El día 22 de septiembre de 2008 ha fallecido el Rvdo. Sr. D. FELICÍSIMO GÜEMES UBIERNA, sacerdote diocesano de Madrid, hermano de M.I.Sr. D. José Luis Güemes, canónigo de la S.I. Catedral de Madrid. Nació en Villalbilla sobresierra (Burgos) el 5-8-1932. Ordenado en Burgos el 21-9-1957. Incardinado en Madrid el 21-01-1988. Fue capellán de las Carmelitas de Moratalaz (1-2-1968 a 15-10-1968). Coadjutor de Nuestra Señora de la Merced (15-10-1968 a 20-3-1996). Párroco de Nuestra Señora de la Merced desde 23-3-1996.

El día 25 de septiembre de 2008 ha fallecido el Rvdo. Sr. D. PEDRO MANUEL GONZÁLEZ CAPDEVILA, sacerdote diocesano de Segovia. Nació en San Luis de Oriente (Cuba) el 19-5-1938. Ordenado en Ávila, el 22-6-1969. Desde el 1 de julio de 1982 ha sido vicario parroquial de San Juan Crisóstomo. Atendía también a los cubanos.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. SEPTIEMBRE 2008

Día 7: confirmaciones en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario, en Hoyo de Manzanares

Día 8: Misa con vírgenes consagradas en la Colegiata de San Isidro

Día 9: Consejo Episcopal

Día 10: encuentro obispos-empresarios AEDOS

Consejo de Economía

Día 11: Comité Ejecutivo

Funeral en la Catedral de la Almudena por las víctimas del accidente aéreo de Barajas

Día 12: Misa en la Catedral de la Almudena con motivo de la apertura de curso de la Curia

Día 13: Misa en la parroquia de San Ignacio de Loyola con motivo del 25 aniversario de la parroquia

Día 14: Misa en la parroquia de la Asunción de Nuestra Señora, de Galapagar, con motivo de la fiesta del Cristo de las Mercedes

Día 16: Jornada para la Causa de los Santos en el Instituto de Derecho Canónico (Facultad de Teología). Inauguración.

Misa en la Catedral de la Almudena con motivo de la Jornada para la Causa de los Santos

Día 17: Consejo Episcopal

Reunión con los formadores del Seminario

Día 18: encuentro con los sacerdotes de la Vicaría I

Día 19: Reunión de la Provincia Eclesiástica
Clausura de la visita pastoral a la Vicaría VI en la parroquia de San Vicente de Paúl

Día 20: Consejo de Pastoral en el Seminario
Jornada diocesana del Congreso de Católicos y Vida Pública

Día 21: Misa en la parroquia de San Agustín, de Alcobendas
Apertura de la visita pastoral a la Vicaría VII en la parroquia del Buen Suceso

Día 23: Consejo Episcopal

Día 24: Foro Europa Press

Encuentro con sacerdotes de la Vicaría II

Días 25 y 26: Comisión Permanente de la CEE

Día 28: Misa con las Cruzadas

Día 29: Misa de comienzo de curso del Año Judicial en la Iglesia de Santa Bárbara.

Misa y bendición de campanas en la Parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles (c/ Bravo Murillo).

Día 30: Consejo Episcopal

Conferencia en la parroquia de La Concepción de Nuestra Señora (c/Goya), dentro del Foro Juan Pablo II.

SR. OBISPO

VIGILIA DE ORACIÓN CON LOS JÓVENES

(San Felipe Neri-Alcalá, 5 Septiembre 2008)

Lecturas: *1 Co* 4, 1-5; *Lc* 5, 33-39.

1. Reunidos en oración con María

En esta noche, queridos jóvenes, deseo rememorar la Vigilia de oración que tuvimos en Sydney con el Santo Padre, en el pasado mes de julio. En dicha Vigilia, como ahora en la nuestra, estuvo como centro Jesucristo-Eucaristía. Hubo un tiempo de adoración eucarística, que fue una de las novedades de la Vigilia de la Jornada Mundial de la Juventud. Durante los días previos dedicaron en Sydney varios lugares, donde estaba el Santísimo expuesto y se podía recibir el sacramento del perdón; allí los jóvenes pasaban largos ratos de adoración y celebraban el sacramento de la penitencia.

Un momento álgido de la Jornada Mundial de la Juventud fue la Vigilia con el Santo Padre, con la presencia de más de 400 obispos. Estaban presentes el Sucesor del apóstol Pedro y muchos sucesores de los apóstoles, con María la Virgen, con gente de los cinco continentes.

Aquella Jornada y, sobre todo, aquella celebración la percibí como un gran Pentecostés. Así lo comenté a los jóvenes en las catequesis que dirigí: celebrábamos un gozoso Pentecostés.

2. Armonizar la sociedad frágil en la que vivimos

La vigilia de esta noche es también un Pentecostés; estamos en un cenáculo, ante la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Nosotros venimos a adorar al Señor y Él nos regala su Espíritu.

Comentaré ahora algunos puntos, que el Papa dijo en la reflexión de aquella noche.

La sociedad en la que vivimos es una sociedad muy frágil. Nuestro testimonio es una ofrenda a este mundo. Si no hubiera cristianos, este mundo sería peor de lo que es; sería más desastre, de eso no hay duda. Los cristianos, por tanto, colaboramos a la armonía de este mundo destrozado, dividido, lleno de tensiones e incomprensiones, donde muchos no encuentran el sentido de su vida.

Como dice la *Carta a Diogneto* “los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo”. Ellos posibilitan un equilibrio, una armonía, una unidad en la sociedad, frente a la fragilidad y división que hay en el mundo.

Queridos jóvenes, estáis llamados, por tanto, a ofrecer una armonía a este mundo frágil; estáis llamados a hacerlo cada vez más un “cosmos”, es decir, más armónico, más perfecto, más bello. El hermoso mundo, que salió de las manos de Dios, se ha convertido en un mundo destrozado y frágil por el pecado. Estamos llamados, con la gracia de Dios, a reconstruir el tejido social, a cuidar de la naturaleza, a armonizar la vida de los hombres. Esa es nuestra hermosa tarea.

3. Tentación de “ir por libre”, prescindiendo de la Iglesia

El Papa recordaba a los jóvenes en Sydney que existe la tentación de ir por libre; es decir, prescindiendo de la comunidad cristiana, prescindiendo incluso de la Iglesia. Un miembro del organismo humano no puede separarse del cuerpo, a no ser que muera. Ningún miembro de la Iglesia puede prescindir del cuerpo eclesial, el cuerpo místico; si lo hace está abocado a la muerte. Pero existe la tentación de ir por libre. Decía el Papa: “Separar al Espíritu Santo de Cristo, presente en la estructura institucional de la Iglesia, pondría en peligro la unidad de la comunidad cristiana, que es precisamente un don del Espíritu. Se traicionaría la naturaleza de la Iglesia como Templo vivo del Espíritu Santo (cf. *1 Co 3, 16*)” (Benedicto XVI, *Discurso en la Vigilia con los jóvenes*, Sydney, 19 Julio 2008).

Algunos hablan de su comunidad local, de su grupo, de su asociación, de su movimiento como si no tuviera nada que ver con el resto de la Iglesia. Pero ni esa comunidad, grupo, asociación o movimiento puede existir, si no está insertada en el cuerpo eclesial. Tanto en el plano individual como comunitaria o agregativamente somos Iglesia y necesitamos estar vinculados a la única Iglesia de Cristo. Y sólo podemos vivir desde esa unidad, porque la unidad forma parte esencial de la Iglesia. La Iglesia es una, no hay varias.

Os invito a asumir la tarea de trabajar por la unidad y a superar la tentación de ir por libre. Siguiendo con el símil del cuerpo, los dedos de la mano pueden sentirse muy bien estando unidos y acariciándose; pero los otros miembros los necesitan. ¿Quién lavaría la cara, si no fuera por las manos? ¿Cómo funcionaría el cuerpo, si el corazón no realizara su tarea? ¿Quién cuidaría a los otros miembros del cuerpo?

Estamos llamados, por tanto, a vivir la unidad de la Iglesia, del cuerpo eclesial. La unidad pertenece a la esencia de la Iglesia (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 813) y es un don que debemos reconocer y apreciar.

4. Espíritu de comunión o amor unificador

El Papa Benedicto XVI es muy agustiniano; estudió mucho a san Agustín y realizó trabajos de investigación teológica sobre él, incluso su Tesis doctoral. En la Vigilia, en Sydney, propuso unas ideas de san Agustín sobre la Iglesia y, concretamente, sobre el Espíritu Santo.

En primer lugar, decía que el Espíritu santo es el Espíritu de comunión o el Espíritu del amor vivificador. El Espíritu es amor, con una dimensión unificadora; amor que unifica. Si el Espíritu está con el Padre y con el Hijo, porque procede del amor de ambos, su esencia consiste en la unidad amorosa entre las Tres Personas.

El Papa comentaba: “Una unidad verdadera nunca puede estar fundada sobre relaciones que nieguen la igual dignidad de las demás personas. Y tampoco la unidad es simplemente la suma total de los grupos mediante los cuales intentamos a veces «definirnos» a nosotros mismos” (Benedicto XVI, *Ibid.*). Las tres Personas divinas son diversas en su personalidad, pero son iguales en su divinidad.

Si eso lo aplicamos a nuestra vida, la tarea de los jóvenes es buscar la unidad, promoviendo la igualdad de derechos y la igual dignidad de todas las personas. No podemos mantener las diferencias entre los seres humanos, que nuestra sociedad promueve.

Una tarea del joven es ser unificador; tratar a todas las personas por igual, como imagen de Dios.

5. Espíritu de amor duradero

El Papa continuaba su reflexión afirmando que el Espíritu Santo es amor permanente, amor duradero. En nuestra sociedad no se entiende correctamente el amor; se habla de amor refiriéndose a un sentimiento o a un simple gusto o deseo. La gente se plantea vivir en matrimonio mientras dure “su amor” y separarse cuando se acabe. Pero la lógica es aplastante: si Dios es Amor, el amor eterno. Si la gente llama “amor” a un puro sentimiento, cuando desaparezca dicho sentimiento, desaparecerá lo que ellos llaman “amor”. La identidad del Espíritu de amor es el Espíritu de amor permanente, amor eterno, amor que no acaba. Cristo ama siempre.

En esta sociedad frágil el joven cristiano debe ser un testigo del amor permanente, para que no se confunda con los sentimientos de amor. Los sentimientos pasan; pero el amor, que no debe confundirse con un sentimiento, no se acaba; el amor es permanente.

Habéis cantado, al inicio de la celebración, una frase que tiene mucho contenido teológico y, a veces, no lo percibimos. Os animo a que la disfrutéis cuando la cantéis otras veces. Hemos recibido la unción del Espíritu; somos ungidos por el Espíritu. La palabra “ungido” tiene una carga teológica y antropológica profunda y preciosa. Hemos sido sellados y repletos del Espíritu Santo; hemos recibido la unción del Espíritu. Por tanto, en nosotros está la forma de amar propia de Cristo; somos capaces de amar de manera eterna. La sociedad no lo vive así; pero en esta sociedad frágil y quebradiza, donde se quiebra todo, incluso el mal llamado “amor”, somos los testigos del amor permanente.

6. Espíritu, don incesante de Dios que se entrega

El Espíritu es el don que se entrega; es un don incesante. Nos lo evoca la imagen del diálogo de Jesús con la samaritana, junto al pozo. “Jesús se revela aquí

como el dador del agua viva (cf. *Jn* 4, 10), que será después explicada como el Espíritu (cf. *Jn* 7, 39; *I Co* 12, 13). El Espíritu es «el don de Dios» (*Jn* 4, 10), la fuente interior (cf. *Jn* 4, 14), que sacia de verdad nuestra sed más profunda y nos lleva al Padre. De esta observación, Agustín concluye que el Dios que se entrega a nosotros como don es el Espíritu Santo (cf. *De Trinitate*, 15,18,32)” (Benedicto XVI, *Ibid.*).

El don de Dios es un manantial que no se agota; recibimos un don incesante, un manantial permanente, eterno, que salta hasta la vida eterna. Todo eso es lo que en esta vigilia de oración queremos vivir, celebrar y pedirle al Señor.

7. Cómo ser testigos: A vino nuevo, odres nuevos.

Pasadas las vacaciones de verano, comenzamos un curso y afrontamos una nueva etapa de nuestra vida; iniciamos un nuevo curso pastoral. Cada uno de nosotros se enfrenta a una etapa nueva: algunos empiezan un trabajo profesional, otros preparan unas oposiciones; alguien está a punto de acabar la carrera, otro está empezando una nueva relación de amor. Pero todos tenemos ante nosotros un nuevo curso pastoral.

En el Evangelio hemos leído: A vino nuevo, odres nuevos (cf. *Lc* 5, 38). Las buenas ilusiones no pueden quedarse en recipientes medio rotos, porque se acaba de romper y se pierde el continente y el contenido. Necesitamos hacer nuevas estructuras, nuevos odres, para los vinos nuevos: planes, ilusiones y proyectos.

Un ejemplo de vino nuevo es dar a conocer nuestras vigiliass: al finalizar la vigilia podemos pasear por las calles de la Ciudad hasta la plaza mayor, para darnos a conocer de forma pacífica y cívica. Como decíamos los jóvenes en los años de la revolución cultural de 1968: “Somos gente de paz y no nos harán callar”. En la plaza de Cervantes de nuestra Ciudad están las ruinas de la Iglesia de Santa María, que destruyeron durante la Guerra Civil, en el siglo pasado; existe aún el ábside con piedras y la “Capilla del Oidor”; podemos reunirnos allí para conversar, cantar y compartir, porque estamos en nuestra casa, ya que todo ello es propiedad del Obispado de Alcalá.

Es conveniente hacernos presentes, como signo eclesial, en las ciudades en las que vivimos. A los “week end”, “botellones” y fines de semana vacíos de sentido, que nuestra sociedad propicia, los jóvenes cristianos ofrecemos los “viernes

alternativos”; es decir, vivir la alternativa de pasarlo bien, al estilo cristiano. Nuestra propuesta es el “weekend” cristiano, que lo bautizamos como “christian weekend”. Esa es nuestra alternativa.

“A vino nuevo, odres nuevos”. Hemos crecido y nos quedan cortos los trajes; en vez de poner un remiendo, que puede desgarrar el tejido, es mejor un traje nuevo. Pensemos cada uno cuál es el odre que necesita ser renovado: dentro de nosotros mismos, en nuestra comunidad parroquial, en nuestra Diócesis, en nuestra familia, en nuestra sociedad.

Ese va a ser nuestro testimonio: hacer llegar a nuestra sociedad fragmentada y dividida la armonía que nos da el Espíritu; ofrecer ante las situaciones de conflicto, de sufrimiento y de tensión la paz interior; poner unidad donde haya división. Esa es nuestra tarea y nuestro objetivo.

Cito un texto del Papa: “Madurad vuestra fe a través de vuestros estudios, el trabajo, el deporte, la música, el arte. Sostenedla mediante la oración y alimentadla con los sacramentos, para ser así fuente de inspiración y de ayuda para cuantos os rodean. En definitiva, la vida, no es un simple acumular, y es mucho más que el simple éxito. Estar verdaderamente vivos es ser transformados desde el interior, estar abiertos a la fuerza del amor de Dios. Si acogéis la fuerza del Espíritu Santo, también vosotros podréis transformar vuestras familias, las comunidades y las naciones. Liberad estos dones. Que la sabiduría, la inteligencia, la fortaleza, la ciencia y la piedad sean los signos de vuestra grandeza” (Benedicto XVI, *Ibid.*).

En resumen. Vivid como jóvenes cristianos en todos los ámbitos: en la música, en el arte, en el tiempo libre, en el deporte, en los estudios, en el trabajo, en la familia, en todos los campos. Son palabras de Benedicto XVI, nuestro querido Papa. ¡Vivid así y madurad vuestra fe!

8. Objetivos pastorales del presente curso

En este curso pastoral tenemos en la Diócesis una serie de objetivos, determinados por una serie de acontecimientos.

En primer lugar, el Año paulino, que el Papa nos ha ofrecido como Año santo jubilar. Caben dos cosas, fundamentalmente: Que nos empeñemos todos durante este año en leer los escritos de san Pablo, profundizando en su pensamiento.

En segundo lugar, hacer alguna peregrinación a un lugar paulino, donde vivió o predicó San Pablo. También se puede lucrar jubileo visitando los templos jubilares de nuestra Diócesis, que han sido señalados para esta ocasión. Conviene que tengamos una de las vigiliias de jóvenes en la Catedral, o en una de las parroquias jubilares, para ganar el jubileo.

Os animo a que hagáis peregrinaciones a lugares paulinos. La Diócesis ofrecerá dos peregrinaciones: una a Tarso (Turquía), lugar donde nació Pablo; y otra al lugar de su martirio (Roma). Las parroquias, las asociaciones y movimientos, pueden ofrecer más peregrinaciones.

Aquellos que, por razones económicas, de salud o de trabajo, no puedan realizar las peregrinaciones a los lugares paulinos, pueden viajar por otros medios: audiovisuales, internet.

Otro acontecimiento eclesial es la celebración de la Asamblea del Sínodo de los Obispos en Roma, que versará sobre la Palabra de Dios.

Ahora volvemos a contemplar al Señor sacramentado, lo adoramos y le pedimos que nos otorgue su Espíritu. Amén.

FIESTA DE LA VIRGEN DEL VAL PATRONA DE ALCALÁ DE HENARES

(Ermita de la Virgen del Val - Alcalá, 21 Septiembre 2008)

Lecturas: *Is* 7, 10-14; 8-10; *Ap* 21, 1-5; *Lc* 1, 26-38.

María, la Virgen oyente de la Palabra

1. Como acabamos de escuchar en el Evangelio de San Lucas, Dios envió el ángel Gabriel para que anunciara una Buena Nueva a María, la Virgen de Nazaret: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús» (*Lc* 1, 30-31).

María es la “Virgen oyente”, que acoge con fe la palabra de Dios, respondiendo al Ángel: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1,38). Su fe fue premisa y camino hacia la maternidad divina. Como dijo San Agustín: “La bienaventurada Virgen María concibió creyendo al (Jesús) que dio a luz creyendo” (*Sermón* 215, 4); concibió, pues, a Cristo en su mente antes que en su seno.

María es imagen perfecta de la Iglesia por el modo con que acoge la Palabra de Dios: la escucha atentamente, la medita con gran discernimiento y se entrega sin reservas a la voluntad divina.

La fe de María fue para ella “causa de bienaventuranza y seguridad en el cumplimiento de la palabra del Señor (*Lc 1, 45*): fe, con la que Ella, protagonista y testigo singular de la Encarnación, volvía sobre los acontecimientos de la infancia de Cristo, confrontándolos entre sí en lo hondo de su corazón (cf. *Lc 2, 19. 51*)” (Pablo VI, *El culto mariano*, 17).

El Evangelio nos dice que «María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (*Lc 2, 19*). En María la escucha de la Palabra se convierte en fecunda meditación y también en celebración gozosa, en gesto concreto de amor, en solícita presencia, en esforzada fidelidad en el momento de la prueba y en actitud de esperanza. También para nosotros, la escucha de la Palabra de Dios puede convertirse en fuente de vida, como en María.

2. El Concilio Vaticano II nos recuerda que “la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la sagrada liturgia” (*Dei Verbum*, 21). Dios se dirige “con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual” (*Ibid.*).

La Iglesia escucha, acoge, proclama y venera la palabra de Dios, distribuyéndola a los fieles como pan de vida; y escudriña los signos de los tiempos, interpretándolos desde la luz de esta Palabra (cf. Pablo VI, *El culto mariano*, 17).

La Iglesia comienza con la evangelización de sí misma. Como comunidad de fe, de esperanza y de amor fraterno ella tiene necesidad de escuchar continuamente lo que debe creer, las razones de su esperanza y el hermoso mandato nuevo del amor.

En este Año Jubilar Paulino la Iglesia nos anima a conocer y meditar la palabra revelada, que San Pablo nos transmitió. En mi Carta pastoral, publicada con esta ocasión, os exhorto a hacer una lectura orante de los Escritos de San Pablo, a conocer mejor su figura y a visitar alguno de los lugares paulinos, según las posibilidades, y los templos jubilares escogidos en nuestra Diócesis.

3. En la Fiesta de la Virgen del Val, Patrona de la Ciudad de Alcalá, María nos anima, con maternal amor, a ser “oyentes de la Palabra” de Dios. Somos miembros de la Iglesia y nos nutrimos con este alimento celeste, que Dios ha revelado a los hombres para su salvación.

El ángel saludó a María diciéndole: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (*Lc* 1, 28). Gran gozo era para la Virgen ser la “llena de gracia”; pero mayor gozo fue para Ella recibir el anuncio de Gabriel, que le invitaba a aceptar en su seno al Verbo eterno de Dios, a la Palabra hecha carne, a la Luz que alumbra a todo hombre (cf. *Jn* 1, 1-9).

Gran gozo es para nosotros, estimados hijos de Alcalá, recibir también el anuncio de que podemos aceptar en nuestra vida al que es la Palabra viva y eterna de Dios; que podemos llenarnos de su amor; que podemos ser iluminados por su fulgurante Luz; que podemos ser transformados y divinizados por Jesucristo, el Salvador del mundo.

La escucha religiosa y atenta de la Palabra de Dios otorgará a los creyentes la purificación de su fe, la iluminación a los que dudan y el ánimo a los indiferentes. A todos nos debe mover hacia una gozosa y vital acogida de la Buena nueva; hacia una mayor participación en los sacramentos y en la vida litúrgica; y hacia un verdadero testimonio de fe, que sepa dar razón de la esperanza que está en nosotros (cf. *1 Pe* 3, 15-16).

4. La importancia de escuchar la Palabra de Dios y de cumplirla queda sobradamente explicitada con la respuesta de Jesús a quienes valoraban la maternidad física de María. Una mujer del pueblo, nos dice el Evangelio, glorificaba a la Madre de Jesús, exclamando en medio de la gente: «Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron» (*Lc* 11, 27); pero el Maestro respondió: «Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (*Lc* 11, 28).

“Esta misma respuesta, si es una viva alabanza para la Virgen, como interpretaron algunos Santos Padres y como lo ha confirmado el Concilio Vaticano II, suena también para nosotros como una admonición a vivir según los mandamientos de Dios y es como un eco de otras llamadas del divino Maestro: «No todo el que me dice: ‘Señor, Señor’, entrará en el reino de los Cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (*Mt* 7, 21); y también: «Voso-

tros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (*Jn 15, 14*)” (Pablo VI, *El culto mariano*, 39).

5. El ángel respondió a María que la hermosa obra de salvación, que se estaba realizando, era debida a la acción del Espíritu: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra» (*Lc 1, 35*).

Esta gran verdad nos recuerda que la acogida de la Palabra de Dios en nuestros corazones se realiza por obra del Espíritu Santo. La docilidad de María al Espíritu se nos exige a cada uno de nosotros. Hemos de dejar campo libre al Espíritu; debemos permitirle que actúe en nosotros; hemos de ser dóciles y flexibles a su acción en nosotros, para ser transformados como el barro en manos del alfarero.

¡Dejemos que el Espíritu nos configure a imagen de Jesucristo! ¡Que introduzca la Palabra hecha carne en nuestros corazones! ¡Que nos ilumine con la Luz del mundo!

Si nuestra sociedad se dejara iluminar por esta Luz y transformar por el “Dedo de Dios-Padre”, como ha sido llamado el Espíritu Santo, tendría mayor vida y gozaría de mayor libertad; pero algunas modas y leyes actuales la están llevando a la destrucción y a la muerte. No respetar ni proteger la vida humana, desde el instante de la concepción hasta la muerte natural, es un signo de destrucción y aniquilamiento, por mucho que se presente como algo progresista y moderno. ¿Acaso se es más libre siendo esclavo de estas leyes, puestas por simples hombres, que aceptando los mandamientos de Dios?

El pueblo de Dios está inmerso en el mundo y es tentado constantemente por los ídolos, que intentan apartarlo de Dios; tiene necesidad de escuchar y proclamar las grandes maravillas, que Dios ha obrado en su favor y que lo han convertido a Dios; debe ser también convocado nuevamente y reunido entorno a Jesús, su Señor. Eso quiere decir que tiene necesidad de ser siempre evangelizado, escuchando y meditando la Palabra de Dios, para conservar su alegría, su frescura, su fuerza y su ímpetu para anunciar el Evangelio.

6. La devoción a la Virgen del Val, queridos complutenses, implica aceptar el cariñoso mandato de María a los siervos de las bodas de Caná: «Haced lo que Él os diga» (*Jn 2, 5*). Aceptar la voluntad de Dios y obedecer sus mandamientos es la única forma de vivir como hombres libres y salvados, que tienen a Jesucristo como

redentor y modelo de sus vidas. También de este modo podremos ayudar a los demás a que puedan encontrarse con Él.

Estas “palabras que en apariencia se limitan al deseo de poner remedio a la incómoda situación de un banquete, pero que en las perspectivas del cuarto Evangelio son una voz que aparece como una resonancia de la fórmula usada por el Pueblo de Israel para ratificar la Alianza del Sinaí (cf. *Ex* 19, 8; 24, 3.7; *Dt* 5, 27) o para renovar los compromisos (cf. *Jos* 24, 24; *Esd* 10, 12; *Neh* 5, 12) y son una voz que concuerda con la del Padre en la teofanía del Tabor: «Escuchadle» (*Mt* 17, 5)” (Pablo VI, *El culto mariano*, 57).

7. Con motivo del 150 Aniversario de las Apariciones de la Virgen en Lourdes, el Papa Benedicto XVI nos exhortaba a acudir a María, como fuente viva de renovación y de conversión: “Hoy, María sale a nuestro encuentro para indicarnos los caminos de la renovación de la vida de nuestras comunidades y de cada uno de nosotros. Al acoger a su Hijo, que Ella nos muestra, nos sumergimos en una fuente viva en la que la fe puede encontrar un renovado vigor, en la que la Iglesia puede fortalecerse para proclamar cada vez con más audacia el misterio de Cristo. Jesús, nacido de María, es el Hijo de Dios, el único Salvador de todos los hombres, vivo y operante en su Iglesia y en el mundo. La Iglesia ha sido enviada a todo el mundo para proclamar este único mensaje e invitar a los hombres a acogerlo mediante una conversión auténtica del corazón” (Benedicto XVI, *Homilía en el 150 Años de las Apariciones de Lourdes*, Pradera de los Santuarios - Lourdes, 14 septiembre 2008).

¡Que la Virgen del Val sea para todos nosotros modelo de acogida, de amor y de fidelidad a la Palabra de Dios! ¡Que así sea!

INAUGURACIÓN DEL CURSO EN EL SEMINARIO DIOCESANO

(Seminario-Alcalá, 23 Septiembre 2008)

Lecturas: *Pr* 21, 1-6.10-13; *Lc* 8, 19-21.

1. Acabamos de escuchar el texto de Lucas, en el que Jesús ensalza a su Madre: «Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen» (*Lc* 8, 19).

Es similar a otra escena evangélica, cuando una mujer de entre la gente exclama a voz en grito: «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron! Pero Él dijo: Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan» (*Lc* 11, 27-28).

Quien quiera ser hermano de Jesús tiene que escuchar la Palabra de Dios, meditarla en su corazón y hacerla vida propia, para que fructifique. La Palabra tiene que penetrar dentro de nosotros, para que queme lo que estorba en el seguimiento del Señor.

2. El curso pastoral, que hemos empezado, tiene tres objetivos prioritarios: el primero de ellos es conocer y meditar la Palabra de Dios. Este es un objetivo

prioritario para este año por dos motivos: El Año jubilar paulino y la Asamblea sinodal, que los obispos van a celebrar en Roma en el próximo mes de octubre. El Papa se reunirá con unos 240 obispos de todo el mundo, con teólogos, fieles laicos y representantes de otras iglesias y religiones, para dialogar y reflexionar sobre la Palabra de Dios.

En mi Carta pastoral, publicada con motivo del Año paulino, os invito a conocer la figura de Pablo y sus escritos. Os animo a realizar actividades específicas en el Seminario, de cara al conocimiento de Pablo de Tarso, su figura, su persona, su vocación, su misión como predicador y gran evangelizador. Existen muchos materiales de publicaciones y de audiovisuales, que podemos utilizar.

Aunque el Seminario no es una parroquia, conviene que os acostumbréis a asumir los objetivos pastorales diocesanos de cada curso.

2. El Señor nos hace hoy una primera invitación: Dichoso el que escucha la Palabra de Dios y la cumple.

María es el ejemplo más típico de ello; es la que mejor ha sabido hacerlo. Los cristianos deben mirar a María; y los sacerdotes y seminaristas más aún. Es el mejor ejemplo que tenemos de cómo supo escuchar y acoger la Palabra de Dios. El mismo Jesús valora más a su Madre por ser oyente de la Palabra, que por ser la madre del Hijo de Dios. Jesucristo le dedica a su Madre el mejor de los piropos: Dichosa es María por ser la Madre de Jesús, pero más bendita aún porque escucha la Palabra de Dios y la cumple.

3. En el libro de los *Proverbios* hemos escuchado una serie de sentencias, como gusta al estilo semítico, en contraste antitético: arrogante-sencillo, diligente-perezoso, mentiroso-veraz, tortuoso-recto, sabio-necio. A los que no practican el bien o no hacen las cosas como Dios quiere, les va mal. Estos contrastes tienen su enseñanza, centrada en el primer versículo: «El corazón del rey es una acequia en manos de Dios; la dirige donde quiere» (*Pr* 21, 1).

Al escuchar esto, tal vez nos preguntamos qué significan estos contrastes y qué simboliza que un rey sea una acequia en manos de Dios. El *Salmo* primero nos puede ayudar a descubrirlo: «¡Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos (...). Es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da a su tiempo el fruto, y jamás se amustia su follaje; todo lo que hace sale bien» (*Sal* 1,

1.3). El israelita bueno, sabio, creyente, piadoso, es como un árbol plantado al borde de la acequia. La acequia llena de agua hace referencia a la presencia de Dios y a la gracia de Dios, que corre a raudales para producir buenos frutos. Al decir el “rey” puede referirse al sabio, al israelita piadoso, al prudente, al diligente.

4. En la literatura bíblica el “rey” es el consagrado, es el “ungido” del Señor y no se le puede tocar. Recordemos la actitud de respeto, obediencia y lealtad de David hacia el “rey” Saúl. Al rey no se le puede tocar, porque es el ungido del Señor.

Podemos ahora trasladar toda esa carga semántica y religiosa del “ungido” al Ungido por excelencia, Cristo, y a sus ungidos, los cristianos. Cristo es el Ungido y los cristianos somos otros “cristos”, es decir, ungidos. El ungido de Dios es como una acequia en sus manos; si se deja llevar por Él, con docilidad, puede producir mucho fruto.

Os exhorto a ser como el corazón del rey en manos de Dios. Poned vuestra vida en manos de Dios y dejad que Él la conduzca; que Él canalice el agua. Dios os ha regalado unas facultades, unas dotes y os ha dado unas gracias, llamándoos a una misión. No intentéis canalizar vosotros el agua; no queráis canalizar el don de Dios, sino dejad que lo canalice Él. De esta manera, Dios regará donde quiera y hará crecer las plantas como quiera, haciendo fructificar a su manera. No nos toca a nosotros canalizar el agua o el don de Dios. El rey, el ungido del Señor, es como una acequia puesta en manos de Dios. Habéis sido llamados por Él, para llevar a cabo la misión que Él os encomienda.

5. El Evangelio nos invitaba a escuchar y a cumplir la Palabra de Dios; a seguir sus mandamientos y a vivir de su Palabra. Esta tarea es para todo cristiano: sea niño o anciano, soltero o casado, religioso o laico.

El libro de los *Proverbios* nos anima a responder vocacionalmente: el ungido del Señor es una acequia en manos de Dios. Aquí se trata de responder a la llamada de Dios y seguir el camino que Él quiere para nosotros. «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros» (Jn 15, 16), ha dicho Jesús.

Ya sé que habéis tenido un diálogo con el Sr. Rector, en el que habéis reflexionado sobre el tema de la vocación y del discernimiento. Estáis en época de

discernir lo que Dios quiere para vosotros. No se trata de determinar lo que uno quiera, sino de ponerse en manos de Dios. Para ello existen unas mediaciones eclesiales (Obispo, formadores, sacerdotes), que nos ayudan a descubrir la voluntad divina. Hay que aceptar esas mediaciones.

6. La vida, vivida desde el amor de Dios es una hermosa aventura. Y nadie sabe, en esa aventura, donde nos llevará el Señor. El que se deja llevar en manos de Dios y se deja canalizar, dará mucho fruto. El que quiera poner compuertas al agua, hacer desvíos o buscar otras acequias, no fructificará.

Cuando Dios te pide que canalices el agua hacia un lugar concreto, deja que el agua, es decir, el don de Dios en ti, vaya hacia ese lugar, para que penetre en la tierra, la esponje y la vuelva fecunda. Pero, a veces, nos empeñamos en canalizar nosotros el agua. Ahora estáis en período de discernimiento de la vocación. ¡Dejaos ayudar! ¡Dejad que el Señor canalice vuestra vida hacia donde Él quiera!

El discernimiento vocacional no consiste en decidir lo que uno desea ser; por ejemplo, “quiero ser sacerdote”. Tampoco se refiere a querer ser un buen cristiano, cumpliendo los mandamientos de Dios; esa tarea es para todo cristiano. El discernimiento vocacional viene después de querer ser un buen cristiano; y trata de descubrir cómo quiere Dios que realice lo primero.

Con la ayuda de las mediaciones eclesiales, que Dios pone a mi alcance, puedo discernir su voluntad, sin prejuizar ni determinar nada; sino simplemente averiguar cuál es la misión que el Señor me confía y cómo quiere que la desarrolle (como sacerdote, religioso o laico). Lo único que hay que averiguar y descubrir es lo que Dios quiere de mí y decir en la oración: “Señor, ¿qué quieres de mí?”.

7. Hoy la Iglesia nos propone como intercesor y como modelo de vida a un santo de nuestro tiempo: san Pío de Pietrelcina. Un franciscano, a quien el Señor le pidió, a través de sus superiores, que ejerciera su ministerio sacerdotal en un pueblecito del sur de Italia.

Pío podría haberse preguntado: ¿Qué hace un joven fraile en lugar como éste, perdido en un rincón del mundo? Pero el Señor lo quería allí; y allí descubre qué le pide el Señor. Toda su vida fue un proceso de identificación con Jesucristo crucificado, como San Francisco de Asís; y, al igual que su Fundador, recibió la señal de los estigmas de la pasión.

Según se cuenta en la biografía del Padre Pío, otro franciscano, el P. Gemelli, que era médico y no creía lo de los estigmas, quiso desenmascarar al Padre Pío, tratándolo de estafador y embustero. Pero el Padre Pío, que tenía una personalidad muy fuerte, no quiso enseñarle las llagas al Padre Gemelli.

El Padre Pío tuvo que soportar prohibiciones y limitaciones en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, por parte de la Santa Sede. Él aceptó todas esas decisiones, aunque no fueron agradables. Al final la verdad ha salido a luz: el Padre Pío era un santo, que cumplió la voluntad del Señor, viviendo como cristiano y franciscano.

En Italia hay una gran devoción a este Santo; y muchas personas se sienten curadas por él. En Roma me dijo un día un taxista: “Padre, yo soy uno que ha sido curado por el Padre Pío; pero no he podido testificar en su causa de canonización, porque había demasiados testigos curados por él”.

Lo importante es aceptar la voluntad del Señor en nosotros, como hizo el Padre Pío. El ungido del Señor es una acequia en manos de Dios. Le pedimos al Espíritu que nos vaya transformando; y a la Virgen, la gran oyente de la Palabra, que interceda por todos nosotros. Amén.

ENTREVISTA A MONS. JESÚS CATALÁ
SOBRE EL ABORTO
(Semanao “Puerta de Madrid”,
Alcalá de Henares, 26 Septiembre 2008)

Actitud de la Iglesia ante el anuncio del gobierno de España de abrir el debate sobre el aborto

La Iglesia está a la espera de que haya algún proyecto de Ley o borrador, para volver a manifestar su postura contraria a cualquier planteamiento que lleve a la interrupción voluntaria del embarazo.

Lo único que el gobierno ha dicho es que quiere abordar de nuevo el tema del aborto, pero no se conoce ningún proyecto ni borrador. Por tanto, no se sabe qué va a hacer o proponer el gobierno. Cuando se sepa, los cristianos podremos dar nuestra opinión.

La postura de la Iglesia católica no ha variado desde que se aprobó la despenalización del aborto en España; en realidad la postura de la Iglesia es la misma desde hace dos mil años. El problema del aborto reside en una cuestión cultural; se trata de la concepción del hombre y de la vida, más que de unas leyes que van cambiando. Si se equipara al hombre a un animal, es evidente que se le tratará como a un animal; pero si se concibe al hombre como “*persona*”, es decir, como ser cualitativamente distinto del resto de los seres vivos, con capacidad de

razonar, con voluntad y libertad, hay que respetarlo como ser humano. El cristianismo valora al hombre como *imagen* de Dios.

Proteger animales y desproteger al hombre

Hay muchas falacias con respecto al tema del aborto. Conviene preguntarse por qué hay leyes que protegen una serie de especies de animales, que pueden estar en extinción o no, y, sin embargo, no se respeta la vida del ser humano en gestación o en condiciones de debilidad o ancianidad. A propósito de la extinción de algunas especies de animales hay que tener en cuenta que esto no depende fundamentalmente del hombre, sino de leyes de evolución, previstas en la naturaleza. Si la humanidad hubiera intervenido para que los dinosaurios no se extinguieran, probablemente hoy habría mayor caos. La naturaleza dispone de unas leyes que propician la extinción de unas especies y la aparición de otras nuevas; algo que parece que no se tiene en cuenta, cuando vemos que algunos se aferran a la conservación a ultranza de ciertas especies. Puede haber especies que deban desaparecer y no pasa nada, porque nacen otras nuevas. Eso es propio de la evolución del mundo.

Las leyes en España valoran más una cigüeña que un ser humano

Podemos hacernos la siguiente pregunta: ¿Por qué la sociedad protege ciertas especies de animales incluso con leyes penales y no protege a la especie humana en todo momento de su existencia? Por ejemplo, las leyes en España valoran más una cigüeña que un ser humano. Con esto no estamos diciendo que no hay que respetar las cigüeñas; vaya por delante que el Obispado de Alcalá es la institución de esta Ciudad que más cigüeñas acoge en sus edificios.

Ante tal incongruencia de las leyes, podemos preguntarnos: ¿Qué concepción se tiene del hombre? La fe cristiana considera al hombre hecho a imagen y semejanza de Dios y por tanto hay que protegerlo y respetarlo siempre. Los gobiernos tienen la obligación de proteger al ser humano en todas sus fases, desde la concepción hasta la muerte natural”.

El ser humano existe desde que es concebido

Un nuevo ser humano existe desde el momento de su concepción. La biología y la genética avalan esta afirmación; y la recta razón lo aprueba y confirma. La

dotación genética del óvulo humano fecundado es la misma a lo largo de todo su proceso vital; y si no se interrumpe su proceso, llegará a la madurez. Es absurdo, por tanto, que un gobierno pretenda determinar en qué momento del proceso vital existe el hombre. La existencia del ser humano no lo decide ningún gobierno, sino la misma naturaleza.

Despenalizar el aborto es desproteger al ser humano

Muchos gobiernos de países diversos han despenalizado el aborto, alegando que el ser humano en esa fase de gestación no tiene derechos, ni es considerado como persona, determinando una etapa concreta, que oscila desde el instante de la concepción hasta varios meses después. También podrían despenalizar hasta varios años después del nacimiento o en determinadas circunstancias vitales como la enfermedad o la ancianidad. En esta dirección parece que vayan algunos gobiernos.

Pero, aunque esté despenalizado el aborto, no deja de ser un crimen, porque se mata a un ser humano. Despenalizar el aborto es desproteger al ser humano. Los gobiernos podrán penalizar o despenalizar ciertos actos, pero los ciudadanos tenemos derecho a opinar si esas leyes son o no coherentes y humanas; y, concretamente, la ley del aborto es inhumana.

El ser humano tiene todos los derechos fundamentales desde el momento de su existencia

El problema radica en la concepción que se tenga del ser humano. La Iglesia católica mantiene y mantendrá siempre que el ser humano existe como tal y tiene todos los derechos fundamentales desde el momento de su existencia. Por tanto, la enseñanza de la Iglesia es la de máximo respeto al ser humano, desde el momento de la concepción hasta que muera de forma natural. Así lo defienden también, desde la recta razón y la verdadera antropología, muchos no cristianos y no creyentes.

Un terrible problema que se agrava

Según una nota reciente, hecha pública por los Obispos de la provincia eclesiástica de Madrid, el problema del aborto es mucho más grave de lo que parece: “Queremos destacar, en primer lugar, la malicia real del fenómeno y su extensión: No estamos ya ante el aborto como un hecho inicuo, que se comete de

forma particular, sino de una realidad de enormes proporciones que busca su propia justificación al margen de la Ley de Dios y de los más elementales principios morales (...). Hemos de tomar conciencia de que el aborto es una auténtica estructura de pecado, que busca la deformación generalizada de las conciencias para la extensión de su maldad de modo estable”.

Después de más de veinte años de la ley de despenalización del aborto en España, que data de 1985, se constata el ritmo constantemente creciente de los abortos llamados ‘legales’ en nuestro país, y en nuestra comunidad autónoma. “Se ha extendido la consideración del aborto como recurso fácil ante la dificultad de un embarazo no deseado”.

En el año 2004 se llegó en España a la cifra de 85.000 abortos anuales de los que 16.228 se realizaron en la Comunidad de Madrid. Según constatamos los Obispos en la nota, existe un incremento notable de los abortos tardíos (de fetos de más de dos meses -9 semanas- de gestación) que alcanzaron en 2004 el 41 por ciento de los totales, cuando el año 2000 eran poco más del 33 por ciento.

Por eso la Iglesia asegura que nos encontramos de hecho “ante el aborto libre, lo cual es un fraude de ley”.

La píldora del día después

Los médicos sostienen que la píldora del día después es un abortivo. Según los médicos, esta pastilla pretende impedir la anidación del embrión, en el caso de haberse producido la concepción. Eso es un aborto; la pastilla no impide la fecundación, sino el desarrollo del embrión humano. El problema es que se quiere presentar como un anticonceptivo de emergencia en las denominadas ‘relaciones de riesgo’ y no es así.

Una falacia perversa: ‘El cuerpo es mío y hago de él lo que quiero’

No sé qué hará el gobierno sobre la anunciada reforma de la ley del aborto. Parece ser que se quiere plantear el aborto como un derecho de la mujer, independientemente de los derechos del hijo que lleva en sus entrañas. El refrán ‘el cuerpo es mío y hago de él lo que quiero’ es una falacia perversa, porque da a entender que el hijo de las entrañas no es una persona con sus derechos, sino una especie de protuberancia del cuerpo de la madre, como la nariz o las orejas. Opino que se

quiere ir en la dirección de salvaguardar el anonimato y los “falsos derechos” de la madre que aborta y de los médicos que intervienen.

Esta posición es totalmente inmoral, porque uno no puede hacer con su cuerpo lo que le da la gana, ya que es un don que ha recibido. Lo que lleva una mujer en su seno, durante el embarazo, no es su cuerpo sino otro ser humano totalmente distinto. Defender que la mujer tiene derecho a deshacerse de otra persona, que lleva dentro, alegando falsamente que forma parte de su cuerpo, es una falacia perversa.

Los gobiernos que defienden el aborto llevan a la sociedad a la destrucción

Hay cosas que están fallando por la base. Los gobiernos que defiendan el aborto están llevando a la sociedad a la destrucción. El bien más importante de una sociedad es el ser humano. Todos los abortos son un crimen, incluso los llamados “terapéuticos”, es decir, aquellos en los que hay riesgo para la vida de la madre o la salud del hijo. Si es aborto, es aborto; no hay que ponerle apellidos como ‘terapéutico’, estético o de conveniencia. Esa es otra falacia. El aborto no se puede defender absolutamente en ningún caso. ¿Qué quiere decir ‘aborto terapéutico’? Si hay peligro para la vida de la madre o la del hijo, hay que dejar a la naturaleza que siga su curso. Durante millones de años el hombre ha dejado hacer a la naturaleza, que es sabia. No se debe asesinar a la madre por salvar al hijo, ni abortar al hijo por salvar a la madre; plantearlo así es incoherente. Hay que ayudar siempre a la naturaleza, sin manipular contra una de las dos personas.

Favorecer las adopciones sería una buena solución

Las adopciones podrían resolver muchos problemas. Hay matrimonios que no pueden tener hijos y han de acudir a países del Tercer Mundo, o de la misma Europa, para adoptar a niños, con las dificultades y gastos que eso genera.

Sin embargo, en España se está asesinando anualmente a muchos niños mediante el aborto. Hay muchos matrimonios, incluso con hijos, que están dispuestos a adoptar hijos de otros. ¿Por qué no ayudan los gobiernos a las madres gestantes a dar a luz a sus hijos y favorecen después las adopciones con otras leyes más adecuadas?

Jesús Catalá Ibáñez
Obispo de Alcalá de Henares

Carta a los Jóvenes
con motivo de la Misión Joven Diocesana

(Alcalá de Henares, 9 Noviembre 2006)

LOS JÓVENES, TESTIGOS DE JESUCRISTO

I. Introducción

1. Queridos jóvenes:

Hemos vivido un gran momento de gracia para nuestra Diócesis en el recién clausurado “*Año Jubilar de los Santos Niños Justo y Pastor*”, nuestros Patronos. Las distintas peregrinaciones a los lugares jubilares nos han dejado un recuerdo, grato e imborrable, en la memoria. Con especial emoción recordamos el Jubileo de los Jóvenes, en octubre de dos mil cinco, donde peregrinamos hasta la Catedral para vivir con alegría la celebración, preparada con una hermosa vigilia de oración. Pero esta experiencia eclesial no se queda solamente en un mero recuerdo, sino que

sirve como acicate de nuestro compromiso cristiano. A ejemplo de los Santos Niños estamos llamados a dar testimonio de la fe que hemos recibido, como don de Dios, y por la que dieron su vida nuestros Santos Patronos.

2. En comunión con las Diócesis hermanas de Madrid y Getafe y con el Arzobispado Castrense iniciamos ahora la “Misión Joven”, que tiene como objetivo el anuncio explícito de Jesucristo al joven de hoy, muchas veces alejado de la experiencia de fe y falta del verdadero sentido de su vida.

Sólo el encuentro personal con Jesucristo es capaz de transformar al joven abierto a la vida y en búsqueda de lo esencial. Sólo Cristo puede dar el verdadero sentido a la existencia humana, porque sólo Él es el “Redentor del Hombre”, como nos dijo al inicio de su pontificado nuestro querido y venerado Papa Juan Pablo II¹.

Cuando la experiencia de fe ha sido vivida con fruto y la presencia sanante del Señor Jesús ha transformado e iluminado nuestro corazón, entonces podemos anunciar con gozo a los demás jóvenes la Buena Nueva de salvación.

Como fruto del Año Jubilar, que hemos celebrado en nuestra Diócesis, el Espíritu nos alienta a participar ahora en la “Misión Joven” y a comprometernos en este momento singular de anuncio del Evangelio a los jóvenes de hoy.

Con gran alegría os convoco, pues, a esta hermosa tarea de proclamar a Jesucristo, vivo y resucitado, y de anunciar este mensaje de salvación en los distintos ambientes en los que os encontráis.

Os ofrezco ahora unas reflexiones tomadas de mi Carta pastoral, publicada con motivo de la clausura del Año Jubilar².

II. Ser testigos valientes ante el relativismo reinante

3. Resulta preocupante el relativismo moral, intelectual, filosófico y religioso en el que nos encontramos inmersos. El Papa Benedicto XVI, antes de su elección, pronunció unas clarificadoras palabras en la homilía de la Misa, que daba inicio al

¹ Cf. Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 4.III.1979.

² Cf. Jesús Catalá, Carta pastoral *Testigos de Jesucristo, Alcalá de Henares, 6.VIII.2006*, nn. 58-65.

Cónclave: “*¿Cuántos vientos de doctrina hemos conocido en estas últimas décadas, cuántas corrientes ideológicas, cuantas modas del pensamiento...! La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos con frecuencia ha quedado agitada por las olas, zarandeada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinismo; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir en el error (cf. Ef 4, 14). Tener una fe clara, según el Credo de la Iglesia, es etiquetado con frecuencia como fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, el dejarse llevar, «zarandear por cualquier viento de doctrina» (ibid.), parece ser la única actitud que está de moda. Se va constituyendo una dictadura del relativismo, que no reconoce nada como definitivo y que sólo deja como última medida el propio yo y sus ganas*”³.

El hombre, tentado para que aparte su mirada del Dios verdadero, queda mermado en su capacidad para conocer la verdad y se abandona al relativismo y al escepticismo, buscando una libertad ilusoria fuera de la verdad misma⁴.

4. Los cristianos estamos llamados a fundamentar nuestra vida en Cristo, afianzando nuestra amistad con Él, verdadero hombre nuevo, en quien se esclarece el misterio del hombre⁵ y la medida del verdadero humanismo: “*Nosotros tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el verdadero hombre. Él es la medida del verdadero humanismo. «Adulta» no es una fe que sigue las olas de la moda y de la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da la medida para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad*”⁶.

En medio de esta sociedad, que rechaza los valores absolutos y pierde el sentido de lo sagrado, los cristianos debemos mantenernos firmes en la fe, fuertes en el amor a Dios y dispuestos a dar testimonio de Él, hasta con la entrega de la

³ RATZINGER, J., *Homilía en la Misa por la Elección del Nuevo Papa*, Vaticano, 18.IV.2005.

⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, 1.

⁵ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 22.

⁶ RATZINGER, J., *Homilía en la Misa por la Elección del Nuevo Papa*, Vaticano, 18.IV.2005.

propia vida. Unidos a Cristo y afianzados en Él, podremos ofrecer al mundo la verdad y el amor verdaderos, que necesita y que busca a ciegas en tantos ídolos que no salvan.

5. Ante el relativismo moral reinante, el cristiano debe ser un testigo valiente, que ofrezca al mundo testimonio de la Verdad absoluta, que da sentido a la vida. El ejemplo elocuente del martirio exalta hasta el extremo la santidad inviolable de la ley de Dios: *“El no poder aceptar las teorías éticas «teleológicas», «consecuencialistas» y «proporcionalistas» que niegan la existencia de normas morales negativas relativas a comportamientos determinados y que son válidas sin excepción, halla una confirmación particularmente elocuente en el hecho del martirio cristiano, que siempre ha acompañado y acompaña la vida de la Iglesia”*⁷.

No hay un testimonio ni un juicio más verdadero que el del mártir, según el cual el amor a Dios implica una fe adulta, una amistad honda y verdadera con Cristo y el cumplimiento de sus mandamientos hasta las últimas consecuencias. Los mártires de todos los tiempos se han comprometido a defender la verdad moral contra el relativismo y la mentira en todos los ambientes y en todas las épocas y lugares.

III. Testigos de Jesucristo, hoy

6. El ejemplo de vida de tantos santos, que, como los Santos Niños, han sellado su testimonio de la fe y de la verdad moral con el martirio, es un estímulo para todos los cristianos de hoy.

Pienso en todos vosotros, jóvenes comprometidos, que cada día acudís a vuestros lugares de trabajo o de estudio y encontráis ambientes donde la fe en Cristo está postergada a un segundo plano, donde ni siquiera es objeto de conversación o incluso donde recibe un trato hostil por parte de otros.

A menudo experimentáis en vuestra vida sufrimientos por causa de vuestra condición de cristianos. Pues bien, ¡tened buen ánimo y no tengáis miedo! Dar testimonio de Jesucristo es siempre un acto de libertad y un acto de amor hacia los

⁷ JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, 90.

demás; es una ayuda a los otros, para que puedan conocer la Verdad, que da sentido a nuestra vida; es hacerles partícipes de nuestra felicidad.

Acordaos de los mártires, que dieron este testimonio de la Verdad aun a riesgo de su vida y recibieron en premio la corona de la gloria eterna, que no se marchita: «*Dichoso el hombre que soporta la prueba; porque si la ha superado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a los que le aman*» (St 1, 12).

7. Os animo, pues, a que en toda ocasión propicia seáis testigos de Jesucristo, dando testimonio explícito de la verdad del Evangelio. Este testimonio siempre ha sido necesario; con mayor urgencia en este tiempo en el que la fe en Cristo y el conocimiento de su vida y sus misterios ya no puede darse por supuesto por parte de muchos.

El Catecismo nos recuerda: “*Ante Pilato, Cristo proclama que había «venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Jn 18, 37). El cristiano no debe «avergonzarse de dar testimonio del Señor» (2 Tm 1,8). En las situaciones que exigen dar testimonio de la fe, el cristiano debe profesarla sin ambigüedad, a ejemplo de san Pablo ante sus jueces. Debe guardar una «conciencia limpia ante Dios y ante los hombres» (Hch 24, 16)*”⁸.

El testimonio hay que darlo con palabras y con obras para mostrar la coherencia en nuestra vida. No dudéis nunca en defender la verdad por encima de todo, obrando siempre como hijos de la luz: «*Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no sois hijos de la noche ni de las tinieblas*» (1 Ts 5, 5); de este modo, recibiréis a cambio la paz del corazón que el mundo no os puede dar. Aún en los momentos más difíciles podemos hallar el consuelo en Dios, si vivimos desde la fe.

No os dejéis engañar ni seducir por las propuestas de poder, de prestigio o de éxito fácil, que esconden falsedades y ambiciones alejadas de la verdadera vida. Servid a Cristo Señor y hallaréis paz y sosiego, tanto en los momentos de bonanza como en la dificultad: «*Fiel es Dios y no permitirá que la prueba supere vuestras fuerzas*» (1 Co 10, 13).

⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2471.

8. A los cristianos de hoy se nos pide responder con fuerza a la invitación que Cristo nos hace, para seguirle con un compromiso renovado.

Mucho nos queda todavía por hacer para transformar esta sociedad y este tiempo en que nos ha tocado vivir, colaborando a la llegada definitiva del Reino de Dios. Ninguno de nosotros debe ignorar la urgente llamada del Señor a prestarle nuestras manos, nuestras voces y nuestro corazón en la tarea de sembrar la semilla del Reino: «*La caridad de Cristo nos apremia*» (2 Co 5, 14).

En nuestro propio ambiente, en nuestras familias, en nuestros lugares de trabajo o estudio, en nuestras parroquias o comunidades cristianas; y en el estado de vida al que hemos sido llamados, bien en el matrimonio o bien en la especial consagración, debemos estar dispuestos a escuchar la voz de Cristo, a contemplar su rostro, a dejarnos amar por Él y, desde esta experiencia, a ser testigos de su amor.

El Papa Benedicto XVI nos ha recordado hace poco que los cristianos pertenecemos a una comunidad “*que agradece y da testimonio con júbilo de que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios para amar y que sólo se realiza plenamente a sí mismo cuando hace entrega sincera de sí a los demás*”⁹.

9. Os exhorto, con paternal solicitud, a responder con fuerza a la llamada del Señor. ¡Dejaos penetrar por el amor desbordante de Jesucristo! ¡No tengáis miedo, pues Él viene a renovar nuestra vida, a hacerla joven, libre, bella y llena de sentido! Quien experimenta personalmente el amor que Cristo le tiene, no puede quedarse impasible, como un mero espectador, sin arriesgar su vida por el Evangelio.

Queridos jóvenes, pidamos a Dios su fuerza para anunciar con valentía el Evangelio y construir la Iglesia desde la fe en Cristo, con la misión que se nos ha confiado a cada uno: «*Acercándoos a Él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo,*

⁹ BENEDICTO XVI, *Discurso con motivo del V Encuentro Mundial de las Familias*, Valencia-España, 8 Julio 2006.

para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo» (1 Pe 2, 4-5). Todos formamos parte de la construcción eclesial.

La celebración del mil seiscientos Aniversario de la creación de nuestra Diócesis ha sido un estímulo para escuchar con atención y humildad lo que el Señor nos pide a los que peregrinamos en esta iglesia particular (cf. *Ap 2,7*), en este inicio del tercer milenio.

10. Urge, pues, que todos, sacerdotes, consagrados y fieles laicos, emprendamos una acción misionera valiente y decidida. El ejemplo admirable de los mártires es una ayuda y un estímulo en esta tarea. La Iglesia siempre ha recibido de ellos frutos abundantes de vida y santidad. La célebre frase de Tertuliano de que la sangre de los mártires es semilla de cristianos se ha verificado a través de los siglos.

No permitamos que nuestra vida de fe se acomode, en una sociedad que ya no es mayoritariamente cristiana. Ahora se nos pide también a nosotros el testimonio valeroso y exigente, que han ofrecido los mártires. En ellos la Palabra de Dios, sembrada en terreno fértil, ha dado frutos abundantes (cf. *Mt 13,8-23*). Ellos nos han marcado el camino por donde han de conducirse los pasos de la Iglesia en este nuevo milenio. A nosotros nos toca, con la gracia de Dios, seguir sus huellas.

Las comunidades cristianas de las próximas generaciones tendrán la tarea – que ya ha comenzado – de evangelizar a personas cuyos padres no les hayan hablado de Dios, de Jesucristo ni de la Iglesia. Asumamos nuestro deber, contraído desde el Bautismo, de contar a los otros lo que hemos visto y oído (cf. *Jn 3, 32*) y de educar a los demás en la fe, don precioso que hemos recibido de Dios.

IV. Conclusión

11. El Señor nos llama a entregar la vida por Él y por el Evangelio. El premio es el ciento por uno en esta vida y después la vida eterna: *«El que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8, 35).*

El Señor nos llama para ser ‘sal de la tierra y ‘luz del mundo’ (cf. *Mt 5, 13-14*), en esta sociedad secularizada y alejada de Dios. Este momento de nuestra historia el Señor nos invita a dar respuesta a los retos de la nueva evangelización y a llevar a cabo nuestra misión con fidelidad.

Estimados jóvenes, conozco vuestra ilusión y vuestra generosidad, que tantas veces habéis demostrado. Os animo, paternalmente, a vivir con ilusión esta Misión Joven, que hoy comenzamos. Espero que saquéis a luz, para compartirlo, todo lo mejor de vosotros, que lleváis dentro.

¡Sed portadores de la alegría pascual y capaces de dar razón de vuestra esperanza cristiana (cf. *1 Pe* 3, 15), viviendo la libertad de los hijos de Dios (cf. *Rm* 8, 21), dando sentido pleno a vuestras vidas y comunicando esa misma experiencia a los demás!

¡Que los Santos Niños, Justo y Pastor, os fortalezcan y os ayuden a ser verdaderos testigos de Jesucristo!

¡Que “La Joven de Nazaret”, la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de La Almudena, Patrona de nuestra Provincia Eclesiástica, os proteja con su maternal intercesión y os ayude a vivir con alegría el precioso regalo de la juventud!

Alcalá de Henares, a nueve de noviembre de dos mil seis, Solemnidad de la Virgen de La Almudena.

† Jesús Catalá
Obispo Complutense

Jesús Catalá Ibáñez
Obispo de Alcalá de Henares

Apóstol de las Gentes

Carta Pastoral con motivo del Año Jubilar Paulino

(Alcalá de Henares, a 29 de junio de 2008)

1. INTRODUCCIÓN

Apóstol de las Gentes es uno de los títulos con que se define San Pablo, cuyo bimilenario de nacimiento celebramos. Con esta ocasión, el Papa Benedicto XVI convocaba solemnemente para toda la Iglesia, durante la celebración de las primeras vísperas de la solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo, en la Basílica de San Pablo Extramuros en Roma, el 28 de junio de 2007, un Año Jubilar Paulino, a celebrar desde el 28 de junio de 2008 al 29 de junio de 2009.

El Papa Benedicto XVI “quiere proveer oportunamente a los tesoros espirituales que se han de conceder a los fieles para su santificación, de modo que puedan renovar y fortalecer, con mayor fervor aún en esta piadosa y feliz ocasión,

propósitos de salvación sobrenatural”¹. Así, mediante el Decreto que a tal fin ha publicado la Penitenciaría Apostólica, podrán lucrarse de la *indulgencia plenaria* “todos y cada uno de los fieles cristianos verdaderamente arrepentidos que, debidamente purificados mediante el sacramento de la Penitencia y alimentados con la sagrada Comunión, visiten piadosamente en forma de peregrinación la basílica papal de San Pablo en la vía Ostiense y oren según las intenciones del Sumo Pontífice”, así como, “los días de la inauguración solemne y la clausura del Año paulino, en todos los lugares sagrados”.

Como explica el *Catecismo de la Iglesia Católica*, “la indulgencia es la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados, ya perdonados en cuanto a la culpa, que un fiel dispuesto y cumpliendo determinadas condiciones consigue por mediación de la Iglesia”².

La divina providencia, pues, nos depara una ocasión especial, para profundizar en la vida de fe, esperanza y amor, a la que nos ha llamado en Cristo Jesús (cf. *Rm* 9, 39; *1 Co* 1, 2).

La presente carta pastoral tiene como objetivo animar a todos los fieles de nuestra Diócesis a tomar mayor conciencia del compromiso cristiano, a conocer mejor la figura y los escritos de San Pablo y a asumir la misión evangelizadora que el Señor nos ha confiado a cada uno.

Se delinearán a continuación algunos rasgos importantes de la figura de San Pablo y de sus escritos, sin la pretensión de enumerarlos todos, sino simplemente de introducir a la lectura, a la reflexión y a la oración, para sacar los mejores frutos de este año jubilar.

Se adjunta como anexo el *Decreto* de la Diócesis de Alcalá de Henares, que recoge la normativa para la celebración de los actos jubilares.

2. Apreciar la figura de Pablo

El Año Paulino es, queridos diocesanos, un tiempo de gracia, una ocasión propicia para profundizar en el mensaje del Apóstol de las Gentes.

¹ PENITENCIARÍA APOSTÓLICA, *Decreto con el que se conceden indulgencias especiales con ocasión de los dos mil años del nacimiento de san Pablo Apóstol*, Roma, 10 de mayo de 2008.

²Nº.1471

El nacimiento del Apóstol de las Gentes, cuyo bimilenario celebra ahora la Iglesia, marca un acontecimiento providencial en los inicios del cristianismo. Saulo nació en Tarso de Cilicia, actualmente Turquía, y fue instruido en la escuela de Gamaliel en la recta observancia de la Ley mosaica y siendo celoso cumplidor de la misma (cf. *Hch*, 22, 3).

Había perseguido a la Iglesia naciente, pero en el camino de Damasco, por la acción del Espíritu Santo, experimentó un decisivo encuentro con Jesucristo, quien lo convirtió en un “apóstol” (cf. *Rm* 1, 1), para propagar su Evangelio en medio de los paganos (cf. *Hch* 9, 3-15). “San Pablo tiene conciencia de que es ‘apóstol por vocación’, es decir, no por auto-candidatura ni por encargo humano, sino solamente por llamada y elección divina”³.

Pablo es de una personalidad excepcional, con un temperamento apasionado y combativo; de fe firme e inflamada de amor; y de una actividad incesante.

La conversión de San Pablo, que celebramos litúrgicamente el 25 de enero, nos evoca su elección por parte de Dios, para transformarle en «testigo ante todos los hombres» (*Hch* 22, 15). Haciendo suya la universalidad de la propia Iglesia, supo entregar su vida como ofrenda agradable a Cristo, por quien corrió la carrera, guardando íntegra la fe, aguardando la corona prometida (cf. *2 Tm* 4, 6-8). Estando prisionero en Roma fue condenado a la pena capital y decapitado, según la tradición, junto a *Tre Fontane*, probablemente en el año 67.

En la celebración de las primeras Vísperas de la Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, el Santo Padre nos recordaba que San Pablo se definía como Maestro de los gentiles, apóstol y heraldo de Jesucristo: “Así se define a sí mismo con una mirada retrospectiva al itinerario de su vida. Pero su mirada no se dirige solamente al pasado. ‘Maestro de los gentiles’: esta expresión se abre al futuro, a todos los pueblos y a todas las generaciones. San Pablo no es para nosotros una figura del pasado, que recordamos con veneración. También para nosotros es maestro, apóstol y heraldo de Jesucristo”⁴.

Aunque Pablo no fue uno de los Doce apóstoles, su vida quedó, sin embargo, marcada por su experiencia personal del amor de Jesucristo hacia él. A partir de

³ Benedicto XVI, *Homilía*, Vísperas en San Pablo Extramuros, 28.VI.2007

⁴ Benedicto XVI, *Íbid*

ese momento, toda su vida la centra en Cristo: «Lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo» (*Flp* 3,7-8).

El amor de Jesucristo fue la razón de su vida: «Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (*Gal* 2, 20); en esto radica el centro de su fe, como dice el Papa: “Su fe consiste en ser conquistado por el amor de Jesucristo, un amor que lo conmueve en lo más íntimo y lo transforma. Su fe no es una teoría, una opinión sobre Dios y sobre el mundo. Su fe es el impacto del amor de Dios en su corazón. Y así esta misma fe es amor a Jesucristo”⁵. Su motivación más profunda consistía en saberse amado por el Señor; y su gran anhelo era comunicar a los demás ese amor, por el que estaba dispuesto a sufrirlo todo: persecuciones, incomprendimientos, cárceles, sufrimientos y muerte. La fuerza para soportar todas las adversidades la tomaba de Cristo: «todo lo puedo en Aquel que me conforta» (*Flp* 4, 13).

Pablo queda plenamente identificado con Cristo, como hombre nuevo (cf. *2 Co* 5,17) y libre (cf. *Gal* 5, 1), capaz de entregar su vida para completar en su carne «lo que falta a la pasión de Cristo en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (*Col* 1, 24).

La vida de la Iglesia en sus primeros años no se puede entender sin la presencia y la misión de San Pablo.

3. Conocer las enseñanzas de san Pablo

En este Año jubilar Paulino se nos invita a conocer mejor los escritos y la doctrina del Apóstol de los Gentiles, que, por ser Palabra revelada, ha sido y es fuente para la reflexión teológica, espiritual y dogmática de la Iglesia.

Pablo anunció con valentía y sin temor a ser rechazado, incomprendido o excomulgado de la sinagoga, que Jesucristo, muerto y resucitado, ha salvado a toda la humanidad y nos ha dado la vida nueva (cf. *Rm* 6, 4). El Amor de Cristo ha derribado las barreras que nuestra humanidad caída había puesto entre los hombres (cf. *Gal* 3, 28; *Ef* 2, 14) y nos ha hecho criaturas nuevas, liberándonos e

⁵ Benedicto XVI, *Íbid*

iluminándonos (cf. *Gal 5, 1; Ef 5, 8*). El centro del mensaje de Pablo es el misterio de Cristo, que ilumina la existencia del cristiano.

Esta enseñanza le desmarcaba claramente del judaísmo, en el que había crecido, y se dedicó a propagarla entre los no judíos; por ello mereció el título de “Apóstol de los gentiles”, que él mismo se dio: «Os digo, pues, a vosotros, los gentiles: Por ser yo verdaderamente apóstol de los gentiles, hago honor a mi ministerio» (*Rm 11, 13; 1 Tm 2, 7*).

En su predicación el Apóstol exhortaba a todos a no tener miedo en el cumplimiento de la misión apostólica, dado que el Señor no ha dado a sus discípulos un espíritu de timidez, sino de fortaleza y caridad (cf. *2 Tm 1, 7*), que nos acompaña y asiste, incluso en medio de las fatigas y cansancios (cf. *1 Co 15, 10*). Pablo tomó conciencia de ser llamado por Jesucristo para evangelizar: «Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el Evangelio de Dios» (*Rm 1, 1*). El ser Apóstol no significaba un simple título, sino una llamada que determinó para siempre su existencia y que le llevó a asumir dos actitudes irrenunciables: el compromiso de anunciar el Evangelio del Señor; y proclamar que la razón de su vida, desde el momento de su conversión, era Jesucristo. Todo lo que Pablo hizo y escribió lo centró en el Señor Jesús, invitando a sus discípulos y oyentes a seguir a Jesús.

En sus escritos Pablo nos presenta la doctrina de la Iglesia como Cuerpo de Cristo: “La Iglesia no es una asociación que quiere promover cierta causa. En ella no se trata de una causa. En ella se trata de la persona de Jesucristo, que también como Resucitado sigue siendo ‘carne’ (...). Cristo nos atrae continuamente dentro de su Cuerpo, edifica su Cuerpo a partir del centro eucarístico, que para san Pablo es el centro de la existencia cristiana, en virtud del cual todos y cada uno podemos experimentar de un modo totalmente personal: él *me* ha amado y se ha entregado por *mí*”⁶.

Uno de los grandes temas paulinos es la superación de la ley mosaica, considerada como “pedagogo” (*Gal 3, 24*), por la Ley nueva del espíritu que da la vida en Jesucristo (cf. *Rm 8, 2*) y justifica por las obras de la fe (cf. *Gal 2, 16; Rm 10, 4*).

⁶ Benedicto XVI, *Íbid*

Pablo insiste en la conversión (cf. *2 Co* 5, 20) que implica la fe en Jesucristo. Creer en Jesús exige a los creyentes revestirse de Cristo (cf. *Rm* 13, 14), actuar en su nombre y caminar en la novedad de vida.

La libertad es una de las palabras clave de la doctrina de Pablo: «Para ser libres nos libertó Cristo» (*Gal* 5, 1). Como ha dicho el Papa: “San Pablo era libre como hombre amado por Dios que, en virtud de Dios, era capaz de amar juntamente con él. Este amor es ahora la «ley» de su vida, y precisamente así es la libertad de su vida. Habla y actúa movido por la responsabilidad del amor. Libertad y responsabilidad están aquí inseparablemente unidas”⁷.

Es bien conocida la preocupación de san Pablo por la unidad y sus paternales exhortaciones a la misma. A este respecto, se pregunta: «¿Está dividido Cristo?» (*1 Co* 1, 13). Pablo sabe y nos enseña que es necesario «conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz: un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados» (*Ef* 4, 3-4). Respecto a los carismas, todos se remontan a un único manantial, que es el Espíritu del Padre y del Hijo y todos contribuyen a la edificación de la comunidad.

El Santo Padre, cuando anunció este Año, recordó que Pablo “particularmente comprometido en llevar la Buena Nueva a todos los pueblos, se prodigó completamente por la unidad y la concordia de todos los cristianos”⁸. La Basílica de San Pablo en Roma tiene como objetivo principal trabajar, rezar y obrar por el ecumenismo, para que todos los cristianos sean una sola cosa. Invitamos a los hermanos de las distintas confesiones cristianas a profundizar en la figura y doctrina paulinas y a unirse en la oración por la unidad de todos los cristianos. Por expreso deseo del Papa Benedicto XVI la dimensión ecuménica impregnará también el Año Paulino.

Por todo ello, este año de gracia 2008-2009 es una excelente ocasión, y así lo reflejamos en los objetivos y líneas de acción pastoral de este curso, para ahondar en el “*Corpus*” paulino.

Exhorto, encarecidamente, a todos los fieles a la lectura meditativa de los escritos de San Pablo. Los feligreses de las parroquias, las personas de especial

⁷ Benedicto XVI, *Íbid*

⁸ Benedicto XVI, *Íbid*

consagración, los miembros de movimientos, asociaciones y voluntariados, las familias, los jóvenes, deberían dedicar momentos de estudio y de reflexión conjunta, para profundizar en estos escritos y hacer una lectura orante. Es necesario que se realicen también algunas celebraciones litúrgicas de la Palabra. Para facilitar estas tareas se proporcionarán materiales adecuados.

Es aconsejable asimismo la lectura de las catequesis que el Papa Benedicto XVI publicó en el año 2006 sobre la figura de San Pablo y las homilias que dictó con ocasión de las celebraciones litúrgicas en la solemnidad de San Pedro y San Pablo.

4. Peregrinar a los lugares paulinos

El encuentro con el Resucitado en el camino de Damasco supuso para Pablo no sólo una transformación interior, sino que lo trocó en el más infatigable viajero y evangelizador de la época apostólica. Desde Damasco fue Pablo al desierto de Arabia a fin de prepararse, en soledad, para la misión apostólica (cf. *Gal* 1, 17).

Tras contactar en Jerusalén con San Pedro, regresó a su patria hasta que Bernabé le condujo a Antioquía, donde tuvo la oportunidad de demostrar la autenticidad de su conversión y su fervor en la causa de los gentiles. Desde allí fue enviado a anunciar la Palabra a otras ciudades (cf. *Hch* 13, 1-6).

Hizo en adelante tres grandes viajes apostólicos, que san Lucas refiere en *Hechos de los Apóstoles*, y que fueron el cumplimiento del mandato del Resucitado: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8).

En su primer viaje (cf. *Hch* 13, 1-14.28), acompañado por Bernabé, san Pablo, elegido por el mismo Espíritu para llevar anunciar el Evangelio entre los gentiles, recorrió Chipre, Antioquía de Pisidia, Iconio, Licaonia, Listra y Derbe.

Separado de Bernabé, Pablo inicia su segundo viaje (cf. *Hch* 15, 36 – 18, 22), acompañado por Silas. Si en el primer viaje, sobre todo se centró en el anuncio del mensaje cristiano — “*kerygma*” —, este segundo viaje misional comenzará con el fortalecimiento y estructuración de aquellas comunidades, que ya habían sido fundadas por Pablo en el anterior viaje en el Asia Menor. Desde ahí marchará a la

región de Macedonia, creando nuevas comunidades en Filipos, Tesalónica y Berea, Atenas y Corinto.

Vuelto a Antioquia, iniciará un tercer viaje (cf. *Hch* 18,23 – 21,15) por el Asia Menor, anunciando la Buena Noticia en Éfeso, Frigia y Galacia, regresando a Corinto y a Mileto y concluyendo su periplo en Jerusalén.

Terminado el tercer viaje, fue preso y conducido a Roma, donde recobraría una cierta libertad hacia el año 63, aunque desde entonces los datos sobre los últimos cuatro años de su vida son muy imprecisos. Según parece, viajó a España (cf. *Rm* 15, 24.28) e hizo otro viaje a Oriente.

El Año Paulino es un excelente momento para peregrinar a los lugares que evangelizó y visitó san Pablo. La peregrinación cabe realizarla de modos diversos, según las posibilidades: desde la simple lectura de los viajes paulinos, con una actitud orante y peregrinante, hasta la visita personal a algunos de esos lugares, pasando por la contemplación de audiovisuales al respecto.

La Diócesis de Alcalá de Henares, como gesto simbólico, promoverá una peregrinación diocesana al lugar de nacimiento de San Pablo, Tarso, y otra al lugar de su martirio, Roma. Las parroquias, movimientos y asociaciones están invitadas a organizar rutas de peregrinación por Asia Menor —hoy Siria y Turquía—, Grecia, Jerusalén y Roma.

Según el Decreto, anexo a esta Carta pastoral, en nuestra Diócesis podrá lucrarse la indulgencia plenaria durante el Año Paulino en los siguientes templos: Catedral–Magistral en Alcalá de Henares; parroquia de San Pablo Apóstol de las Gentes en Coslada; parroquia de San Pedro y San Pablo en Coslada; parroquia de los Santos Juan y Pablo en San Fernando de Henares; parroquia de Santa María Magdalena en Torrelaguna; y parroquia de San Juan Bautista en Arganda del Rey.

5. Conclusión

En la vida de Pablo de Tarso hay un gran cambio, representado con una imagen simbólica y llena de fuerza: el paso de las tinieblas a la luz. Los ojos de Pablo quedan cegados por la luz de Jesucristo, que le alumbró de una manera nueva: se trata de una iluminación y de una revelación. Pablo muere y renace; el paso de su

ceguera a la luz es un bautismo regenerador, que le exige renunciar a todo lo que él consideraba importante y a toda su vida anterior con tal de ganar a Cristo (cf. *Flp* 3,7-8).

La conversión de Pablo en el camino hacia Damasco se ha convertido en la metáfora de cualquier conversión: el hombre debe abandonar sus proyectos personales para someterse a la voluntad divina. Cada conversión es siempre un momento de cambio, un pasaje de la muerte a una nueva vida, donde se conjugan la gracia de Dios y la libertad humana. Ésta es una clave de la enseñanza paulina.

En este Año Paulino el Señor nos invita a la conversión. Hay muchas cosas que debemos abandonar, porque ni llevan a la verdadera felicidad, ni aportan sentido a la vida. Sólo Cristo es el centro de nuestras vidas.

Pablo asumió su condición de Apóstol de Jesucristo, ofreciendo toda su vida al Evangelio: «Ay de mí si no evangelizara» (*1 Co* 9,16). Evangelizar no era para él un anuncio teórico de la Palabra de Dios, sino una misión en la que estaba implicado hasta el fondo de su ser. Supo cumplir el mandato del Señor: «Id, pues, y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (*Mt* 28,19-20).

San Pablo es un ejemplo para todos nosotros sobre cómo hemos de evangelizar en nuestro mundo. Los cristianos de hoy, testigos del Señor resucitado, tenemos la gran tarea de anunciar a nuestros contemporáneos la Buena Nueva que Pablo anunció a los no creyentes de su tiempo. El Apóstol de los gentiles nos anima a proclamar con toda nuestra vida la maravillosa aventura de seguir a Jesucristo.

Fortalecidos por la gracia de Dios, que nos transforma y nos diviniza, podemos afrontar los retos de la nueva evangelización.

El Apóstol de las gentes nos vuelve a hacer la invitación que siempre hizo a sus comunidades: centrar nuestra vida y nuestra fe en Jesús de Nazaret, Hijo de Dios y Salvador de los hombres. Al igual que Pablo, por la gracia de Dios somos lo que somos, y esperamos que su gracia no haya sido estéril en nosotros (cf. *1 Co* 15,10).

Queridos diocesanos, os exhorto a vivir con alegría y paz interior este Año Paulino; a celebrar este tiempo de gracia del Señor; y a ser, a ejemplo San Pablo, Apóstol de las gentes, testigos valientes del Evangelio de Jesucristo.

Pedimos la poderosa intercesión de la Virgen María, madre del Redentor y madre nuestra; la de San Pablo, Apóstol; y la de los Santos Niños Justo y Pastor, patronos de nuestra Diócesis y testigos intrépidos de Jesucristo.

Alcalá de Henares, a 29 de junio de 2008, Solemnidad de San Pedro y San Pablo.

† Jesús Catalá Ibáñez
OBISPO COMPLUTENSE

ANEXO

JESÚS CATALÁ IBÁÑEZ
Por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo de Alcalá de Henares

Prot. nº 280/08

Con motivo del Año Paulino, la Penitenciaría Apostólica ha publicado un Decreto, en fecha de 10 de mayo de 2008, por el que podrán lucrarse de la ***indulgencia plenaria*** “todos y cada uno de los fieles cristianos verdaderamente arrepentidos que, debidamente purificados mediante el sacramento de la Penitencia y alimentados con la sagrada Comunión, visiten piadosamente en forma de peregrinación la basílica papal de San Pablo en la vía Ostiense y oren según las intenciones del Sumo Pontífice”, así como, “los días de la inauguración solemne y la clausura del Año paulino, en todos los lugares sagrados”.

La Penitenciaría Apostólica concede asimismo a los Obispos de cada Diócesis la facultad para fijar días y lugares, a fin de que los fieles puedan lucrar la indulgencia plenaria a lo largo de este año paulino.

El Papa Benedicto XVI desea proveer oportunamente a los tesoros espirituales para que los fieles puedan alcanzar gracias especiales para su santificación, de modo que puedan renovar y fortalecer sus propósitos de salvación sobrenatural.

Según las *Normas sobre las Indulgencias*, “para ser capaz de lucrar indulgencias, es necesario estar bautizado, no excomulgado, en estado de gracia por lo menos al final de las obras prescritas” (n. 17,1). Y “para que el sujeto capaz las lucre, debe tener intención, por lo menos general, de ganarla y cumplir las obras prescritas dentro del tiempo establecido y en la forma debida, a tenor de la concesión” (n. 17, 2).

El don de las indulgencias, que el Romano Pontífice ofrece a la Iglesia universal, allana el camino para alcanzar en sumo grado la purificación interior que, rindiendo honor al bienaventurado apóstol san Pablo, exalta la vida sobrenatural en el corazón de los fieles y los estimula a dar frutos de buenas obras.

Siguiendo las indicaciones del citado *Decreto de la Penitenciaría Apostólica*, y en lo que atañe a la diócesis de Alcalá de Henares, por la presente

DISPONGO

1. Los fieles cristianos, una vez cumplidas las condiciones habituales —confesión sacramental, comunión eucarística, y oración por las intenciones del Sumo Pontífice— y excluido cualquier apego al pecado, podrán lucrar la «*indulgencia plenaria*» para sí mismos o para los difuntos, si participan devotamente en una función sagrada o en un ejercicio piadoso realizados públicamente en honor del Apóstol de los gentiles, pueden lucrar la indulgencia una vez cada día, durante el Año Paulino, en los siguientes templos:

- 1) La Catedral–Magistral, en Alcalá de Henares.
- 2) La Parroquia de San Pablo Apóstol de las Gentes, en Coslada.
- 3) La Parroquia de San Pedro y San Pablo, en Coslada.
- 4) La Parroquia de Santos Juan y Pablo, en San Fernando de Henares.
- 5) La Parroquia de Santa María Magdalena, en Torrelaguna.
- 6) La Parroquia de San Juan Bautista, en Arganda del Rey.

2. Asimismo, los fieles pueden lucrar la indulgencia plenaria, por sí o por los difuntos, en todos los lugares de culto de la Diócesis de Alcalá de Henares, los días de la apertura o clausura del Año Paulino, los días del Octavario por la Unión de los Cristianos, el día 25 de enero, fiesta de la Conversión de San Pablo, y el 7 de marzo, sábado de la primera semana de cuaresma, día en que la Diócesis de Alcalá

de Henares celebra el retorno de las reliquias de los Santos Niños Justo y Pastor a la ciudad de Alcalá de Henares.

3. Se recuerda que los fieles impedidos por enfermedad o por otra causa legítima y relevante, pueden lucrar también la indulgencia plenaria, uniéndose espiritualmente a una celebración jubilar y ofreciendo a Dios sus oraciones y sufrimientos por la unidad de los cristianos.

4. Con el fin de que los fieles puedan participar más fácilmente de estos beneficios celestiales, exhortamos a que los sacerdotes se muestren dispuestos con generosidad para acogerlos en el sacramento de la penitencia.

Dado en Alcalá de Henares, a 29 de junio de 2008.

† Jesús Catalá Ibáñez
OBISPO COMPLUTENSE

Por mandato de S.E.R
José-Ignacio Figueroa Seco
CANCILLER SECRETARIO

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

VICARIOS

19/09/2008, JAVIER ORTEGA MARTÍN, VICARIO EPISCOPAL PARA ASUNTOS DIVERSOS (RENOVACIÓN POR CUATRO AÑOS).

CURIA DIOCESANA

08/09/2008, JESÚS DE LA CRUZ TOLEDANO, DELEGADO EPISCOPAL PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA.

08/09/2008, FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, DIRECTOR DEL SECRETARIADO DE CATEQUESIS.

08/09/2008, VÍCTOR DÍEZ MARINA, DIRECTOR DEL SECRETARIADO DE RELACIONES INTERCONFESIONALES.

08/09/2008, LUIS EDUARDO MORONA ALGUACIL, SECRETARIO PERSONAL DEL OBISPO DIOCESANO.

CONSEJO PRESBITERAL

22/09/2008, MIGUEL ÁNGEL FERNÁNDEZ SASTRE, MIEMBRO DEL CONSEJO PRESBITERAL DIOCESANO, REPRESENTANTE DEL ARCIPRESTAZGO DE TORREJÓN DE ARDOZ.

22/09/2008, ANTONIO HERRERA FERNÁNDEZ, MIEMBRO DEL CONSEJO PRESBITERAL DIOCESANO, REPRESENTANTE DEL ARCIPRESTAZGO DE ARGANDA DEL REY.

PÁRROCOS

07/07/2008, JUAN BERNARDO GARCÍA RODRÍGUEZ, PÁRROCO DE NTRA. SRA. DE COVADONGA EN COSLADA.

03/09/2008, PASCUAL MOYA MOYA, PÁRROCO DE NTRA. SRA. DE LA CONCEPCIÓN EN MORATA DE TAJUÑA.

03/09/2008, FIDEL HERRERO GONZÁLEZ, PÁRROCO DE NUESTRA SEÑORA DE LA ANTIGUA, EN VILLAR DEL OLMO.

08/09/2008, FERNANDO MARTÍNEZ GURIÉRREZ, PÁRROCO DE SAN ANDRÉS APÓSTOL, EN FUENTIDUEÑA DE TAJO.

08/09/2008, CÉSAR ALZOLA GARCÍA, PÁRROCO DE SAN ISIDRO LABRADOR, EN ALCALÁ DE HENARES.

12/09/2008, FERNANDO ROMÁN DÍAZ, PÁRROCO DE SAN JUAN BAUTISTA, EN TALAMANCA DE JARAMA.

08/09/2008, JOSÉ JAVIER CAMACHO LÓPEZ, PÁRROCO DE SAN JUAN BAUTISTA, EN VALDARACETE.

22/09/2008, FERMÍN PEIRÓ MANZANARES, PÁRROCO DE SAN MARTÍN OBISPO, EN VALDILECHA.

03/09/2008, FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, PÁRROCO DE SAN TORCUATO EN SANTORCAZ.

03/09/2008, JUAN ANTONIO MARTÍNEZ LÓPEZ, PÁRROCO DE SANTA MARÍA DEL CASTILLO EN PERALES DE TAJUÑA.

03/09/2008, LUIS MORENO ROMÁN, PÁRROCO DE SANTA MARÍA MAGDALENA, EN ANCHUELO.

22/09/2008, GODOFREDO MALOBA NYANDWE, PÁRROCO DE SANTO DOMINGO DE SILOS EN CORPA.

12/09/2008, ENRIQUE DEL REAL PUYUELO, PÁRROCO DE SANTO DOMINGO DE SILOS EN POZUELO DEL REY

08/09/2008, JESÚS MARTÍNEZ RACIONERO, PÁRROCO DE SANTOS JUAN Y PABLO EN SAN FERNANDO DE HENARES.

ADMINISTRADORES PARROQUIALES

12/09/2008, FERNANDO ROMÁN DÍAZ, ASUNCIÓN DE NTRA. SRA. EN VALDEPIÉLAGOS.

03/09/2008, FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, SAN PEDRO APÓSTOL EN LOS SANTOS DE LA HUMOSA.

03/09/2008, FIDEL HERRERO GONZÁLEZ, SAN FRANCISCO JAVIER, EN NUEVO BAZTÁN.

08/09/2008, FERNANDO MARTÍNEZ GURIÉRREZ, NTRA. SRA. DE ARBUEL EN VILLAMANRIQUE DE TAJO.

22/09/2008, GODOFREDO MALOBA NYANDWE, SANTO TOMÁS APÓSTOL, EN VALVERDE DE ALCALÁ.

COADJUTORES

12/09/2008, ENRIQUE DEL REAL PUYUELO, COADJUTOR DE LA ASUNCIÓN DE NTRA. SRA. EN LOECHES.

08/09/2008, JOSÉ JAVIER CAMACHO LÓPEZ, COADJUTOR DE SAN ANDRÉS APÓSTOL EN VILLAREJO DE SALVANÉS.

03/09/2008, JUAN ANTONIO POZAS RUIZ, COADJUTOR DE SAN BARTOLOMÉ EN ALCALÁ DE HENARES.

08/09/2008, ÁNGEL PAREJO PERNÍA, COADJUTOR DE SAN JUAN DE ÁVILA, EN ALCALÁ DE HENARES.

22/09/2008, JESÚS JAVIER MORA ARREOLA, COADJUTOR DE SAN JUAN EVANGELISTA, EN TORREJÓN DE ARDOZ.

03/09/2008, ALBERTO MORANTE CLEMENTE, COADJUTOR DE SAN PEDRO APÓSTOL DE ALCALÁ DE HENARES.

08/09/2008, JULIO HUARAYO GAMARRA, COADJUTOR DE SAN PEDRO Y SAN PABLO, DE COSLADA.

08/09/2008, JOHN BUCKTHESE CHINNAPPAN, COADJUTOR DE VIRGEN DEL VAL EN ALCALÁ DE HENARES.

CESES

- PASCUAL MOYA MOYA, Párroco de Santa María del Castillo, en Perales de Tajuña.
- LUIS MORENO ROMÁN, Párroco de San Isidro, en Alcalá de Henares, Coordinador del Equipo Sacerdotal “Alcalá Norte”.
- FIDEL HERRERO GONZÁLEZ, Vicario Parroquial de San Pedro, en Alcalá de Henares.
- JUAN ANTONIO MARTÍNEZ LÓPEZ, Párroco de San Torcuato en Santorcaz y Administrador parroquial de San Pedro Apóstol en Los Santos de la Humosa.
- Francisco Javier MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, Coadjutor de Santos Juan y Pablo, en San Fernando de Henares, Capellán de la Residencia para Mayores en San Fernando de Henares..
- Juan Antonio POZAS RUIZ, Párroco de San Andrés Apóstol, en Fuentidueña de Tajo y Administrador parroquial de Ntra. Sra. de Arbuel en Villamanrique de Tajo.
- César ALZOLA GARCÍA, Párroco de Santos Juan y Pablo, en San Fernando de Henares.
- Jesús MARTÍNEZ RACIONERO, Párroco de San Martín Obispo, en Valdilecha, miembro del Consejo Presbiteral Diocesano.
- Ángel PAREJO PERNÍA, Párroco de San Juan Bautista en Valdaracete, miembro del Consejo Presbiteral Diocesano.

- Julio HUARAYO GAMARRA, Párroco de Santo Domingo de Silos, en Corpa y Administrador Parroquial de Santo Tomás Apóstol en Valverde de Alcalá.
- Fernando MARTÍNEZ GURIÉRREZ, Coadjutor de San Juan Evangelista en Torrejón de Ardoz, miembro del Consejo Presbiteral Diocesano.
- José Javier CAMACHO LÓPEZ, Coadjutor de San Pedro y San Pablo, en Coslada.
- José Ignacio FIGUEROA SECO, Delegado Episcopal para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica.
- José Manuel FUERTES CORRAL, Director de Secretariado de Catequesis.
- Pedro Luis JIMÉNEZ LANGA, Director del Secretariado de Relaciones Interconfesionales
- Enrique DEL REAL PUYUELO, Párroco de San Juan Bautista, en Talamanca de Jarama y Administrador Parroquial de la Asunción de Nuestra Señora en Valdepiélagos.
- Jesús LÓPEZ SOBRINO, Párroco de Santo Domingote Silo en Pozuelo del Rey.
- Javier JOUVE SOLER, Secretario Personal del Obispo Diocesano.

DECRETOS

Prot. Nº 317/08

JESÚS CATALÁ IBÁÑEZ
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES

El día 7 de junio de 2007 la Congregación del Clero, con el asentimiento de la Congregación para la Doctrina de la Fe en la Ciudad del Vaticano, a petición de la Conferencia Episcopal Española, aprobaba el nuevo Catecismo para la infancia «Jesús es el Señor».

La misma Conferencia Episcopal Española, en su XC Asamblea plenaria, de noviembre de 2007 ratificaba el texto del nuevo Catecismo, considerándolo apropiado para el servicio de la labor catequética, así como un signo y contenido de comunión entre las Iglesias particulares de España.

Por todo ello,

DECRETO

Que a partir del curso pastoral 2008-2009, que nos disponemos a comenzar, el Catecismo «Jesús es el Señor» sea texto obligatorio en la Diócesis de Alcalá

de Henares para la catequesis correspondiente a la iniciación sacramental de niños en uso de razón.

Este Catecismo servirá para la preparación al Bautismo —en el caso de no bautizados en la primera infancia— a la Penitencia, a la Confirmación y a la Eucaristía.

Se propone la Guía básica del Catecismo “Jesús es el Señor”, publicada por el Secretariado de la Comisión episcopal de Enseñanza y Catequesis, como único material de apoyo.

Ningún otro material complementario de tipo pedagógico podrá sustituir el uso directo de dicho Catecismo en el desarrollo del acto catequético.

Pedimos a Dios y a los Santos Niños Justo y Pastor que el uso de este nuevo Catecismo para la Iniciación cristiana promueva una auténtica renovación de los procesos catequéticos en el periodo de la infancia.

Dado en Alcalá de Henares, a seis de agosto de dos mil ocho, solemnidad de los Santos Justo y Pastor, patronos de la Diócesis Complutense.

Por mandato de S. Excia. Rvdma.
José Ignacio Figueroa Seco
CANCILLER-SECRETARIO

CRÓNICAS

CRÓNICA DE LA JORNADA SACERDOTAL

El día dieciséis de septiembre de 2008, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, en Alcalá de Henares, tuvo lugar la primera Jornada Sacerdotal Diocesana del presente curso pastoral, presidida por el Sr. Obispo y con una numerosa asistencia de sacerdotes.

Comenzó el encuentro con el rezo de la “Hora Tertia” en la Capilla y un tiempo de oración personal.

Tras unas palabras de ánimo al inicio de un nuevo curso pastoral, por parte del Sr. Obispo, el Vicario Episcopal Mons. Pedro Luis Mielgo presentó los Objetivos prioritarios y líneas de acción pastoral, ya trabajados y elaborados por el equipo de Arciprestes y por el presbiterio diocesano en la última jornada sacerdotal.

A continuación, el Sr. Obispo, ante la implantación en la Diócesis del nuevo Catecismo para la iniciación cristiana “Jesús es el Señor”, urgió a todos los presentes a acogerlo y asumir el cambio de mentalidad en la acción catequética que ello conlleva.

Después de una serie de informaciones, tuvo lugar la comida, con la que se dio por concluida la Jornada.

OBJETIVOS PASTORALES PRIORITARIOS

CURSO 2008-2009

El Curso 2008-2009 está enmarcado en algunos acontecimientos eclesiales de carácter universal y nacional. El primero de ellos es la celebración jubilar del *Año Paulino*, que el Santo Padre Benedicto XVI ha tenido a bien ofrecer a toda la Iglesia, con motivo del dos mil aniversario del nacimiento de Pablo de Tarso.

Otro acontecimiento eclesial es la celebración de la *XII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos* en Roma, durante el próximo mes de octubre, presidida por el Papa, que versará sobre la “Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”.

En el plano nacional la Conferencia Episcopal Española ha publicado el primer *Catecismo para niños* titulado “*Jesús es el Señor*”, cuya finalidad es la preparación y celebración de los sacramentos de la Iniciación cristiana, desde una perspectiva catecumenal.

A nivel local, la Iglesia particular de Alcalá de Henares está comprometida en la formación de los laicos y en la potenciación de su responsabilidad en las tareas eclesiales.

Ante estos eventos, la Diócesis de Alcalá proyecta sus objetivos prioritarios centrandó la atención en la Palabra de Dios. Como dice el Concilio Vaticano II: “Solamente con la luz de la fe y la meditación de su palabra divina puede uno conocer siempre y en todo lugar a Dios, «en quien vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28), buscar su voluntad en todos los acontecimientos, contemplar a Cristo en todos los hombres, sean deudos o extraños, y juzgar rectamente sobre el sentido y el valor de las cosas materiales en sí mismas y en consideración al fin del hombre” (*Apostolicam actuositatem*, 4).

Aunque el primer objetivo quede formulado como “celebrar el Año Paulino”, pretende mayor amplitud, porque engloba también la meditación y el anuncio de la Palabra de Dios, enunciados en el objetivo general. Quiere animar al ejercicio de la “*lectio divina*”, tanto individualmente como en grupo; a preparar mejor las homilias; a la lectura de los escritos de San Pablo y a las celebraciones jubilaires. Un Decreto del Obispo diocesano y una Carta pastoral suya concretarán la realización de este objetivo.

Respecto al nuevo Catecismo de infancia “Jesús es el Señor” nuestro Presbiterio ha reflexionado suficientemente y está dispuesto a asumir los retos que su implantación requiere, tanto por parte de los sacerdotes, como de los catequistas y de los padres de los catequizandos.

Mantenemos en este año como objetivo prioritario profundizar en la formación y en la responsabilidad de los laicos. Es una tarea a largo plazo, que requiere esfuerzo por parte de todos. Teniendo en cuenta la reflexión hecha en los arciprestazgos al respecto, se propone responder a la necesidad de formación cristiana integral de los laicos.

Otras tareas eclesiales, que han sido elegidas como objetivos prioritarios pastorales de años anteriores, no pueden seguir ostentando la prioridad anual, pero tampoco deben ser relegadas al olvido. Entre ellas se encuentra la tarea de llevar adelante el Catecumenado. Este itinerario debe inspirar la catequesis de los niños bautizados en su infancia (catequesis de inspiración catecumenal); y, con finalidad pedagógica, se pueden realizar aquellos signos previstos en el catecumenado, que no forman parte del rito bautismal; pero conviene marcar la diferencia entre los niños bautizados y los que no lo están.

La celebración del 49º *Congreso Eucarístico Internacional* en Québec, durante el pasado mes de junio, nos recuerda la importancia de la Eucaristía.

Prácticamente en todas las parroquias de nuestra Diócesis se dedica un tiempo semanal, al menos, a la adoración eucarística. Se anima a todos los sacerdotes a mantener y potenciar esta hermosa y fecunda acción eclesial.

También fue objetivo prioritario la pastoral juvenil, con motivo de la “Misión Joven”. Ahora tenemos por delante la celebración de la próxima **Jornada Mundial de la Juventud** en Madrid, en el año 2011. Es necesaria una buena preparación de esta Jornada, en la que nuestra Diócesis va a estar implicada de una manera especial.

OBJETIVO GENERAL DEL CURSO 2008-2009:
Potenciar el conocimiento y el anuncio de la Palabra de Dios

OBJETIVO PRIMERO: Celebrar el Año Paulino.

LÍNEAS DE ACCIÓN PASTORAL:

1. Promover la creación de grupos (jóvenes, catequistas, adultos) para hacer una lectura creyente de la Palabra de Dios.
2. Fomentar la lectura de los escritos de San Pablo.
3. Realizar celebraciones jubilaires y peregrinaciones los lugares paulinos y a lugares jubilaires de la Diócesis.

OBJETIVO SEGUNDO: Implantar en nuestra Diócesis el nuevo catecismo de infancia “Jesús es el Señor”

LÍNEAS DE ACCIÓN PASTORAL:

4. Asumir por parte de los sacerdotes los retos del nuevo catecismo de infancia.
5. Formar a los catequistas, para que conozcan y usen adecuadamente el nuevo catecismo.
6. Potenciar en las familias el despertar religioso y la educación en la fe de los hijos.

OBJETIVO TERCERO: Corresponsabilizar a los laicos en su misión evangelizadora.

LÍNEAS DE ACCIÓN PASTORAL:

7. Ofrecer cauces de formación a los sacerdotes y religiosos para acompañar a los laicos.

8. Continuar preparando formadores laicos para realizar el itinerario propuesto por la CEE “Ser cristianos en el corazón del mundo”.

9. Acompañar a las familias en su misión de ser fermento en la sociedad (en el campo de la educación, en las cuestiones sociales, en la política).

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO SEPTIEMBRE 2008

Día 1. Actividades varias.

Día 2. Audiencias.

Día 3. Visita a Zaragoza.

Día 4. Reunión del Consejo episcopal.

Día 5. Por la mañana, audiencias.

Por la noche, preside la Vigilia de oración de los jóvenes (San Felipe Neri-Alcalá).

Día 6. Actividades varias.

Día 7. Asiste a la Toma de posesión del Rvdo.D. Pascual Moya (Morata).

Día 8. Asuntos varios.

Día 9. Reunión de arciprestes.

Día 10. Participa en la reunión de la Subcomisión episcopal de Catequesis (Conferencia episcopal-Madrid).

Día 11. Reunión del Consejo episcopal.

Día 12. Audiencias.

Día 13. Concelebra en la Eucaristía con motivo de la restauración del templo y locales parroquiales (Vilamarxant-Valencia).

Día 14. Asiste a las Vísperas en el Monasterio de Clarisas de San Diego (Alcalá).

Día 15. Audiencias.

Día 16. Celebra la Eucaristía en el Monasterio de Clarisas de San Juan de la Penitencia (Alcalá)

Preside la Jornada sacerdotal diocesana (Ekumene-Alcalá).

Día 17. Celebra la Eucaristía en el Monasterio de Clarisas de San Juan de la Penitencia (Alcalá).

Audiencias.

Día 18. Por la mañana, celebra la Eucaristía en el Monasterio de Carmelitas Descalzas de la Purísima Concepción (Alcalá) y preside la reunión del Consejo episcopal.

Por la tarde, asiste a la Inauguración de la Exposición “*Alcalá, una ciudad en la historia*” (Madrid).

Día 19. Reunión de Provincia Eclesiástica.

Día 20. Actividades varias.

Día 21. Preside la celebración eucarística con motivo de la Fiesta de la Virgen del Val (Ermita - Alcalá).

Día 22. Por la mañana, audiencias y reunión del Consejo episcopal.

Por la tarde, preside la procesión de la Virgen del Val, desde la Ermita a la Catedral (Alcalá).

Día 23. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, preside la Eucaristía con motivo del Inicio de Curso en el Seminario (Alcalá).

Día 24. Asiste a la Conferencia del Card. Antonio-M^a Rouco (Hotel Hesperia-Madrid).

Día 25. Participa en la Reunión de la Comisión permanente de la Conferencia episcopal española (Madrid).

Días 26-28. Peregrinación a Roma.

Día 27. Preside la Eucaristía (Basilica de San Pablo Extramuros -Roma).

Día 28. Concelebra en la Eucaristía (Basilica de San Juan de Letrán-Roma).

Día 29. Por la mañana, actividades varias.

Por la tarde, participa en la reunión de la Comisión para el Sostentamiento de la Iglesia (Madrid).

Día 30. Audiencias.

SR. OBISPO

HOMILÍA DE D. JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR
EN LA PROFESIÓN SOLEMNE DE LA
Hª Mª PALOMA DE LA EUCARISTÍA

13 DE SEPTIEMBRE DE 2008 – LA ALDEHUELA

Muy queridos hermanos sacerdotes, queridos padre y madre de Paloma, hermanos; querida Comunidad de Madres Carmelitas; queridos amigos y hermanos todos, y muy especialmente querida Hermana Paloma de la Eucaristía. Vivimos todos este momento con un sentimiento muy hondo de gratitud y de fe. Damos gracias a Dios por haber llamado a esta hermana nuestra, la Hermana Paloma de la Eucaristía, a una vida de intimidad con Él, en este convento, tan querido por todos y tan unido a la vida de esta Diócesis, de las Carmelitas Descalzas de La Aldehuela. Vamos caminando al unísono. La vida de la Diócesis en este convento tiene un peso especial. Aquí, junto al sepulcro de la Madre Maravillas, de Santa Maravillas de Jesús, la Diócesis ha vivido momentos muy intensos, y en la oración de las hermanas está presente el trabajo, la vida, la ilusión, la esperanza de esta comunidad diocesana y de toda la Iglesia universal, porque en su oración y en su vida, es la Iglesia entera la que está.

Le pedimos al Señor que aumente nuestra fe para llegar a entender una vocación como ésta de total entrega al Señor. Como habéis podido escuchar hace un momento, cuando le he preguntado a la Hermana Paloma qué pedía a Dios y a su

santa Iglesia, ella me ha respondido: “Pido a la Iglesia la misericordia de Dios, la pobreza de la Orden y la compañía de las hermanas”. Su vocación es una vocación de confianza plena, total, en el Señor; de confianza plena en la misericordia de un Dios que es Amor, reconociendo y proclamando al mundo que cuando uno tiene al Señor, cuando el Señor es su tesoro, ya no necesita nada más; y si asume y acepta vivir en pobreza es porque teniendo al Señor ya no necesita nada más. Y viviendo en comunidad con las hermanas, compartiendo con ellas ese gran tesoro, ese gran patrimonio espiritual del Carmelo Descalzo, que ha dado a la Iglesia tantos santos, Dios misericordioso estará siempre en su vida haciéndole gozar de su consuelo. “Sea el Señor tu delicia, dice el salmo, y Él te dará lo que pide tu corazón” (S 37,4).

En la oración con la que hemos comenzado esta celebración, hemos empezado haciendo una afirmación, reconociendo un hecho: el hecho de la llamada del Señor. Si la Hermana Paloma ha llegado a este momento de su profesión Solemne, después de varios años de discernimiento y de búsqueda de la voluntad de Dios, es porque Dios la ha llamado, es porque Dios la ha elegido, Dios ha intervenido de una manera especial en ella. “Oh Dios –decíamos en la oración–, Tú has querido que la gracia del Bautismo florezca en esta hija tuya con tanta fuerza, que desea seguir de cerca las huellas de tu Hijo, en la Orden de la Bienaventurada Virgen del Monte Carmelo”. El deseo ardiente de vivir con el Señor la gracia del Bautismo de forma radical es fruto de una llamada, una llamada a la que ella ha respondido generosamente, y una llamada que ha suscitado en ella un gran deseo, ese deseo que le hace decir lo que el Apóstol San Pablo: “Todo lo estimo pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por Él lo perdí todo, y todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo y existir en Él” (Flp 3,7-8). La vocación de la Hermana Paloma es una verdadera elección: Dios la ha elegido, Dios ha puesto en ella su mirada, Dios la ha llamado para vivir una relación sponsal de amor que se entrega, correspondiendo al amor infinito de Dios, a su misericordia infinita. El Cantar de los Cantares expresa de forma bellísima esta íntima relación de amor sponsal con palabras que hoy, en este día, el Señor dirige de una manera particularmente intensa a la Hermana Paloma: “Levántate amada mía, hermosa mía ven a Mí. Mira, el invierno ha pasado, las lluvias han cesado, se han ido ya, y se ven las flores en los campos. Levántate, amada mía, hermosa mía, ven a Mí” (2,10-14). Dios la ha llamado y la ha elegido para vivir sólo con Él, y sólo para Él, como su Esposo amado. Y en este encuentro íntimo con el Señor no todo es fácil; hay momentos como dice el Cántico, de invierno, y de lluvias, y de oscuridades, pero la presencia del Señor y la memoria de su amor, va fortaleciendo y purificando el alma de tal manera, que ese encuentro en la fe se va fortaleciendo, abrazando con el

Señor la cruz de cada día. Por eso es precisamente en la víspera de la Pasión cuando el Señor les habla a los Apóstoles de la elección y de la llamada: “Como el Padre me ha amado –hemos proclamado en el Evangelio–, así os he amado Yo, permaneced en mi amor. No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que Yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Jn 15,16).

La vocación y la elección va siempre unida a la misión: “Os he elegido para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca”. Por eso en la segunda parte de la oración de hoy hemos dicho: “Te pedimos, Señor, por esta hija tuya, para que, aspirando siempre a la perfección evangélica, aumente la santidad de la Iglesia y fortalezca su poder apostólico”. La misión que Dios confía a las almas contemplativas es ser manantial de santidad y fuente permanente de fortaleza apostólica para toda la Iglesia; su oración y la entrega de sus vidas, siempre llega al Señor y siempre produce en toda la Iglesia aumento de gracia y de ardor apostólico. La gente no sabe el número de personas que pasa por aquí y pide incesantemente oraciones a las hermanas para hacer frente a las muchas dificultades y sufrimientos y contrariedades de la vida. Yo mismo he venido aquí muchas veces abrumado y lleno de preocupaciones, y siempre he salido de aquí fortalecido, consolado, deseando entregarme al Señor y ser cada día más fiel a la misión que el Señor me ha confiado. Aquí he sentido la fortaleza de Dios en mi debilidad y la misericordia infinita de un Dios que en la Cruz de su Hijo perdona nuestros pecados, sana nuestras heridas, y nos empuja con la fuerza del Espíritu a la santidad. Y aquí en este convento, sentimos la oración y la intercesión de nuestra santa, Maravillas de Jesús, y su invitación constante a vivir en santidad. Una santidad, como decía ella, vivida día a día, en la sencillez del amor que se da silenciosamente y abnegadamente. Decía Santa Maravillas con esa sencillez y esa espontaneidad que le caracterizaba: “¡Cómo complicamos nosotros la santidad!, y la santidad es muy sencilla, nada más que dejarse y abandonarse confiadamente y amorosamente en los brazos de Dios, queriendo y haciendo en cada momento lo que creemos que Él quiere”, y después añade: “Claro, esto cuesta mucho, pero el que cueste es algo muy bueno, porque así podemos probarle a Dios nuestro amor; y una cosa es que cueste la santidad, y otra es que sea complicada, el que suponga cosas que no estén a nuestro alcance, como no lo está el sentir al Señor, ni el tener un fervor sensible”. Y dice ella con esa espontaneidad: “Hay veces que estamos ante Él como un banco” (carta 2843): en la capilla, en la iglesia, no sentimos nada, pero estamos con Él, y le amamos a Él, y deseamos hacer lo que creemos que Él quiere. También el matiz aquí es muy importante, porque muchas veces nos podemos equivocar, pero el Señor lo que nos pide es

que hagamos lo que creemos sinceramente que Dios quiere, y después ya Él irá corrigiéndonos, y Él irá manifestándonos dónde está su voluntad. La santidad está al alcance de todos y todos, por tanto, estamos invitados a la santidad; pero esto muchas veces se nos olvida y el ambiente del mundo en que vivimos, tan olvidado de Dios, tan sumergido en lo puramente material, hace que perdamos de vista nuestra vocación fundamental, que no es otra que amar a Dios con toda el alma, y amar a los hermanos y poner nuestra mirada, nuestro corazón y nuestra vida en Aquél que es la Fuente inagotable del amor, de la verdad, de la bondad y de la belleza. Todo esto se nos olvida con mucha facilidad y vamos gastando nuestras fuerzas y nuestros años buscando la felicidad por caminos equivocados, que no llevan a ninguna parte, y que dejan el corazón vacío y solitario; y, como esto se nos olvida, el Señor en su misericordia elige a estas hermanas nuestras, como elige hoy a la Hermana Paloma, elige a estas hermanas contemplativas, para que con el testimonio de su vida nos recuerden nuestra vocación esencial. Démosle gracias a Dios por este don, y pidamos por ellas para que aspiren sin cesar a la perfección evangélica y nos ayuden a todos a caminar siempre con el Señor.

En las letanías de los santos que entonaremos dentro de un momento, pediremos la intercesión de la Virgen María y de todos los santos por la Hermana Paloma, para que el Señor la asocie plenamente a la obra de la Redención, y le conceda la virtud de la perseverancia. Y en la oración de consagración pediremos por ella el don del Espíritu Santo, el Fuego del Espíritu Santo, para que alimente siempre su vida, sus santos propósitos, y resplandezca en ella el esplendor del Bautismo y la ejemplaridad de una vida santa.

Y en nuestra oración no podemos olvidar hoy a las personas de las que el Señor se ha servido para hacer nacer en Paloma el don de la vocación; de entre todos ellos los primeros, sus padres, de los que se ha servido el Señor para iniciarla en la fe, para acercarla al Señor, para demostrarle con su amor, el amor infinito de Dios, por eso pediremos por ellos de una manera muy especial: “Te pedimos Señor –diremos en las letanías–, por los padres de esta sierva tuya, Paloma, para que compenses con tus dones el sacrificio que representa para ellos la entrega de su hija”. Queridos padres de Paloma y hermanos, tened la seguridad de que la vocación de Paloma va a ser una fuente continua de gracias para todos vosotros. Nos sentimos muy felices en este momento porque esa semilla de la fe que recibió Paloma el día del Bautismo, y que fue creciendo y fructificando por la educación de sus padres, dará frutos inmensos de santidad. El Señor premiará y compensará con creces el sacrificio que hacéis.

Vamos a celebrar ahora la Eucaristía. Paloma ha elegido llamarse: Paloma de la Eucaristía, porque ella sabe que la Eucaristía es el Sacramento del amor, el Sacramento en el que el Señor ha querido dejarnos el memorial de su Pasión, la presencia siempre viva y fecunda de su sacrificio en la Cruz. Querida Hermana Paloma, vive siempre de la Eucaristía; que en ella encuentres siempre la fortaleza y el consuelo. Vive este encuentro permanente con el Señor como lo vivió Santa Maravillas de Jesús. Decía ella: “Durante la Santa Misa me pareció como si entendiese el alma que el Señor quería apoderarse de ella por completo. Me pareció que no tengo yo que hacer nada, y lo que el Señor me pide es que le deje hacer, permaneciendo sólo atenta y fija a su mirada, a su divina presencia, esperándolo y recibiendo todo de Él, me pareció que seguiré siendo tan pobre como soy, pero que esta pobreza tan real y verdadera, no le estorba; estoy por decir que al contrario” (carta 318). Querida Hermana Paloma, entrégate al Señor en la Eucaristía, vive para Él, déjate hacer por Él, y no temas ser pobre, el Señor llenará tu pobreza con su riqueza. Mira a María, mira a la Virgen María, la humilde sierva del Señor, la pobre sierva del Señor. Dios quiso nacer en la pobreza de María, en la humildad de María. “Aprende a amar a Jesús en el corazón de María” (billete 1445), como has puesto en tu recordatorio, y que Ella sea siempre modelo de tu entrega a Dios. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCO

Pablo Fernández Martos, de la Parroquia Virgen del Carmen, en Móstoles, el 1 de septiembre de 2008.

Jesús Folgado García, de la Parroquia. Santiago Apóstol, de Sevilla la Nueva, el 1 de septiembre de 2008.

Andrés García Torres, de la P. Ntra. Sra. de Fátima, en Fuenlabrada, el 1 de septiembre de 2008.

Álvaro Gómez Romero, de la P. Ntra. Sra. de la Asunción, en Cadalso de los Vidrios, el 1 de septiembre de 2008.

Enrique Gutiérrez Solana, de la P. San Juan Bautista, en Rozas de Puerto Real, el 1 de septiembre de 2008.

José Poveda Sánchez, de la P. Ntra. Sra. de la Estrella, en Belmonte del Tajo, el 1 de septiembre de 2008.

Rafael del Rosal Samaniego, de la Parroquia. Santiago Apóstol, en Villa del Parado, el 1 de septiembre de 2008.

Jesús Romero García, de la P. San José, en Fuenlabrada, el 1 de septiembre de 2008.

Carlos Rojas Rojas, de la P. Concepción de Ntra. Sra. en Chapinería y de la P. Ntra. Sra. de la Asunción, en Colmenar del Arroyo, el 1 de septiembre de 2008.

Alberto Iñigo Ruano, de la P. San Vicente de Paúl, en Valdemoro, el 1 de septiembre de 2008.

Manuel Torres López, de la P. San Antonio, en Aranjuez, el 1 de septiembre de 2008.

Carlos Tovar Martín, de la P. San Nicolás de Bari, en Serranillos del Valle, el 1 de septiembre de 2008.

Luis Manuel Vallecillos Sánchez-Céspedes, de la P. Ntra. Sra. de Fátima, en Getafe, el 1 de septiembre de 2008.

Francisco Javier Serna del Campo, de la P. María Auxiliadora, en Fuenlabrada, el 1 de septiembre de 2008.

Francisco Gil García, de la P. San Fortunato, en Leganés, el 1 de septiembre de 2008.

Pedro Castañón López de la P. San Bernardo, en Parla, el 1 de septiembre de 2008.

VICARIO PARROQUIAL

Carlos Casaseca Ferrero, de la Parroquia San Saturnino, en Alcorcón, el 1 de septiembre de 2008.

Francisco Santos Montero, de la P. Cristo Liberador, en Parla, el 1 de septiembre de 2008.

Santo Merlín, de la P. San Juan Bautista, en Fuenlabrada, el 1 de septiembre de 2008.

Lorenzo Blasco Blasco, de la P. Ntra. Sra. de Belén, en Fuenlabrada, el 1 de septiembre de 2008.

Pablo Fernández-López Peláez, de la P. Divino Pastor, en Móstoles, el 1 de septiembre de 2008.

Javier Avila Melero, de la P. Santa M^a Magdalena, en Getafe, el 1 de septiembre de 2008.

OTROS

Francisco Javier Armenteros Montiel, Promotor de Justicia de la Diócesis de Getafe, el 1 de septiembre de 2008

Enrique Santayana Lozano, Director del Secretariado Diocesano de Catequesis, el 1 de septiembre de 2008.

Francisco Javier Arias Juarez, Delegado Diocesano de Pastoral de la Salud, el 1 de septiembre de 2008.

D. Carlos Tovar Martín, Capellán del Hospital Infanta Elena, en Valdemoro, el 1 de septiembre de 2008.

D. Antonio Romero Iglesias, Capellán del Hospital Infanta Cristina, en Parla, el 1 de septiembre de 2008.

José Aurelio Rosado Hoyo, Capellán del Hospital del Tajo, en Aranjuez, el 1 de septiembre de 2008.

Carlos Rojas Rojas, Capellán del Hospital Nuestra Señora de la Poveda, en Villa del Prado, el 1 de septiembre de 2008.

Rafael del Rosal Samaniego, Capellán del Hospital Nuestra Señora de la Poveda, en Villa del Prado, el 1 de septiembre de 2008.

Conferencia Episcopal Española

CCX REUNIÓN DE LA COMISIÓN PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Madrid, 25-26 de septiembre de 2008

Concesión de ayudas para la iluminación de Catedrales
y otros templos con cargo al Convenio firmado
con la Fundación Endesa

Madrid, 26 septiembre de 2008

Relación de catedrales y otros templos que se beneficiarán de la partida presupuestaria aprobada por la CCX reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (Madrid, 25-26 de septiembre de 2008)

| CATEDRAL | EUROS |
|--------------------------|-----------|
| 1.- Catedral de Coria | 29.000,00 |
| 2.- Catedral de Burgos | 92.000,00 |
| 3.- Catedral de Albacete | 65.000,00 |

| | |
|---|------------|
| 4.- Catedral de Sto. Domingo de la Calzada | 160.000,00 |
| 5.- Catedral de Girona | 25.000,00 |
| 6.- Catedral de Isábena | 40.000,00 |
| 7.- Basílica de Sta. María de la Seu de Manresa | 90.000,00 |
| 8.- Colegiata de Sant Feliu de Girona | 30.000,00 |
| 9.- Monasterio de Vallbona de les Monges (Dioc. Tarragona) | 12.000,00 |
| 10.- Parroquia de Belén de Barcelona | 5.000,00 |
| 11.- Universidad Pontificia de Salamanca | 40.000,00 |
| 12.- Iglesia de Sta. Clara de Astudillo (Palencia) | 33.000,00 |
| 13.- Iglesia de San Martín de Frómista (Palencia) | 48.000,00 |
| 14.- Santuario Sta. María de la Guardia de Sagás (Dióc. de Solsona) | 6.000,00 |
| Total | 675.000,00 |



**VIAJE APOSTÓLICO A FRANCIA
CON OCASIÓN DEL 150 ANIVERSARIO
DE LAS APARICIONES DE LOURDES
(12-15 DE SEPTIEMBRE DE 2008)**

**CEREMONIA DE BIENVENIDA
ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES DEL ESTADO**

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

París, Palacio del Elíseo
Viernes 12 de septiembre de 2008

Señor Presidente,
Señoras y Señores, queridos amigos

Al pisar el suelo de Francia por vez primera desde que la providencia me llamó a la Sede de Pedro, me ha emocionado y honrado la calurosa acogida que me han brindado. Le estoy muy agradecido, Señor Presidente, por la cordial invitación que me hizo para visitar su país, así como por las amables palabras de bienvenida que acaba de dirigirme. ¿Cómo no recordar la visita que Vuestra Excelencia me hizo en el Vaticano hace nueve meses? Por su medio, saludo a todos los habitantes de este país con una historia milenaria, un presente rico de acontecimientos y un porvenir prometedor. Sepan que Francia está a menudo en el corazón de la oración del Papa, que no puede olvidar lo que ella ha aportado a la Iglesia a lo largo de los pasados veinte siglos. La razón primera de mi viaje es la celebración del ciento cincuenta aniversario de las apariciones de la Virgen María, en Lourdes. Deseo unirme a la incontable muchedumbre de peregrinos de todo el mundo que llegan a lo

largo de este año al santuario mariano, animados por la fe y el amor. Es una fe, es un amor que deseo celebrar en su país, durante las cuatro jornadas de gracia que podré pasar aquí.

Mi peregrinación a Lourdes debía pasar por París. Su capital me es familiar y la conozco bastante bien. A menudo he estado aquí y, a lo largo de los años, por causa de mis estudios y responsabilidades anteriores, he hecho buenas amistades humanas e intelectuales. Vuelvo con alegría, feliz por la oportunidad que se me presenta de homenajear el imponente patrimonio de cultura y de fe que ha fraguado su país de manera espléndida durante siglos y que ha dado al mundo grandes figuras de servidores de la Nación y de la Iglesia, cuyo magisterio y ejemplo han traspasado vuestras fronteras geográficas y nacionales para dejar su huella en el mundo. Durante su visita a Roma, Señor Presidente, Usted ha recordado que las raíces de Francia, como las de Europa, son cristianas. Basta la historia para demostrarlo: desde sus orígenes, su País ha recibido el mensaje del Evangelio. Aunque a veces carezcamos de documentación, consta fehacientemente la existencia de comunidades cristianas en las Galias desde una fecha muy lejana: ¡cómo no recordar sin emoción que la ciudad de Lión tenía ya obispo a mediados del siglo II y que San Ireneo, autor de *Adversus haereses*, dio un testimonio elocuente de la robustez del pensamiento cristiano! Ahora bien, san Ireneo vino de Esmirna para predicar la fe en Cristo resucitado. Lión tenía un obispo cuya lengua materna era el griego: ¡qué signo tan hermoso de la naturaleza y destino universales del mensaje cristiano! Implantada en época antigua en vuestro país, la Iglesia ha jugado un papel civilizador que me es grato resaltar en este lugar. Usted mismo hizo alusión a él en su discurso en el Palacio de Letrán el pasado mes de diciembre y hoy nuevamente. Transmisión de la cultura antigua a través de monjes, profesores y amanuenses, formación del corazón y del espíritu en el amor al pobre, ayuda a los más desamparados mediante la fundación de numerosas congregaciones religiosas, la contribución de los cristianos a la organización de instituciones de las Galias, posteriormente de Francia, es sabido más que de sobra para no tener que recordarlo. Los millares de capillas, iglesias, abadías y catedrales que adornan el corazón de vuestras ciudades o la soledad de vuestras tierras son signo elocuente de cómo vuestros padres en la fe quisieron honrar a Aquel que les había dado la vida y que nos mantiene en la existencia.

Numerosas personas, también aquí en Francia, se han detenido para reflexionar acerca de las relaciones de la Iglesia con el Estado. Ciertamente, en torno a las relaciones entre campo político y campo religioso, Cristo ya ofreció el criterio

para encontrar una justa solución a este problema al responder a una pregunta que le hicieron afirmando: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mc 12,17). La Iglesia en Francia goza actualmente de un régimen de libertad. La desconfianza del pasado se ha transformado paulatinamente en un diálogo sereno y positivo, que se consolida cada vez más. Un instrumento nuevo de diálogo existe desde el 2002 y tengo gran confianza en su trabajo porque la buena voluntad es recíproca. Sabemos que quedan todavía pendientes ciertos temas de diálogo que hará falta afrontar y afinar poco a poco con determinación y paciencia. Por otra parte, Usted, Señor Presidente, utilizó la bella expresión “laicidad positiva” para designar esta comprensión más abierta. En este momento histórico en el que las culturas se entrecruzan cada vez más entre ellas, estoy profundamente convencido de que una nueva reflexión sobre el significado auténtico y sobre la importancia de la laicidad es cada vez más necesaria. En efecto, es fundamental, por una parte, insistir en la distinción entre el ámbito político y el religioso para tutelar tanto la libertad religiosa de los ciudadanos, como la responsabilidad del Estado hacia ellos y, por otra parte, adquirir una más clara conciencia de las funciones insustituibles de la religión para la formación de las conciencias y de la contribución que puede aportar, junto a otras instancias, para la creación de un consenso ético de fondo en la sociedad.

El Papa, testigo de un Dios que ama y salva, se esfuerza por ser sembrador de caridad y esperanza. Toda sociedad humana tiene necesidad de esperanza, y esta necesidad es todavía más fuerte en el mundo de hoy que ofrece pocas aspiraciones espirituales y pocas certezas materiales. Los jóvenes son mi mayor preocupación. Algunos de ellos tienen dificultad en encontrar una orientación que les convenga o sufren una pérdida de referencia en sus familias. Otros experimentan todavía los límites de un pluralismo religioso que los condiciona. A veces marginados y a menudo abandonados a sí mismos, son frágiles y tienen que hacer frente solos a una realidad que les sobrepasa. Hay, pues, que ofrecerles un buen marco educativo y animarlos a respetar y ayudar a los otros, para que lleguen serenamente a la edad de la responsabilidad. La Iglesia puede aportar en este campo una contribución específica. La situación social de occidente, por desgracia marcada por un avance solapado de la distancia entre ricos y pobres, también me preocupa. Estoy seguro que es posible encontrar soluciones justas que, sobrepasando la inmediata ayuda necesaria, vayan al corazón de los problemas, para proteger a los débiles y fomentar su dignidad. A través de numerosas instituciones y actividades, la Iglesia, igual que numerosas asociaciones en vuestro país, trata con frecuencia de remediar lo inmediato, pero es al Estado al que compete legislar para erradicar las injusticias.

En un contexto mucho más amplio, Señor Presidente, me preocupa igualmente el estado de nuestro planeta. Con gran generosidad, Dios nos ha confiado el mundo que Él ha creado. Hay que aprender a respetarlo y protegerlo aún más. Me parece que ha llegado el momento de hacer propuestas más constructivas para garantizar el bien de las generaciones futuras.

El ejercicio de la Presidencia de la Unión Europea es la ocasión para vuestro país de dar testimonio del compromiso de Francia, de acuerdo a su noble tradición, con los derechos humanos y su promoción para el bien de la persona y la sociedad. Cuando el europeo llegue a experimentar personalmente que los derechos inalienables del ser humano, desde su concepción hasta su muerte natural, así como los concernientes a su educación libre, su vida familiar, su trabajo, sin olvidar naturalmente sus derechos religiosos, cuando este europeo, por tanto, entienda que estos derechos, que constituyen una unidad indisoluble, están siendo promovidos y respetados, entonces comprenderá plenamente la grandeza de la construcción de la Unión y llegará a ser su artífice activo. Señor Presidente, la tarea que os incumbe no es fácil. Los tiempos son inciertos, y es una empresa ardua vislumbrar la justa vía entre los meandros de la cotidianeidad social y económica, nacional e internacional. En particular, frente al peligro del resurgir de viejos recelos, tensiones y contradicciones entre las Naciones, de las que hoy somos testigos con preocupación, Francia, históricamente sensible a la reconciliación entre los pueblos, está llamada a ayudar a Europa a construir la paz dentro de sus fronteras y en el mundo entero. A este respecto, es importante promover una unidad que no puede ni quiere transformarse en uniformidad, sino que sea capaz de garantizar el respeto de las diferencias nacionales y de las tradiciones culturales, que constituyen una riqueza en la sinfonía europea, recordando, por otra parte, que “la propia identidad nacional no se realiza sino es en apertura con los demás pueblos y por la solidaridad con ellos” (Exhortación Apostólica *Ecclesia in Europa*, n. 112). Confío que vuestro país cooperará cada vez más a que este siglo progrese hacia la serenidad, la armonía y la paz.

Señor Presidente, queridos amigos, deseo una vez más manifestar mi agradecimiento por este encuentro. Cuenten con mi plegaria ferviente por su hermosa Nación, para que Dios le conceda paz y prosperidad, libertad y unidad, igualdad y fraternidad. Encomiendo estos deseos a la intercesión maternal de la Virgen María, patrona principal de Francia. ¡Que Dios bendiga a Francia y a todos los franceses!

ENCUENTRO CON LA DELEGACIÓN JUDÍA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

París

Viernes 12 de septiembre de 2008

Es un placer, queridos amigos, recibirlos esta tarde. Es una feliz coincidencia que nuestro encuentro se realice en vísperas de la celebración semanal del shabbat, día que, desde tiempos inmemoriales, ocupa un lugar tan relevante en la vida religiosa y cultural del pueblo de Israel. Cada hebreo devoto santifica el shabbat leyendo las Escrituras y recitando los Salmos. Queridos amigos, como bien sabéis, la oración de Jesús también se nutría de los Salmos. Él iba regularmente al Templo y a la sinagoga. Allí tomó también la palabra un sábado. Quiso subrayar la bondad con que el Dios eterno cuida del hombre, hasta en la organización del tiempo. ¿Acaso no dice el Talmud Yoma (85b): “El sábado ha sido dado para vosotros, no vosotros para el sábado?” Cristo ha pedido al pueblo de la Alianza que reconozca siempre la grandeza inaudita y el amor del Creador de todos los hombres. Queridos amigos, debido a lo que nos une y a lo que nos separa, nuestra fraternidad tiene que fortalecerse y vivirse. Y sabemos que los vínculos de fraternidad constituyen una invitación continua a conocerse mejor y a respetarse.

Por su misma naturaleza, la Iglesia católica desea respetar la Alianza contraída por el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. La Iglesia se inscribe también en la Alianza eterna del Omnipotente, cuyos designios son inmutables, y respeta a los hijos de la Promesa, a los hijos de la Alianza, sus amados hermanos en la fe. La Iglesia repite con fuerza, por mi voz, las palabras del gran Papa Pío XI, mi venerado Predecesor: “Espiritualmente, nosotros somos semitas” (Alocución a los peregrinos de Bélgica, 6 de septiembre de 1938). De este modo, la Iglesia se opone a todo tipo de antisemitismo, del que no existe ninguna justificación teológica aceptable. El teólogo Henri de Lubac, en una hora “de tinieblas”, como decía Pío XII (*Summi Pontificatus*, 20 de octubre de 1939), comprendió que ser antisemita significa también ser anticristiano (Cf. *Un nouveau front religieux*, publicado en 1942 en: *Israël et la Foi Chrétienne*, p.136). Una vez más siento el deber de rendir un sentido homenaje a todos los que murieron injustamente y a los que trabajaron para que el nombre de las víctimas permaneciese siempre en el recuerdo. ¡Dios no olvida!

En una ocasión como ésta, no puedo dejar de mencionar el papel eminente desarrollado por los Hebreos de Francia en la edificación de toda la Nación y su prestigiosa aportación a su patrimonio espiritual. Han dado —y continúan dando— grandes figuras al mundo de la política, de la cultura, del arte. Con respecto y afecto, les dirijo mis mejores a cada uno de ellos e invoco con fervor sobre todas vuestras familias y sobre todas vuestras comunidades una Bendición particular del Señor de los tiempos y de la historia. Shabbat Shalom!

ENCUENTRO CON EL MUNDO DE LA CULTURA
EN EL COLLÈGE DES BERNARDINS

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Viernes 12 de septiembre de 2008

Señor Cardenal,
Señora Ministra de la Cultura,
Señor Alcalde,
Señor Canciller del Instituto de Francia,
Queridos amigos:

Gracias, Señor Cardenal, por sus amables palabras. Nos encontramos en un lugar histórico, edificado por los hijos de san Bernardo de Claraval y que su gran predecesor, el recordado Cardenal Jean-Marie Lustiger, quiso como centro de diálogo entre la sabiduría cristiana y las corrientes culturales, intelectuales y artísticas de la sociedad actual. Saludo en particular a la Señora Ministra de la Cultura, que representa al Gobierno, así como al Señor Giscard D'Estaing y al Señor Chirac. Asimismo, saludo a los Señores Ministros que nos acompañan, a los representantes de la UNESCO, al Señor Alcalde de París y a las demás Autoridades. No puedo olvidar a mis colegas del Instituto de Francia, que bien conocen la consideración

que les profeso. Doy las gracias al Príncipe de Broglie por sus cordiales palabras. Nos veremos mañana por la mañana. Agradezco a la Delegación de la comunidad musulmana francesa que haya aceptado participar en este encuentro: les dirijo mis mejores deseos en este tiempo de Ramadán. Dirijo ahora un cordial saludo al conjunto del variado mundo de la cultura, que vosotros, queridos invitados, representáis tan dignamente.

Quisiera hablaros esta tarde del origen de la teología occidental y de las raíces de la cultura europea. He recordado al comienzo que el lugar donde nos encontramos es emblemático. Está ligado a la cultura monástica, porque aquí vivieron monjes jóvenes, para aprender a comprender más profundamente su llamada y vivir mejor su misión. ¿Es ésta una experiencia que representa todavía algo para nosotros, o nos encontramos sólo con un mundo ya pasado? Para responder, conviene que reflexionemos un momento sobre la naturaleza del monaquismo occidental. ¿De qué se trataba entonces? A tenor de la historia de las consecuencias del monaquismo cabe decir que, en la gran fractura cultural provocada por las migraciones de los pueblos y el nuevo orden de los Estados que se estaban formando, los monasterios eran los lugares en los que sobrevivían los tesoros de la vieja cultura y en los que, a partir de ellos, se iba formando poco a poco una nueva cultura. ¿Cómo sucedía esto? ¿Qué les movía a aquellas personas a reunirse en lugares así? ¿Qué intenciones tenían? ¿Cómo vivieron?

Primeramente y como cosa importante hay que decir con gran realismo que no estaba en su intención crear una cultura y ni siquiera conservar una cultura del pasado. Su motivación era mucho más elemental. Su objetivo era: *quaerere Deum*, buscar a Dios. En la confusión de un tiempo en que nada parecía quedar en pie, los monjes querían dedicarse a lo esencial: trabajar con tesón por dar con lo que vale y permanece siempre, encontrar la misma Vida. Buscaban a Dios. Querían pasar de lo secundario a lo esencial, a lo que es sólo y verdaderamente importante y fiable. Se dice que su orientación era «escatológica». Que no hay que entenderlo en el sentido cronológico del término, como si mirasen al fin del mundo o a la propia muerte, sino existencialmente: detrás de lo provisional buscaban lo definitivo. *Quaerere Deum*: como eran cristianos, no se trataba de una expedición por un desierto sin caminos, una búsqueda hacia el vacío absoluto. Dios mismo había puesto señales de pista, incluso había allanado un camino, y de lo que se trataba era de encontrarlo y seguirlo. El camino era su Palabra que, en los libros de las Sagradas Escrituras, estaba abierta ante los hombres. La

búsqueda de Dios requiere, pues, por intrínseca exigencia una cultura de la palabra o, como dice Jean Leclercq: en el monaquismo occidental, escatología y gramática están interiormente vinculadas una con la otra (cf. *L'amour des lettres et le desir de Dieu*, p. 14). El deseo de Dios, le desir de Dieu, incluye l'amour des lettres, el amor por la palabra, ahondar en todas sus dimensiones. Porque en la Palabra bíblica Dios está en camino hacia nosotros y nosotros hacia Él, hace falta aprender a penetrar en el secreto de la lengua, comprenderla en su estructura y en el modo de expresarse. Así, precisamente por la búsqueda de Dios, resultan importantes las ciencias profanas que nos señalan el camino hacia la lengua. Puesto que la búsqueda de Dios exigía la cultura de la palabra, forma parte del monasterio la biblioteca que indica el camino hacia la palabra. Por el mismo motivo forma parte también de él la escuela, en la que concretamente se abre el camino. San Benito llama al monasterio una dominici servitii schola. El monasterio sirve a la eruditio, a la formación y a la erudición del hombre –una formación con el objetivo último de que el hombre aprenda a servir a Dios. Pero esto comporta evidentemente también la formación de la razón, la erudición, por la que el hombre aprende a percibir entre las palabras la Palabra.

Para captar plenamente la cultura de la palabra, que pertenece a la esencia de la búsqueda de Dios, hemos de dar otro paso. La Palabra que abre el camino de la búsqueda de Dios y es ella misma el camino, es una Palabra que mira a la comunidad. En efecto, llega hasta el fondo del corazón de cada uno (cf. Hch 2, 37). Gregorio Magno lo describe como una punzada imprevista que desgarrar el alma adormecida y la despierta haciendo que estemos atentos a la realidad esencial, a Dios (cf. Leclercq, *ibid.*, p. 35). Pero también hace que estemos atentos unos a otros. La Palabra no lleva a un camino sólo individual de una inmersión mística, sino que introduce en la comunión con cuantos caminan en la fe. Y por eso hace falta no sólo reflexionar en la Palabra, sino leerla debidamente. Como en la escuela rabínica, también entre los monjes el mismo leer del individuo es simultáneamente un acto corporal. «Sin embargo, si legere y lectio se usan sin un adjetivo calificativo, indican comúnmente una actividad que, como cantar o escribir, afectan a todo el cuerpo y a toda el alma», dice a este respecto Jean Leclercq (*ibid.*, p. 21).

Y aún hay que dar otro paso. La Palabra de Dios nos introduce en el coloquio con Dios. El Dios que habla en la Biblia nos enseña cómo podemos hablar con Él. Especialmente en el Libro de los Salmos nos ofrece las palabras con que podemos dirigirnos a Él, presentarle nuestra vida con sus altibajos en coloquio ante Él,

transformando así la misma vida en un movimiento hacia Él. Los Salmos contienen frecuentes instrucciones incluso sobre cómo deben cantarse y acompañarse de instrumentos musicales. Para orar con la Palabra de Dios el sólo pronunciar no es suficiente, se requiere la música. Dos cantos de la liturgia cristiana provienen de textos bíblicos, que los ponen en los labios de los Ángeles: el Gloria, que fue cantado por los Ángeles al nacer Jesús, y el Sanctus, que según Isaías 6 es la aclamación de los Serafines que están junto a Dios. A esta luz, la Liturgia cristiana es invitación a cantar con los Ángeles y dirigir así la palabra a su destino más alto. Escuchemos en ese contexto una vez más a Jean Leclercq: «Los monjes tenían que encontrar melodías que tradujeran en sonidos la adhesión del hombre redimido a los misterios que celebra. Los pocos capiteles de Cluny, que se conservan hasta nuestros días, muestran los símbolos cristológicos de cada uno de los tonos» (cf. *Ibid.*, p. 229).

En San Benito, para la plegaria y para el canto de los monjes, la regla determinante es lo que dice el Salmo: *Coram angelis psallam Tibi, Domine* –delante de los ángeles tañeré para ti, Señor (cf. 138, 1). Aquí se expresa la conciencia de cantar en la oración comunitaria en presencia de toda la corte celestial y por tanto de estar expuestos al criterio supremo: orar y cantar de modo que se pueda estar unidos con la música de los Espíritus sublimes que eran tenidos como autores de la armonía del cosmos, de la música de las esferas. De ahí se puede entender la seriedad de una meditación de san Bernardo de Claraval, que usa un dicho de tradición platónica transmitido por Agustín para juzgar el canto feo de los monjes, que obviamente para él no era de hecho un pequeño matiz, sin importancia. Califica la confusión de un canto mal hecho como un precipitarse en la «zona de la desemejanza –en la regio dissimilitudinis. Agustín había echado mano de esa expresión de la filosofía platónica para calificar su estado interior antes de la conversión (cf. *Confesiones VII*, 10.16): el hombre, creado a semejanza de Dios, al abandonarlo se hunde en la «zona de la desemejanza» – en un alejamiento de Dios en el que ya no lo refleja y así se hace desemejante no sólo de Dios, sino también de sí mismo, del verdadero ser hombre. Es ciertamente drástico que Bernardo, para calificar los cantos mal hechos de los monjes, emplee esta expresión, que indica la caída del hombre alejado de sí mismo. Pero demuestra también cómo se toma en serio este asunto. Demuestra que la cultura del canto es también cultura del ser y que los monjes con su plegaria y su canto han de estar a la altura de la Palabra que se les ha confiado, a su exigencia de verdadera belleza. De esa exigencia intrínseca de hablar y cantar a Dios con las palabras dadas por Él mismo nació la gran música occidental. No se trataba de una

«creatividad» privada, en la que el individuo se erige un monumento a sí mismo, tomando como criterio esencialmente la representación del propio yo. Se trataba más bien de reconocer atentamente con los «oídos del corazón» las leyes intrínsecas de la música de la creación misma, las formas esenciales de la música puestas por el Creador en su mundo y en el hombre, y encontrar así la música digna de Dios, que al mismo tiempo es verdaderamente digna del hombre e indica de manera pura su dignidad.

Para captar de alguna manera la cultura de la palabra, que en el monaquismo occidental se desarrolló por la búsqueda de Dios, partiendo de dentro, es preciso referirse también, aunque sea brevemente, a la particularidad del Libro o de los Libros en los que esta Palabra ha salido al encuentro de los monjes. La Biblia, vista bajo el aspecto puramente histórico o literario, no es simplemente un libro, sino una colección de textos literarios, cuya redacción duró más de un milenio y en la que cada uno de los libros no es fácilmente reconocible como perteneciente a una unidad interior; en cambio se dan tensiones visibles entre ellos. Esto es verdad ya dentro de la Biblia de Israel, que los cristianos llamamos el Antiguo Testamento. Es más verdad aún cuando nosotros, como cristianos, unimos el Nuevo Testamento y sus escritos, casi como clave hermenéutica, con la Biblia de Israel, interpretándola así como camino hacia Cristo. En el Nuevo Testamento, con razón, la Biblia normalmente no se la califica como “la Escritura”, sino como “las Escrituras”, que sin embargo en su conjunto luego se consideran como la única Palabra de Dios dirigida a nosotros. Pero ya este plural evidencia que aquí la Palabra de Dios nos alcanza sólo a través de la palabra humana, a través de las palabras humanas, es decir que Dios nos habla sólo a través de los hombres, mediante sus palabras y su historia. Esto, a su vez, significa que el aspecto divino de la Palabra y de las palabras no es naturalmente obvio. Dicho con lenguaje moderno: la unidad de los libros bíblicos y el carácter divino de sus palabras no son, desde un punto de vista puramente histórico, asibles. El elemento histórico es la multiplicidad y la humanidad. De ahí se comprende la formulación de un dístico medieval que, a primera vista, parece desconcertante: *Littera gesta docet – quid credas allegoria...* (cf. Augustinus de Dacia, *Rotulus pugillaris*, 1). La letra muestra los hechos; lo que tienes que creer lo dice la alegoría, es decir la interpretación cristológica y pneumática.

Todo esto podemos decirlo de manera más sencilla: la Escritura precisa de la interpretación, y precisa de la comunidad en la que se ha formado y en la que es vivida. En ella tiene su unidad y en ella se despliega el sentido que aúna el todo.

Dicho todavía de otro modo: existen dimensiones del significado de la Palabra y de las palabras, que se desvelan sólo en la comunión vivida de esta Palabra que crea la historia. Mediante la creciente percepción de las diversas dimensiones del sentido, la Palabra no queda devaluada, sino que aparece incluso con toda su grandeza y dignidad. Por eso el «Catecismo de la Iglesia Católica» con toda razón puede decir que el cristianismo no es simplemente una religión del libro en el sentido clásico (cf. n. 108). El cristianismo capta en las palabras la Palabra, el Logos mismo, que despliega su misterio a través de tal multiplicidad y de la realidad de una historia humana. Esta estructura especial de la Biblia es un desafío siempre nuevo para cada generación. Por su misma naturaleza excluye todo lo que hoy se llama fundamentalismo. La misma Palabra de Dios, de hecho, nunca está presente ya en la simple literalidad del texto. Para alcanzarla se requiere un trascender y un proceso de comprensión, que se deja guiar por el movimiento interior del conjunto y por ello debe convertirse también en un proceso vital. Siempre y sólo en la unidad dinámica del conjunto los muchos libros forman un Libro, la Palabra de Dios y la acción de Dios en el mundo se revelan solamente en la palabra y en la historia humana.

Todo el dramatismo de este tema está iluminado en los escritos de san Pablo. Qué significado tenga el trascender de la letra y su comprensión únicamente a partir del conjunto, lo ha expresado de manera drástica en la frase: «La pura letra mata y, en cambio, el Espíritu da vida» (2 Cor 3, 6). Y también: “Donde hay el Espíritu... hay libertad” (2 Cor 3, 17). La grandeza y la amplitud de tal visión de la Palabra bíblica, sin embargo, sólo se puede comprender si se escucha a Pablo profundamente y se comprende entonces que ese Espíritu liberador tiene un nombre y que la libertad tiene por tanto una medida interior: «El Señor es el Espíritu, y donde hay el Espíritu del Señor hay libertad» (2 Cor 3,17). El Espíritu liberador no es simplemente la propia idea, la visión personal de quien interpreta. El Espíritu es Cristo, y Cristo es el Señor que nos indica el camino. Con la palabra sobre el Espíritu y sobre la libertad se abre un vasto horizonte, pero al mismo tiempo se pone una clara limitación a la arbitrariedad y a la subjetividad, un límite que obliga de manera inequívoca al individuo y a la comunidad y crea un vínculo superior al de la letra: el vínculo del entendimiento y del amor. Esa tensión entre vínculo y libertad, que sobrepasa el problema literario de la interpretación de la Escritura, ha determinado también el pensamiento y la actuación del monaquismo y ha plasmado profundamente la cultura occidental. Esa tensión se presenta de nuevo también a nuestra generación como un reto frente a los extremos de la arbitrariedad subjetiva, por una parte, y del fanatismo

fundamentalista, por otra. Sería fatal, si la cultura europea de hoy llegase a entender la libertad sólo como la falta total de vínculos y con esto favoreciese inevitablemente el fanatismo y la arbitrariedad. Falta de vínculos y arbitrariedad no son la libertad, sino su destrucción.

En la consideración sobre la «escuela del servicio divino» –como san Benito llamaba al monaquismo– hemos fijado hasta ahora la atención sólo en su orientación hacia la palabra, en el «ora». Y de hecho de ahí es de donde se determina la dirección del conjunto de la vida monástica. Pero nuestra reflexión quedaría incompleta si no miráramos aunque sea brevemente el segundo componente del monaquismo, el descrito con el «labora». En el mundo griego el trabajo físico se consideraba tarea de siervos. El sabio, el hombre verdaderamente libre se dedicaba únicamente a las cosas espirituales; dejaba el trabajo físico como algo inferior a los hombres incapaces de la existencia superior en el mundo del espíritu. Absolutamente diversa era la tradición judaica: todos los grandes rabinos ejercían al mismo tiempo una profesión artesanal. Pablo que, como rabino y luego como anunciador del Evangelio a los gentiles, era también tejedor de tiendas y se ganaba la vida con el trabajo de sus manos, no constituye una excepción, sino que sigue la común tradición del rabinismo. El monaquismo ha acogido esa tradición; el trabajo manual es parte constitutiva del monaquismo cristiano. San Benito habla en su Regla no propiamente de la escuela, aunque la enseñanza y el aprendizaje –como hemos visto– en ella se daban por descontados. En cambio, en un capítulo de su Regla habla explícitamente del trabajo (cf. cap. 48). Lo mismo hace Agustín que dedicó al trabajo de los monjes todo un libro. Los cristianos, que con esto continuaban la tradición ampliamente practicada por el judaísmo, tenían que sentirse sin embargo cuestionados por la palabra de Jesús en el Evangelio de Juan, con la que defendía su actuar en sábado: «Mi Padre sigue actuando y yo también actúo» (5, 17). El mundo greco-romano no conocía ningún Dios Creador; la divinidad suprema, según su manera de pensar, no podía, por decirlo así, ensuciarse las manos con la creación de la materia. «Construir» el mundo quedaba reservado al demiurgo, una deidad subordinada. Muy distinto el Dios cristiano: Él, el Uno, el verdadero y único Dios, es también el Creador. Dios trabaja; continúa trabajando en y sobre la historia de los hombres. En Cristo entra como Persona en el trabajo fatigoso de la historia. «Mi Padre sigue actuando y yo también actúo». Dios mismo es el Creador del mundo, y la creación todavía no ha concluido. Dios trabaja, ergázetai! Así el trabajo de los hombres tenía que aparecer como una expresión especial de su semejanza con Dios y el hombre, de esta manera, tiene capacidad y puede participar en la obra de Dios en la creación del mundo. Del monaquismo forma parte, junto

con la cultura de la palabra, una cultura del trabajo, sin la cual el desarrollo de Europa, su ethos y su formación del mundo son impensables. Ese ethos, sin embargo, tendría que comportar la voluntad de obrar de tal manera que el trabajo y la determinación de la historia por parte del hombre sean un colaborar con el Creador, tomándolo como modelo. Donde ese modelo falta y el hombre se convierte a sí mismo en creador deiforme, la formación del mundo puede fácilmente transformarse en su destrucción.

Comenzamos indicando que, en el resquebrajamiento de las estructuras y seguridades antiguas, la actitud de fondo de los monjes era el *quaerere Deum* –la búsqueda de Dios. Podríamos decir que ésta es la actitud verdaderamente filosófica: mirar más allá de las cosas penúltimas y lanzarse a la búsqueda de las últimas, las verdaderas. Quien se hacía monje, avanzaba por un camino largo y profundo, pero había encontrado ya la dirección: la Palabra de la Biblia en la que oía que hablaba el mismo Dios. Entonces debía tratar de comprenderle, para poder caminar hacia Él. Así el camino de los monjes, pese a seguir no medible en su extensión, se desarrolla ya dentro de la Palabra acogida. La búsqueda de los monjes, en algunos aspectos, comporta ya en sí mismo un hallazgo. Sucede pues, para que esa búsqueda sea posible, que previamente se da ya un primer movimiento que no sólo suscita la voluntad de buscar, sino que hace incluso creíble que en esa Palabra está escondido el camino –o mejor: que en esa Palabra Dios mismo se hace encontradizo con los hombres y por eso los hombres a través de ella pueden alcanzar a Dios. Con otras palabras: debe darse el anuncio dirigido al hombre creando así en él una convicción que puede transformarse en vida. Para que se abra un camino hacia el corazón de la Palabra bíblica como Palabra de Dios, esa misma Palabra debe antes ser anunciada desde el exterior. La expresión clásica de esa necesidad de la fe cristiana de hacerse comunicable a los otros es una frase de la Primera Carta de Pedro, que en la teología medieval era considerada la razón bíblica para el trabajo de los teólogos: «Estad siempre prontos para dar razón (logos) de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere» (3,15). (El Logos, la razón de la esperanza, debe hacerse apolo-gia, debe llegar a ser respuesta). De hecho, los cristianos de la Iglesia naciente no consideraron su anuncio misionero como una propaganda, que debiera servir para que el propio grupo creciera, sino como una necesidad intrínseca derivada de la naturaleza de su fe: el Dios en el que creían era el Dios de todos, el Dios uno y verdadero que se había mostrado en la historia de Israel y finalmente en su Hijo, dando así la respuesta que tenía en cuenta a todos y que, en su intimidad, todos los hombres esperan. La universalidad de Dios y la universalidad de la razón abierta hacia Él constituían para

ellos la motivación y también el deber del anuncio. Para ellos la fe no pertenecía a las costumbres culturales, diversas según los pueblos, sino al ámbito de la verdad que igualmente tiene en cuenta a todos.

El esquema fundamental del anuncio cristiano «ad extra» –a los hombres que, con sus preguntas, buscan– se halla en el discurso de san Pablo en el Areópago. Tengamos presente, en ese contexto, que el Areópago no era una especie de academia donde las mentes más ilustradas se reunían para discutir sobre cosas sublimes, sino un tribunal competente en materia de religión y que debía oponerse a la importación de religiones extranjeras. Y precisamente ésta es la acusación contra Pablo: «Parece ser un predicador de divinidades extranjeras» (Hch 17,18). A lo que Pablo replica: «He encontrado entre vosotros un altar en el que está escrito: ‘Al Dios desconocido’. Pues eso que veneráis sin conocerlo, os lo anuncio yo» (cf. 17, 23). Pablo no anuncia dioses desconocidos. Anuncia a Aquel, que los hombres ignoran y, sin embargo, conocen: el Ignoto-Conocido; Aquel que buscan, al que, en lo profundo, conocen y que, sin embargo, es el Ignoto y el Incognoscible. Lo más profundo del pensamiento y del sentimiento humano sabe en cierto modo que Él tiene que existir. Que en el origen de todas las cosas debe estar no la irracionalidad, sino la Razón creativa; no el ciego destino, sino la libertad. Sin embargo, pese a que todos los hombres en cierto modo sabemos esto –como Pablo subraya en la Carta a los Romanos (1, 21)– ese saber permanece irreal: Un Dios sólo pensado e inventado no es un Dios. Si Él no se revela, nosotros no llegamos hasta Él. La novedad del anuncio cristiano es la posibilidad de decir ahora a todos los pueblos: Él se ha revelado. Él personalmente. Y ahora está abierto el camino hacia Él. La novedad del anuncio cristiano no consiste en un pensamiento sino en un hecho: Él se ha mostrado. Pero esto no es un hecho ciego, sino un hecho que, en sí mismo, es Logos –presencia de la Razón eterna en nuestra carne. Verbum caro factum est (Jn 1,14): precisamente así en el hecho ahora está el Logos, el Logos presente en medio de nosotros. El hecho es razonable. Ciertamente hay que contar siempre con la humildad de la razón para poder acogerlo; hay que contar con la humildad del hombre que responde a la humildad de Dios.

Nuestra situación actual, bajo muchos aspectos, es distinta de la que Pablo encontró en Atenas, pero, pese a la diferencia, sin embargo, en muchas cosas es también bastante análoga. Nuestras ciudades ya no están llenas de altares e imágenes de múltiples divinidades. Para muchos, Dios se ha convertido realmente en el gran Desconocido. Pero como entonces tras las numerosas imágenes de los dioses

estaba escondida y presente la pregunta acerca del Dios desconocido, también hoy la actual ausencia de Dios está tácitamente inquieta por la pregunta sobre Él. Quærere Deum –buscar a Dios y dejarse encontrar por Él: esto hoy no es menos necesario que en tiempos pasados. Una cultura meramente positivista que circunscribiera al campo subjetivo como no científica la pregunta sobre Dios, sería la capitulación de la razón, la renuncia a sus posibilidades más elevadas y consiguientemente una ruina del humanismo, cuyas consecuencias no podrían ser más graves. Lo que es la base de la cultura de Europa, la búsqueda de Dios y la disponibilidad para escucharle, sigue siendo aún hoy el fundamento de toda verdadera cultura.

VIGILIA DE ORACIÓN CON LOS JÓVENES
DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Catedral de Notre-Dame de París
Viernes 12 de septiembre de 2008

Queridos jóvenes:

Después del recogimiento orante de las Vísperas en Notre-Dame, os saludo esta tarde con entusiasmo, dando de este modo un carácter festivo y muy simpático a este encuentro. Éste me recuerda el inolvidable del pasado julio en Sidney, en el cual algunos de vosotros participasteis con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud. Esta tarde, quisiera hablaros de dos temas profundamente vinculados el uno al otro, que constituyen un auténtico tesoro en donde podéis poner vuestro corazón (cf. Mt 6,21).

El primero se refiere al escogido para Sidney, que es también el de la vigilia de oración que va a comenzar dentro de unos instantes. Se trata del pasaje sacado de los Hechos de los Apóstoles, libro que algunos llaman muy justamente el Evangelio del Espíritu Santo: “Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos” (Hch 1,8). El Señor lo dice ahora a vosotros.

Sidney hizo redescubrir a muchos jóvenes la importancia del Espíritu Santo en la vida del cristiano. El Espíritu nos pone en contacto íntimo con Dios, en quien se encuentra la fuente de toda auténtica riqueza humana. Todos buscáis amar y ser amados. Tenéis que volver a Dios para aprender a amar y para tener la fuerza de amar. El Espíritu, que es Amor, puede abrir vuestros corazones para recibir el don del amor auténtico. Todos buscáis la verdad y queréis vivir de ella. Cristo es esta verdad. Él es el único Camino, la única Verdad y la verdadera Vida. Seguir a Cristo significa realmente “remar mar a dentro”, como dicen varias veces los Salmos. El camino de la Verdad es uno y al mismo tiempo múltiple, según los diversos carismas, como la Verdad es una y al mismo tiempo de una riqueza inagotable. Confíad en el Espíritu Santo para descubrir a Cristo. El Espíritu es el guía necesario de la oración, el alma de nuestra esperanza y el manantial de la genuina alegría.

Para ahondar en estas verdades de fe, os invito a meditar en la grandeza del sacramento de la Confirmación que habéis recibido y que os introduce en una vida de fe adulta. Es urgente comprender cada vez mejor este sacramento para comprobar la calidad y la hondura de vuestra fe y para robustecerla. El Espíritu Santo os acerca al misterio de Dios y os hace comprender quién es Dios. Os invita a ver en el prójimo al hermano que Dios os ha dado para vivir en comunión con él, humana y espiritualmente, para vivir, por tanto, como Iglesia. Al revelaros quién es Cristo muerto y resucitado por nosotros, nos impulsa a dar testimonio de Él. Estáis en la edad de la generosidad. Es urgente hablar de Cristo a vuestro alrededor, a vuestras familias y amigos, en vuestros lugares de estudio, de trabajo o de ocio. No tengáis miedo. Tened “la valentía de vivir el Evangelio y la audacia de proclamarlo” (Mensaje a los jóvenes del mundo, 20 de julio de 2007). Os aliento, pues, a tener las palabras justas para anunciar a Dios a vuestro alrededor, respaldando vuestro testimonio con la fuerza del Espíritu suplicada en la plegaria. Llevad la Buena Noticia a los jóvenes de vuestra edad y también a los otros. Ellos conocen las turbulencias de la afectividad, la preocupación y la incertidumbre con respecto al trabajo y a los estudios. Afrontan sufrimientos y tienen experiencia de alegrías únicas. Dad testimonio de Dios, porque, en cuanto jóvenes, formáis parte plenamente de la comunidad católica en virtud de vuestro Bautismo y por la común profesión de fe (cf. Ef 4,5). Quiero deciros que la Iglesia confía en vosotros.

En este año dedicado a San Pablo, quisiera confiaros un segundo tesoro, que estaba en el centro de la vida de este Apóstol fascinante: se trata del misterio de la Cruz. El domingo, en Lourdes, celebraré la Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz junto con una multitud de peregrinos. Muchos de vosotros lleváis colgada del

cuello una cadena con una cruz. También yo llevo una, como por otra parte todos los Obispos. No es un adorno ni una joya. Es el precioso símbolo de nuestra fe, el signo visible y material de la vinculación a Cristo. San Pablo habla claramente de la cruz al principio de su primera carta a los Corintios. En Corinto, vivía una comunidad alborotada y revuelta, expuesta a los peligros de la corrupción de las costumbres imperantes. Peligros parecidos a los que hoy conocemos. No citaré nada más que los siguientes: las querellas y luchas en el seno de la comunidad creyente, la seducción que ofrecen pseudo sabidurías religiosas o filosóficas, la superficialidad de la fe y la moral disoluta. San Pablo comienza la carta escribiendo: “El mensaje de la cruz es necesidad para los que están en vías de perdición; pero, para los que están en vías de salvación –para nosotros- es fuerza de Dios” (1 Co 1,18). Después, el Apóstol muestra la singular oposición que existe entre la sabiduría y la locura, según Dios y según los hombres. Habla de ello cuando evoca la fundación de la Iglesia en Corinto y a propósito de su propia predicación. Concluye insistiendo en la hermosura de la sabiduría de Dios que Cristo y, tras de Él, sus Apóstoles enseñan al mundo y a los cristianos. Esta sabiduría, misteriosa y escondida (cf. 1 Co 2,7), nos ha sido revelada por el Espíritu, porque “a nivel humano uno no capta lo que es propio del Espíritu de Dios, le parece una locura; no es capaz de percibirlo porque sólo se puede juzgar con el criterio del Espíritu” (1 Co 2,14).

El Espíritu abre a la inteligencia humana nuevos horizontes que la superan y le hace comprender que la única sabiduría verdadera reside en la grandeza de Cristo. Para los cristianos, la Cruz simboliza la sabiduría de Dios y su amor infinito revelado en el don redentor de Cristo muerto y resucitado para la vida del mundo, en particular, para la vida de cada uno. Que este descubrimiento impresionante de un Dios que se ha hecho hombre por amor os aliente a respetar y venerar la Cruz. Que no es sólo el signo de vuestra vida en Dios y de vuestra salvación, sino también –lo sabéis- el testigo mudo de los padecimientos de los hombres y, al mismo tiempo, la expresión única y preciosa de todas sus esperanzas. Queridos jóvenes, sé que venerar la Cruz a veces también lleva consigo el escarnio e incluso la persecución. La Cruz pone en peligro en cierta medida la seguridad humana, pero manifiesta, también y sobre todo, la gracia de Dios y confirma la salvación. Esta tarde os confío la Cruz de Cristo. El Espíritu Santo os hará comprender su misterio de amor y podréis exclamar con San Pablo: “Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo” (Gál 6,14). Pablo había entendido la palabra de Jesús –aparentemente paradójica- según la cual sólo entregando (“perdiendo”) la propia vida se puede encontrarla (cf. Mc 8,35; Jn 12,24) y de ello había sacado la conclusión de que la

Cruz manifiesta la ley fundamental del amor, la fórmula perfecta de la vida verdadera. Que a algunos la profundización en el misterio de la Cruz os permita descubrir la llamada a servir a Cristo de manera más total en la vida sacerdotal o religiosa.

Es el momento de comenzar la vigilia de oración, para la que os habéis reunido esta tarde. No olvidéis los dos tesoros que el Papa os ha presentado esta tarde: el Espíritu Santo y la Cruz. Para concluir, deciros una vez más que confío en vosotros, queridos jóvenes, y que quisiera que experimentarais hoy y mañana la estima y el afecto de la Iglesia. Ahora vemos aquí la Iglesia viva... Que Dios os acompañe cada día y que os bendiga, así como a vuestros familiares y amigos. Complacido, os imparto la Bendición Apostólica, que extendo a todos los jóvenes de Francia.

Gracias por vuestra fe y feliz vigilia.

ENCUENTRO CON LA CONFERENCIA EPISCOPAL FRANCESA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Hemiciclo Santa Bernardita, Lourdes
Domingo 14 de septiembre de 2008

Señores cardenales,
queridos hermanos en el episcopado:

Ésta es la primera vez desde el comienzo de mi Pontificado que tengo la alegría de encontraros a todos juntos. Saludo cordialmente a vuestro Presidente, Cardenal André Vingt-Trois, y le agradezco las palabras amables y profundas que me ha dirigido en vuestro nombre. También saludo con mucho gusto a los Vicepresidentes y al Secretario General y sus colaboradores. Saludo cordialmente a cada uno de vosotros, Hermanos en el Episcopado, venidos desde todos los rincones de Francia y de ultramar (incluyendo a Monseñor François Garnier, Arzobispo de Cambrai, que celebra hoy en Valenciennes el milenio de Notre-Dame du Saint-Cordón).

Me alegra estar aquí esta tarde con vosotros en el hemiciclo «Santa Bernadette», lugar ordinario de vuestras plegarias y reuniones, donde exponéis vues-

tras preocupaciones y esperanzas, lugar de vuestros debates y reflexiones. La sala está situada en un lugar privilegiado, cerca de la gruta y las basílicas marianas. Por supuesto, las visitas ad limina permiten reuniros periódicamente con el Sucesor de Pedro en Roma, pero en este momento que estamos viviendo, se nos da la gracia de reafirmar los estrechos vínculos que nos unen al compartir el mismo sacerdocio procedente directamente del de Cristo redentor. Os animo a seguir trabajando en unidad y confianza, en plena comunión con Pedro, que ha venido a confirmar vuestra fe. Como ha dicho Su Eminencia, hora tenéis, y tenemos, muchas preocupaciones. Me consta que os tomáis a pecho trabajar en el nuevo marco definido por la reorganización del mapa de las provincias eclesíásticas, y me alegra profundamente. Quisiera aprovechar esta oportunidad para reflexionar con vosotros sobre algunos temas que sé que son centro de vuestra atención.

La Iglesia –Una, Santa, Católica y Apostólica– os ha hecho nacer por el Bautismo. Os ha llamado a su servicio; a él habéis dedicado la vida, primero como diáconos y sacerdotes, después como obispos. Os manifiesto toda mi estima por esta entrega personal: a pesar de la magnitud de la tarea, que subraya el honor que comporta –honor, onus–, cumplís con fidelidad y humildad la triple función que os es propia con respecto a la grey que se os ha encomendado: enseñar, gobernar, santificar, a la luz de la Constitución *Lumen gentium* (nn. 25-28) y del Decreto *Christus Dominus*. Sucesores de los Apóstoles, representáis a Cristo al frente de las diócesis que se os han confiado, y os esforzáis por plasmar la imagen de Obispo dibujada por san Pablo; habéis de crecer continuamente en este sentido, para ser siempre «hospitalarios, amigos de lo bueno, de sanos principios, justos, fieles, dueños de sí, apegados a la doctrina cierta y a la enseñanza sana» (cf. Tt 1,8-9). El pueblo cristiano debe teneros afecto y respeto. La tradición cristiana ha hecho hincapié desde el principio en este punto: «Los que son de Dios y de Jesucristo, están con el Obispo», decía san Ignacio de Antioquía (*Ad Phil.*, 3,2), que añadía también: «A quien el dueño de la casa haya mandado para la administración de la casa, hay que recibirlo como al que lo ha mandado (*Ad Ef.* 6, 1). Vuestra misión, espiritual sobre todo, consiste, pues, en crear las condiciones necesarias para que los fieles, citando de nuevo a san Ignacio, puedan «cantar al unísono por Jesucristo un himno al Padre» (*ibíd.*, 4, 2) y hacer así de su vida una ofrenda a Dios.

Estáis convencidos con razón de que la catequesis es de fundamental importancia para acrecentar en cada bautizado el gusto de Dios y la comprensión del sentido de la vida. Los dos principales instrumentos que tenéis a disposición, el

Catecismo de la Iglesia Católica y el Catecismo de los Obispos de Francia son valiosas bazas. Dan una síntesis armoniosa de la fe católica y permiten anunciar el Evangelio con una fidelidad correspondiente a su riqueza. La catequesis no es tanto una cuestión de método, sino de contenido, como indica su propio nombre: se trata de una comprensión orgánica (*kat-echein*) del conjunto de la revelación cristiana, capaz de poner a disposición de la inteligencia y el corazón la Palabra de Aquel que dio su vida por nosotros. Así, la catequesis hace resonar en el corazón de todo ser humano una sola llamada siempre renovada: «Sígueme» (Mt 9,9). Una esmerada preparación de los catequistas permitirá la transmisión íntegra de la fe, a ejemplo de san Pablo, el más grande catequista de todos los tiempos, al que miramos con admiración particularmente en este segundo milenio de su nacimiento. En medio de sus preocupaciones apostólicas, exhortaba de este modo: «Vendrá un tiempo en que la gente no soportará la doctrina sana, sino que, para halagarse el oído, se rodearán de maestros a la medida de sus deseos; y, apartado el oído de la verdad, se volverán a las fábulas» (2 Tm 4, 3-4). Conscientes del gran realismo de sus previsiones, os esforzáis con humildad y perseverancia en hacer caso a sus recomendaciones: «Proclama la Palabra, insiste a tiempo y destiempo [...] con toda paciencia y deseo de instruir» (ibíd., 4, 2).

Para llevar a cabo eficazmente esta tarea, necesitáis colaboradores. Por eso se han de alentar más que nunca las vocaciones sacerdotales y religiosas. He sido informado sobre las iniciativas emprendidas animosamente en este campo, y quisiera dar todo mi apoyo a quienes, como Cristo, no tienen miedo de invitar a los jóvenes o menos jóvenes a ponerse al servicio del Maestro que está ahí y llama (cf. Jn 11, 28). Quisiera agradecer cordialmente y alentar a todas las familias, parroquias, comunidades cristianas y movimientos de la Iglesia que son la tierra fértil que da el buen fruto de las vocaciones (cf. Mt 13, 8). En este contexto, no deseo omitir mi agradecimiento por las innumerables oraciones de los verdaderos discípulos de Cristo y de su Iglesia, entre los que se hallan: sacerdotes, religiosos y religiosas, ancianos o enfermos, también reclusos, que durante décadas han elevado sus plegarias a Dios para cumplir el mandato de Jesús: «Rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (Mt 9,38). El Obispo y las comunidades de fieles deben, por lo que les concierne, favorecer y acoger las vocaciones sacerdotales y religiosas, apoyándose en la gracia otorgada por el Espíritu Santo para el necesario discernimiento. Sí, queridos Hermanos en el Episcopado, seguid llamando al sacerdocio y a la vida religiosa, como Pedro echó las redes por orden del Maestro, tras pasar una noche de pesca sin obtener nada (cf. Lc 5,5).

Nunca se repetirá bastante que el sacerdocio es esencial para la Iglesia, por el bien mismo del laicado. Los sacerdotes son un don de Dios para la Iglesia. No pueden delegar sus funciones a los fieles en lo que se refiere a las misiones que les son propias. Queridos Hermanos en el Episcopado, os invito a seguir solícitos para ayudar a vuestros sacerdotes a vivir en íntima unión con Cristo. Su vida espiritual es el fundamento de su vida apostólica. Exhortadles con dulzura a la oración cotidiana y a la celebración digna de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y la Reconciliación, como lo hacía San Francisco de Sales con sus sacerdotes. Todo sacerdote debe poder sentirse dichoso de servir a la Iglesia. A ejemplo del cura de Ars, hijo de vuestra tierra y patrono de todos los párrocos del mundo, no dejéis de reiterar que un hombre no puede hacer nada más grande que dar a los fieles el cuerpo y la sangre de Cristo, y perdonar los pecados. Tratad de estar atentos a su formación humana, intelectual y espiritual, y a sus recursos para vivir. Pese a la carga de vuestras gravosas ocupaciones, intentad encontraros con ellos regularmente, sabiéndolos acoger como hermanos y amigos (cf. *Lumen gentium*, 28; *Christus Dominus*, 16). Los sacerdotes necesitan vuestro afecto, vuestro aliento y solicitud. Estad a su lado y tened una atención especial con los que están en dificultad, los enfermos o de edad avanzada (cf. *Christus Dominus*, 16). No olvidéis que, como dice el Concilio Vaticano II usando una espléndida expresión de san Ignacio de Antioquía a los Magnesios, son «la corona espiritual del Obispo» (*Lumen gentium*, 41).

El culto litúrgico es la expresión suprema de la vida sacerdotal y episcopal, como también de la enseñanza catequética. Queridos Hermanos, vuestro oficio de santificar a los fieles es esencial para el crecimiento de la Iglesia. Me he sentido impulsado a precisar en el “*Motu proprio*” *Summorum Pontificum* las condiciones para ejercer esta responsabilidad por lo que respecta a la posibilidad de utilizar tanto el misal del Beato Juan XXIII (1962) como el del Papa Pablo VI (1970). Ya se han dejado ver los frutos de estas nuevas disposiciones, y espero el necesario apaciguamiento de los espíritus que, gracias a Dios, se está produciendo. Tengo en cuenta las dificultades que encontráis, pero no me cabe la menor duda de que podéis llegar, en un tiempo razonable, a soluciones satisfactorias para todos, para que la túnica inconsútil de Cristo no se desgarré todavía más. Nadie está de más en la Iglesia. Todos, sin excepción, han de poder sentirse en ella “como en su casa”, y nunca rechazados. Dios, que ama a todos los hombres y no quiere que ninguno se pierda, nos confía esta misión haciéndonos Pastores de su grey. Sólo nos queda darle gracias por el honor y la confianza que Él nos otorga. Por tanto, esforcémonos por ser siempre servidores de la unidad.

¿Qué otros temas requieren mayor atención? Las respuestas pueden variar de una diócesis a otra, pero hay sin duda un problema particularmente urgente que aparece en todas partes: la situación de la familia. Sabemos que el matrimonio y la familia se enfrentan ahora a verdaderas borrascas. Las palabras del evangelista sobre la barca en la tempestad en medio del lago se pueden aplicar a la familia: «Las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua» (Mc 4,37). Los factores que han llevado a esta crisis son bien conocidos y, por tanto, no me demoraré en enumerarlos. Desde hace algunas décadas, las leyes han relativizado en diferentes países su naturaleza de célula primordial de la sociedad. A menudo, las leyes buscan acomodarse más a las costumbres y a las reivindicaciones de personas o de grupos particulares que a promover el bien común de la sociedad. La unión estable entre un hombre y una mujer, ordenada a construir una felicidad terrenal, con el nacimiento de los hijos dados por Dios, ya no es, en la mente de algunos, el modelo al que se refiere el compromiso conyugal. Sin embargo, la experiencia enseña que la familia es el pedestal sobre el que descansa toda la sociedad. Además, el cristiano sabe que la familia es también la célula viva de la Iglesia. Cuanto más impregnada esté la familia del espíritu y de los valores del Evangelio, tanto más la Iglesia misma se enriquecerá y responderá mejor a su vocación. Por otra parte, conozco y aliento ardientemente los esfuerzos que hacéis para dar vuestro apoyo a las diferentes asociaciones dedicadas a ayudar a las familias. Tenéis razón en mantener, incluso a costa de ir contracorriente, los principios que son la fuerza y la grandeza del Sacramento del Matrimonio. La Iglesia quiere seguir siendo indefectiblemente fiel al mandato que le confió su Fundador, nuestro Maestro y Señor Jesucristo. Nunca deja de repetir con Él: “Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre” (Mt 19,6). La Iglesia no se ha inventado esta misión, sino que la ha recibido. Ciertamente, nadie puede negar que ciertos hogares atraviesan pruebas, a veces muy dolorosas. Habrá que acompañar a los hogares en dificultad, ayudarles a comprender la grandeza del matrimonio y animarlos a no relativizar la voluntad de Dios y las leyes de vida que Él nos ha dado. Una cuestión particularmente dolorosa, lo sabemos bien, es la de los divorciados y vueltos a casar. La Iglesia, que no puede oponerse a la voluntad de Cristo, mantiene con firmeza el principio de la indisolubilidad del matrimonio, rodeando siempre del mayor afecto a quienes, por los más variados motivos, no llegan a respetarla. No se pueden aceptar, pues, las iniciativas que tienden a bendecir las uniones ilegítimas. La Exhortación Apostólica Familiaris consortio ha indicado el camino abierto por una concepción respetuosa de la verdad y de la caridad.

Queridos Hermanos, sé bien que los jóvenes están en el centro de vuestras preocupaciones. Les dedicáis mucho tiempo, y hacéis bien. Como bien sabéis, acabo de encontrarme con una multitud de ellos en Sidney, durante la Jornada Mundial de la Juventud. He apreciado su entusiasmo y su capacidad para dedicarse a la oración. Incluso viviendo en un mundo que les halaga y estimula sus bajos instintos, cargando ellos también el lastre bien pesado de herencias difíciles de asumir, los jóvenes conservan una lozanía de espíritu que me ha admirado. He hecho un llamamiento a su sentido de responsabilidad, invitándoles a apoyarse siempre en la vocación que Dios les concedió el día de su Bautismo. “Nuestra fuerza es lo que Cristo quiere de nosotros”, decía el Cardenal Jean-Marie Lustiger. Durante su primer viaje a Francia, mi venerado Predecesor transmitió a los jóvenes de vuestro País un mensaje que no ha perdido nada de su actualidad, y que fue acogido entonces con un fervor inolvidable. “La permisividad moral no hace feliz al hombre”, proclamó en el Parque de los Príncipes entre aplausos atronadores. El buen sentido que inspiró esa sana reacción de su auditorio, no ha muerto. Ruego al Espíritu Santo que hable al corazón de todos los fieles y, en general, al de todos vuestros compatriotas, para darles -o hacerles ver- el gusto de llevar una vida según los criterios de una felicidad verdadera.

En el Elíseo, mencioné el otro día la originalidad de la situación francesa, que la Santa Sede desea respetar. En efecto, estoy convencido de que las Naciones nunca deben aceptar que desaparezcan lo que forma su identidad propia. En una familia, sus miembros, aun teniendo el mismo padre y la misma madre, no son sujetos indiferenciados, sino personas con su propia individualidad. Esto vale también para los Países, que han de estar atentos a salvaguardar y desarrollar su propia cultura, sin dejarse absorber nunca por otras o ahogarse en una insulsa uniformidad. “La nación es, en efecto -retomando las palabras del Papa Juan Pablo II- la gran comunidad de los hombres que están unidos por diversos vínculos, pero sobre todo, precisamente, por la cultura. La nación existe ‘por’ la cultura y ‘para’ la cultura, y así es ella la gran educadora de los hombres para que puedan ‘ser más’ en la comunidad” (Discurso a la UNESCO, 2 de junio de 1980, n. 14). En esta perspectiva, resaltar las raíces cristianas de Francia permitirá a cada uno de los habitantes de este País comprender mejor de dónde viene y adónde va. Por tanto, en el marco institucional vigente y con el máximo respeto por las leyes en vigor, habrá que encontrar una nueva manera de interpretar y vivir en lo cotidiano los valores fundamentales sobre los que se ha edificado la identidad de la Nación. Vuestro Presidente ha hecho alusión a esta posibilidad. Los presupuestos sociopolíticos de la antigua desconfianza o incluso de hostilidad se desvanecen paulatinamente. La Iglesia no

reivindica el puesto del Estado. No quiere sustituirle. La Iglesia es una sociedad basada en convicciones, que se sabe responsable de todos y no puede limitarse a sí misma. Habla con libertad y dialoga con la misma libertad con el deseo de alcanzar la libertad común. Gracias a una sana colaboración entre la comunidad política y la Iglesia, realizada con la conciencia y el respeto de la independencia y de la autonomía de cada una en su propio campo, se lleva a cabo un servicio al ser humano con miras a su pleno desarrollo personal y social. Diversos puntos, primicias de otros que podrán añadirse según sea necesario, han sido ya examinados y resueltos en el ámbito de la “Comisión de Diálogo entre la Iglesia y el Estado”. De ésta forma parte naturalmente, en virtud de la misión que le es propia y en nombre de la Santa Sede, el Nuncio Apostólico, que está llamado a seguir activamente la vida de la Iglesia y su situación en la sociedad.

Como sabéis, mis Predecesores, el Beato Juan XXIII, que fue Nuncio en París, y el Papa Pablo VI, instituyeron Secretariados que, en 1988, se convirtieron en el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos y en el Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso. Pronto se añadieron la Comisión para las Relaciones con el Hebraísmo y la Comisión para las Relaciones Religiosas con los Musulmanes. Estas estructuras son una especie de reconocimiento institucional y conciliar de un sinnúmero de iniciativas y actividades anteriores. Comisiones o consejos similares existen ya en vuestra Conferencia Episcopal y en vuestras diócesis. Su existencia y su funcionamiento demuestran la voluntad de la Iglesia de continuar desarrollando el diálogo bilateral. La reciente Asamblea plenaria del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso ha puesto de relieve que el verdadero diálogo requiere, como condición fundamental, una buena formación en quienes lo promueven y un discernimiento clarificador para avanzar poco a poco en el descubrimiento de la Verdad. El objetivo del diálogo ecuménico e interreligioso, diferentes obviamente por su naturaleza y finalidad respectivas, es la búsqueda y la profundización de la Verdad. Se trata de una tarea noble y obligatoria para todo hombre de fe, pues Cristo mismo es la Verdad. Construir puentes entre las grandes tradiciones eclesiales cristianas y el diálogo con otras tradiciones religiosas, exige un esfuerzo real de conocimiento recíproco, porque la ignorancia destruye más que construye. Además, no es más que la Verdad la que permite vivir auténticamente el doble mandamiento del amor que nos dejó nuestro Salvador. Ciertamente, hemos de seguir con atención las diversas iniciativas emprendidas y discernir las que favorecen el conocimiento y el respeto recíproco, así como la promoción del diálogo, y evitar las que llevan a callejones sin salida. No basta la buena voluntad. Creo que es bueno comenzar por escuchar, pasar después a la discusión teológica, para llegar

finalmente al testimonio y al anuncio de la misma fe (Cf. Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización, 3 de diciembre de 2007. n. 12). Que el Espíritu Santo os conceda el discernimiento que debe caracterizar a todo Pastor. San Pablo recomienda: “Examinadlo todo, quedándoos con lo bueno” (1 Ts 5,21). La sociedad globalizada, multicultural y multirreligiosa en que vivimos, es una oportunidad que el Señor nos da para proclamar la Verdad y llevar a la práctica el Amor, con el fin de llegar a todo ser humano sin distinción, más allá incluso de los límites de la Iglesia visible.

El año anterior a mi elección a la Sede de Pedro tuve la alegría de venir a vuestro País para presidir las ceremonias conmemorativas del sexagésimo aniversario del desembarco en Normandía. Pocas veces como entonces, sentí el apego de los hijos e hijas de Francia por la tierra de sus antepasados. Francia celebraba entonces su liberación temporal, tras una guerra cruel que se cobró muchas víctimas. Lo que conviene ahora es lograr una auténtica liberación espiritual. El hombre necesita siempre verse libre de sus temores y de sus pecados. El hombre debe aprender o reaprender constantemente que Dios no es su enemigo, sino su Creador lleno de bondad. Necesita saber que su vida tiene un sentido y que, al final de su recorrido sobre la tierra, le espera participar por siempre en la gloria de Cristo en el cielo. Vuestra misión es llevar a la porción del Pueblo de Dios confiada a vuestro cuidado al reconocimiento de este final glorioso. Quisiera que vierais aquí mi admiración y gratitud por todo lo que hacéis por avanzar en esta dirección. Estad seguros de mi oración cotidiana por cada uno de vosotros. Y creedme si os digo que nunca dejo de pedir al Señor y a su Madre que os guíen en vuestro camino.

Queridos Hermanos en el Episcopado, con alegría y emoción os encomiendo a Nuestra Señora de Lourdes y a Santa Bernadette. El poder de Dios se ha manifestado siempre en la debilidad. El Espíritu Santo ha lavado siempre la suciedad, regado lo árido, enderezado lo torcido. Cristo Salvador, que ha tenido a bien convertirnos en instrumentos para transmitir su amor a los hombres, nunca dejará de haceros crecer en la fe, la esperanza y la caridad, para daros el gozo de llevar a Él un número creciente de hombres y mujeres de nuestro tiempo. A la vez que os confío a su fuerza de Redentor, os imparto a todos y de corazón una afectuosa Bendición Apostólica.

CEREMONIA DE DESPEDIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto de Tarbes-Lourdes Pirineos
Lunes 15 de septiembre de 2008

Señor Primer Ministro,
queridos hermanos cardenales y obispos,
autoridades civiles y políticas presentes,
señoras y Señores:

En el momento de dejar —no sin pena— la tierra francesa, les quedo muy agradecido por haber venido a saludarme, dándome así la ocasión de expresar una vez más que este viaje a su País me ha alegrado de corazón. Por su medio, Señor Primer Ministro, saludo al Señor Presidente de la República y a los miembros de su Gobierno, así como a las autoridades civiles y militares que no han escatimado esfuerzos para contribuir al buen desarrollo de estas jornadas de gracia. Deseo manifestar mi sincera gratitud a los Hermanos en el Episcopado, al Cardenal Vingt-Trois y a Monseñor Perrier, en particular, así como al personal de la Conferencia de los Obispos de Francia. ¡Qué bueno es encontrarse entre hermanos! Agradezco también cordialmente a los Señores Alcaldes y a los ayuntamientos de París y Lourdes. No olvido a las Fuerzas del Orden y a los innumerables voluntarios que

han ofrecido su tiempo y competencia. Todos han trabajado con dedicación y ardor por el éxito de mis cuatro días en vuestro País. Gracias de corazón.

Mi viaje ha sido como un díptico. La primera tabla ha sido París, ciudad que conozco bien y lugar de muchas reuniones importantes. Tuve la oportunidad de celebrar la Eucaristía en el marco prestigioso de la explanada de los Inválidos. Allí encontré un pueblo vivo de fieles, orgullosos y convencidos de su fe. Vine para alentarlos a que perseveren con valentía viviendo las enseñanzas de Cristo y de su Iglesia. Pude rezar también Vísperas con los sacerdotes, religiosos, religiosas, y con los seminaristas. He querido confirmarlos en su vocación de servir a Dios y al prójimo. Pasé igualmente un momento, demasiado breve pero intenso, con los jóvenes en la plaza de Notre-Dame. Su entusiasmo y afecto me reconfortaron. Y, ¿cómo olvidar el significativo encuentro con el mundo de la cultura en el Instituto de Francia y en el Collège des Bernardins? Considero que la cultura y sus intérpretes son los vectores privilegiados del diálogo entre la fe y la razón, entre Dios y el hombre.

La segunda tabla del díptico ha sido un lugar emblemático, que atrae y cautiva a todo creyente. Lourdes es como una luz en la oscuridad de nuestro ir a tientas hacia Dios. María ha abierto una puerta a un más allá que nos cuestiona y seduce. María, Porta caeli. He acudido a su escuela durante tres días. El Papa debía venir a Lourdes para celebrar el 150 aniversario de las apariciones. Ante la gruta de Massabielle, he orado por todos ustedes. He rezado por la Iglesia. He orado por Francia y el mundo. Las dos Eucaristías celebradas en Lourdes me han permitido unirme a los fieles peregrinos. Convertido en uno de ellos, he seguido las cuatro etapas del camino del Jubileo, visitando la Iglesia parroquial, la prisión, la Gruta y finalmente la capilla de la hospedería. También he rezado con y por los enfermos que vienen en busca de restablecimiento físico y esperanza espiritual. Dios no los olvida, y tampoco la Iglesia. Como cualquier fiel peregrino, he querido participar en la procesión con las antorchas y en la procesión eucarística. En ellas se elevan a Dios súplicas y alabanzas. En Lourdes también se reúnen periódicamente los obispos de Francia para orar juntos y celebrar la Eucaristía, reflexionar y dialogar sobre su misión de Pastores. He querido compartir con ellos mi convicción de que los tiempos son propicios para un retorno a Dios.

Señor Primer Ministro, Hermanos Obispos y queridos amigos, que Dios bendiga a Francia. Que en su suelo reine la armonía y el progreso humano, y que su Iglesia sea levadura en la masa para indicar con sabiduría y sin temor, de acuerdo a

la misión que le compete, quién es Dios. Ha llegado el momento de dejarles. ¿Regresaré a su hermoso País? Es mi deseo, deseo que encomiendo a Dios. Desde Roma, les estaré cercano y, cuando me detenga ante la réplica de la Gruta de Lourdes, que se halla en los jardines del Vaticano desde hace poco más de un siglo, les tendré presentes. Que Dios los bendiga.

Mensaje del Pontificio Consejo para la Pastoral de los
Emigrantes e Itinerantes
El turismo afronta el reto del cambio climático
Con ocasión de la Jornada Mundial del Turismo
27 de septiembre de 2008

La Ciudad del Vaticano se ha convertido en el primer Estado soberano con «emisión cero» de anhídrido carbónico (CO₂) al plantar, en 2007, un bosque en territorio húngaro, de su propiedad. Este plan, orientado a regenerar la vegetación, constituye un importante compromiso ecológico con nuestro planeta, por parte de la Iglesia Católica en su expresión apical. Un ulterior testimonio que revela el interés de la Santa Sede hacia este problema, es el proyecto de construcción de una planta fotovoltaica con paneles solares que aportará a la Ciudad del Vaticano una cantidad de energía cotidiana equivalente a una significativa cuota con respecto al total de su consumo. Son dos ejemplos concretos que nos invitan a reflexionar sobre el difícil futuro ecológico, con respecto a los cambios climáticos del planeta, al flagelo de la deforestación y el fenómeno del calentamiento del globo.

1. Con respecto a esto, tratando nuestro tema específico, el turismo es uno de los vectores del actual cambio climático, puesto que contribuye al proceso de calentamiento de la tierra (cfr. discurso del Secretario General de la OMT, marzo

2007). De hecho, al considerar que en la actualidad son más de 900 millones (y se prevé que en el 2020 serán 1,6 billones) las personas que emprenden un viaje de turismo al extranjero, desplazándose en avión, por mar y tierra, utilizan carburantes contaminantes, y alojándose en hoteles, con equipos de aire acondicionado, causan emisiones de gases nocivos.

Ciertamente, no es sólo una cuestión que atañe al turismo, puesto que existen numerosas actividades que contaminan, que causan el calentamiento global y un subsiguiente empobrecimiento de la atmósfera, con consecuencias negativas para el clima y el medio ambiente. Podemos afirmar, por tanto, que nos hallamos en una fase precaria y delicada de la historia de la humanidad, es decir, en una encrucijada. Nos encontramos ante los dos caminos proverbiales, el del bien y el del mal, como nos enseña la Biblia (cfr. Dt 30,15; Un 3,14).

Aunque los tratados que rigen en el mundo, en este campo, probablemente fueron inspirados por el texto del Génesis referente a la creación, éste, en realidad, se ha olvidado. Lo demuestran las decisiones tardías, incluso las de los pueblos más desarrollados en el campo de la ecología global, así como la reticencia de aquellos que hesitan en ratificar protocolos internacionales, destinados a la conservación del medio ambiente y a la reducción de las emisiones de anhídrido carbónico.

Si por el contrario escuchásemos la Palabra de Dios en su verdad, belleza y poesía (Gn 1,1-31), el Universo se nos aparecería como un don que deberíamos conservar, un regalo, un «Edén», en donde todo se conjuga en la armonía y la alegría de vivir. La tierra es un jardín, un lugar en el que las criaturas alaban el amor de su Creador, y donde el equilibrio es la norma, en el éxtasis precisamente de un jardín frondoso y lleno de frutos, de árboles y de vida.

Pero allá donde reinaba la belleza, contemplada por el Autor sagrado inspirado, la puerta, en régimen de libertad sin verdad y amor, permanece abierta al horror y al pecado: el desorden ocupa el lugar del equilibrio, la paz es agredida por la violencia, la tortura y la guerra, después de la vegetación exuberante llega la sequía y la catástrofe, allá donde había luz, que se alternaba con las tinieblas para marcar también los tiempos del trabajo y del descanso, se producen excesos, confusión ritmada y caos, allá donde reinaba el diálogo del amor entre hombre y mujer con la paz de los sentidos, han encontrado lugar el pecado, la acusación de Adán a Eva, su esposa, la enemistad, el fratricidio, el diluvio.

El jardín se ha transformado entonces en un desierto, las flores han marchitado, el agua ha engullido y destruido todo lo que ha encontrado en su creciente camino diluvial, mientras tanto se han construido otros obstáculos, las bombas han formado cráteres, la contemplación se ha convertido en usurpación, el diálogo se ha vuelto monólogo de omnipotencia, los hermanos han esclavizado a los hermanos y los pueblos ya no han encontrado el árbol de la vida en el Jardín, porque han probado el fruto del árbol del bien y del mal.

2. ¿Pero cuál es el camino del bien ecológico que debemos emprender para oponernos al cambio climático nefasto, tema de nuestra Jornada de este año? El gran desafío parece ser la superación de un determinado narcisismo insano, luchando contra el egoísmo y observando, con lucidez y honestidad, la tierra que corre peligro de ser destruida. Con ello, ciertamente, no significa que el hombre tiene que dejarse oprimir por la desilusión, es más, significa por el contrario asumir las propias responsabilidades, a nivel individual y colectivo, para recrear la armonía, posible después del pecado original y dejar que el planeta siga su propio ciclo vital, ayudándolo en esto. En concreto significa no contribuir aún más al incremento del calentamiento global, con acciones humanas acordadas o inconscientes, premonitoras de una ruina prematura. El mal se encuentra en las estructuras o en las cosas que aceleran la contaminación, sin escuchar la voz interior del hombre que lo exhorta a tener en cuenta los límites, sin valorar las decisiones que debe tomar en un horizonte de fraternidad y benevolencia misericordiosa hacia las generaciones venideras y el bien común universal, con una perspectiva de futuro, por tanto. Non es justo que los seres humanos provoquen el fin de la tierra y el transcurrir de las generaciones por negligencia o a causa de decisiones egoístas y de un exasperado consumismo, como si los demás y aquellos que vendrán después de nosotros careciesen de valor. En definitiva, existe un egoísmo de cara al futuro que se manifiesta en la ausencia de ponderación y de perspectiva, en la indolencia y en el abandono.

3. Entonces, ¿cuál es el llamamiento que nace aquí, para nosotros, para la pastoral del turismo, inspirados por el tema que nos ha propuesto la Organización Mundial del Turismo y que deseamos aceptar? Es el de cultivar la ética de la responsabilidad, por parte de todos - y para nosotros en particular, por parte de los turistas. Este tipo de ética implica también el respeto por el futuro y por las condiciones ecológicas y climáticas que lo harán realidad.

Asimismo, concretamente, deseamos la contribución de todos, y también, por supuesto la de los turistas, en el ciclo de la tierra en la que vivimos, para que se

preste atención a comportamientos y acciones concertadas, que acarreen menos daños posibles al planeta, por encima de cualquier queja, aunque legítima, a cerca del desequilibrio, de los daños y de un posible naufragio.

El turista -a cuyo servicio ofrecemos una pastoral específica- con su actitud puede de hecho contribuir a mantener en vida el planeta y a frenar el incremento gradual de un cambio climático, que nos alarma. Por tanto, es posible elegir, -hay todavía dos caminos ante nosotros- ser un turista contra la tierra o a favor de ella, quizás yendo a pie, prefiriendo hoteles y centros de acogida que estén más en contacto con la naturaleza, llevando menos equipaje, para que los medios de transporte emitan menor cantidad de anhídrido carbónico, eliminando los residuos de forma adecuada, consumiendo alimentos más «ecológicos», plantando árboles para neutralizar los efectos contaminantes de nuestros viajes, prefiriendo los productos de artesanía local a otros caros y venenosos, utilizando materiales reciclables o biodegradables, respetando la legislación local y valorizando la cultura del lugar que estamos visitando.

Hemos sido pertinentes y concretos, osando presentar propuestas ideales y quizás no compartidas por todos, y soluciones adecuadas que acarreen el menor daño posible a la naturaleza, o escuchando la voz de Aquel que llama a la puerta, para animarnos a realizar nuevas formas de hacer turismo, un turismo sostenible.

4. En esta lógica «ecológica» es muy importante regresar al sentido del límite, contra el desarrollo insensato y a toda costa, escapando de la obsesión de poseer y de consumir. El sentido del límite se cultiva también cuando se reconoce la existencia del otro y la transcendencia del Creador con respecto a sus criaturas. Esto se obtiene cuando no se ocupa el lugar de aquel que está a mi lado y se otorgan a los demás los derechos que se reclaman para uno mismo. Esto significa que nos abrimos a la conciencia de la fraternidad en una tierra que es de todos y para todos, hoy y mañana.

Cada ser humano -y más aún el cristiano- debe rendir cuentas del planeta sostenible, de la calidad de vida de nuestra tierra, que durante las próximas generaciones será suya. Todos los turistas, así como toda la comunidad internacional, deberían por tanto respetar y promover una cultura 'verde' respetuosa con el medio ambiente, caracterizada, especialmente para nosotros los cristianos, por valores éticos, además de morales. El libro del Génesis habla de un inicio en el que Dios

puso al hombre como guardián de la tierra, para que fructificara. Nuestros hermanos musulmanes ven en él al «mayordomo» de Dios.

Cuando, después, el hombre se olvida de ser un fiel servidor de Dios y de la tierra, ésta se revela y se convierte en un desierto que amenaza la supervivencia. Por consiguiente, es necesario construir lazos fuertes entre las diferentes generaciones, para que exista un futuro; es necesario desarrollar una austeridad gozosa, escogiendo aquello que no es transitorio ni corruptible; es necesario cultivar la caridad, incluso hacia la tierra, desarmando la lógica de la muerte y fortaleciendo el amor para este querido espacio que nos pertenece a todos, en la memoria del don, en la responsabilidad de cada instante y en el servicio continuo de la fraternidad, incluso para quienes vendrán después de nosotros. De esta forma se desarrollará una cultura del turismo responsable, también con respecto a los cambios climáticos.

Es nuestro deseo, es nuestro auspicio y por él dirigimos nuestra oración en este año de gracia de 2008.

Renato Raffaele Cardenal Martino
Presidente

Arzobispo Agostino Marchetto
Secretario

Vaticano, 18 de junio de 2008

